

Crónicas de un resurgimiento

Agustín Aníbal Herrera Yáñez

Crónicas de un resurgimiento

Primera parte

Agustín Aníbal Herrera Yáñez

Capítulo 1

Degradado, maloliente y hambriento, Cristofer Collins vivía en carne propia la deshonra de haber nacido suita en las tierras equivocadas, él y todos los que compartían estancia en el mismo vagón de prisioneros, que, tirado por los mejores ejemplares de corceles imperiales, avanzaba solitario a toda velocidad a través de la alta montaña con dirección al extremo oriente del decadente Protectorado suita, lugar en el cuál serían reeducados en un centro especialmente habilitado para tal efecto.

Faltando aún medio camino para arribar a destino, el aburrimiento y el silencio eran los grandes protagonistas del viaje, no podía ser de otra forma, pues el frío de las cumbres nevadas se colaba entre ellos al ser los lados del vagón hechos solamente de barrotes de acero, siendo únicamente el suelo y el techo de madera.

Los prisioneros, aunque no se conocían, compartían algo en común: todos ellos eran suitas, miembros un pueblo conquistado hace siglos por el Imperio de Centolia y que aún se mantenían ligados en una relación de vasallaje a él por medio de la figura del protectorado.

La verdad, es, que, de protectorado, la relación solo tenía el nombre, pues las ciudades suitas habían perdido toda autonomía sobre sus actos, ni siquiera podían elegir a sus alcaldes sin el visto bueno del canciller imperial designado para cada núcleo urbano, cada acción, por más mínima que fuese, estaba sujeta a la supervisión de este administrador imperial. No obstante, esta seria limitación y férreo control en sus derechos políticos no fue impedimento para que, como pueblo, fuesen prósperos. Convirtiéndose la palabra suita en sinónimo de comerciante de éxito o de un amasador de amplia fortuna, al menos, antes de la purga. Tan relevantes se volvieron para el comercio, entre el Imperio y el Protectorado, que no había caravana alguna que no tuviese un suita en ella, y no como augurio de riqueza, sino como gerente o dueño de la misma.

Muchos suitas, cuando reunían el dinero o los méritos suficientes, no dudaban en pedir un cambio de nombre en los registros imperiales para ser aceptados con facilidad en la sociedad centoliana. En estos momentos, Cristofer solamente pensaba en lo tonto y negligente que fue al haber mantenido su nombre de nacimiento, pues con su carrera militar al servicio del Imperio en la conquista de las tierras salvajes del oeste, habría tenido un futuro brillante junto a su esposa e hijos.

De personalidad paciente, Cristofer se resignaba a estar quieto y sentado, preocupado de conservar la mayor cantidad de calor corporal posible

mientras transitaban la cordillera.

En cierto momento del viaje, el terreno se llenó de piedras y baches, causando que el vagón se moviese erráticamente hacia todas partes, golpeando a los prisioneros entre sí o contra los barrotes.

La conducción del carruaje estaba a cargo de unos pocos legionarios imperiales especialmente entrenados para la misión, que, mientras sus reos se morían de frío, bebían infusiones calientes. Por increíble que parezca, eso era todo lo que hacían, pues los caballos conocían el camino de memoria y galopaban a buen ritmo. Este era uno de sus últimos viajes, pues se estimaba que no quedaban más de mil suitas sueltas en el Imperio, con implacable eficiencia habían conseguido agrupar a casi los dos millones de personas que constituían la etnia en una serie de reducciones en la costa este.

Cristofer observaba de reojo a sus acompañantes, todos ellos parecían provenir de las legiones, la manera tranquila que tenían de afrontar la situación le sugería eso, había una mujer entre ellos que temblaba, Cristofer, incapaz de reprimir sus buenos modales, le ofreció su chaqueta.

—Gracias —le respondió al recibirla.

—Se la pediré cuando esté por congelarme.

—Oh, está bien —dijo algo decepcionada, pero consciente de la situación.

Cristofer evitó mirarla a los ojos, en vez de eso metió la cabeza entre sus piernas, el frío no bajaba su intensidad en ningún momento.

—No se preocupe, cuando lleguemos al puesto fortificado nos darán mantas y abrigos —le dijo otro acompañante—, solo confíe.

La mujer esbozó una tímida sonrisa.

—¿No me cree? —preguntó él—. ¡El Imperio jamás abandona a los suyos!

Esa firme y crédula hipocresía despertó la curiosidad de los demás.

—Claro, por eso estamos en un vagón de prisioneros —le comentó otro, sarcástico.

El silencio retornó al vagón.

—Una vida desperdiciada bajo la tutela de estos inútiles —se lamentó un legionario que escupía hacia el exterior en un intento desesperado de

reforzar su hombría.

Un tercero todavía leal al Imperio le desafió.

—¿Qué te hace pensar eso? —dijo levantándose—. Claramente esto es una maniobra política, nos sacan de la contingencia por ahora y, cuando se hayan calmado las cosas, volveremos. Simple.

La mujer seguía temblando.

—Usted no tiene frío —acusó Cristofer—, usted oculta algo.

—Déjela con sus secretos, soldado —se apresuró a decirle uno de sus camaradas.

—Cuando una mujer no quiere hablar, ni a golpes lo hacen —añadió otro—, lo digo por experiencia propia, así que esté tranquila señora, nadie la va a molestar.

La mujer, lejos de tranquilizarse, tembló más. Cristofer se encogió de hombros, más le preocupaba saber lo que sucedería una vez llegasen a la reducción, además, ya le había ayudado con la chaqueta, más no podía hacer.

—Oye Richard, espero que pagues el albergue esta vez —comentó de pronto un legionario sin levantar su cabeza, su voz variaba de intensidad, algo no iba bien.

Los presentes dirigieron la vista hacia él, preocupados.

—¡Está delirando! —gritó espantada la mujer.

—Tranquila señora, ya falta poco —le dijo uno.

—¡Cálmese señora! —le gritó otro.

La mujer parecía que iba a perder los nervios en cualquier momento.

—Oiga míreme —le dijo Cristofer—. ¿Cuál es su nombre?

—M... Marlene —tartamudeó.

—Cálmese Marlene, soy Cristofer Collins —se presentó, haciéndole un gesto a los demás para que le siguieran—, y estos muchachos son...

—Jean Fox.

—Gus Wild.

—Steven Son.

Los demás no contestaron, hicieron caso omiso del intento de calmar a Marlene.

—Señora, si usted se relaja, nosotros vamos a reanimar a este... —dijo Cristofer buscando el nombre en el uniforme del legionario delirante—, teniente primero Richard Hawking.

Las palabras de Cristofer llamaron la atención de todos los presentes.

—¡Imposible! —exclamó Gus—. Lee bien esa chaqueta.

—¡Eso es exactamente lo que dice! —contestó molesto.

—¡Un oficial con agonizante con nosotros! —gritó otro—. ¡Estos bastardos van en serio!

—Claramente es solo la chaqueta —comentó quien parecía aún mantener sus esperanzas puestas en el Imperio—, los altos cargos no participan de esta farsa.

Un murmullo de aprobación se dispersó entre los condenados, sin embargo, Marlene temblaba aún más que antes.

—¡Señora, respire! —le espetó Cristofer.

—¡No, no no no...! —comenzó a gritar ella, fuera de sí.

Cristofer se acercó y le dio una fuerte cachetada en su rostro.

—Trágico, pero necesario —comentó Jean.

—¡Mujer, compóngase! ¡¿Qué rayos le pasa?! ¡Dígalo!

Marlene aún conmocionada, estalló en lágrimas.

—¡Todos vamos a morir! —balbuceó.

—¿De qué rayos habla señora? —le preguntó uno de los legionarios leales al imperio, desconfiado—. Tranquilícese.

—Señor, sé muy bien de lo que hablo —dijo limpiándose la cara con las mangas de la chaqueta de Cristofer.

—Cuéntenos, por favor —le pidió el dueño de la chaqueta.

—Trabajo... trabajé en la administración —decía haciendo de tripas corazón—, con mi pareja participamos del plan «Limpieza». Nos creíamos toda esa mentira conspiranoica suita, creíamos que estaríamos a salvo, pues él es continental y mi nombre no delata mis orígenes fácilmente. Aparte ¿con qué motivo purgarían a una funcionaria empleada del mes?

—Pero aquí está, con nosotros —murmuró Jean.

—¿Cómo que un plan de limpieza?! —gritaron atrás.

Marlene rompió en llanto.

—Lo siento —pudo tartamudear—. Lo siento.

—No le creo —dijo Cristofer—. ¿Es que no hay reducción?

—Sí... la hay.

—¿Entonces...?!

—Es un campo de exterminio... —alcanzó a decir antes de perder totalmente el control—. ¡Nos reducirán a cenizas!

El pánico llegó a todos los corazones presentes. Un silencio les gritaba directamente a sus oídos, quizás era el sonido del viento que se asemejaba al aliento de la muerte, tal vez era que por fin habían comprendido su destino.

—¡Canallas asquerosos! —exclamó Gus—. ¡No luché en el oeste para esto!

—Ni yo... —dijeron los legionarios al unísono.

Cristofer veía como sus mayores miedos se materializaban ante sus ojos, no volvería a ver a su esposa, la echaba muchísimo de menos.

«No volveré a estar lejos de ellos, no de nuevo», pensó.

Guiado por una energía que salía de lo más profundo de su ser, se puso de pie y arengó a sus compañeros.

—¡Hermanos! No derramamos nuestra sangre para que luego nuestros camaradas imperiales nos la quitasen, la derramamos por nuestros seres queridos, por aquellos que siempre estuvieron en nuestro corazón.

La atención de todos los presentes estaba puesta sobre él.

—¡Es a ellos que nos debemos! —continuó—. No a un imperio que nos apuñala por la espalda en busca de un poco de paz.

—¿Y qué sugieres? —le interrumpió un descorazonado legionario.

—¡Sugiero parar esto aquí mismo! —gritó con potencia—. Morir luchando, de frente y con honor, nunca como una vaca de matadero.

Un grito de guerra salió del vagón, los conductores detuvieron el carruaje, deseosos de saber que sucedía.

—¡A ver inmundicias! —gritaba un abrigado y armado chofer imperial—. ¡Se callan o los dejamos aquí mismo!

El guardia dio un disparo al aire buscando intimidar, sin embargo, los experimentados soldados eran inmunes a tal amedrentamiento. Al unísono saltaron sobre el suelo del vagón rompiendo la madera que los sostenía, sin demora se escabulleron por debajo, abalanzándose sobre el guardia, golpeándolo. De pronto, una ráfaga de disparos cayó sobre los insurrectos, varios murieron en el acto, pero la contienda ya había comenzado, los gendarmes que quedaban serían rápidamente eliminados por la turba, no alcanzaron a recargar sus arcabuces. De un segundo a otro recobraron su libertad, sin demora, se repartían los uniformes de los caídos.

—¡Oh, qué bien se siente! —exclamaban—. ¡Abrigos calientes!

No los disfrutaron por mucho tiempo.

—¡Al suelo, caravana de reconocimiento!

Efectivamente, un grupo de imperiales cabalgaba a toda velocidad, preocupados por los disparos, venían a inspeccionar.

—¡Santo cielo! —exclamó el capitán a cargo al verlos moviéndose alrededor de los restos del carruaje, ensangrentado—. ¡La escoria anda suelta! ¡A ellos mis valientes!

Esta vez, no vieron buenos resultados. La carga imperial fue letal, eliminando a los prófugos en un abrir y cerrar de ojos, el fuego de los arcabuces eliminó a una parte significativa de ellos mientras el resto caía bajo las picas sedientas de sangre. Cristofer fue de los primeros en comprender que no había oportunidad ahí, guiado por su instinto, soltó a los caballos que tiraban del carro y animó a sus camaradas a huir, Marlene fue la primera en responder, Steven y otro legionario, Charlie Bigtail, fueron quienes alcanzaron a montar, sin siquiera pensarlo, dejaron a los

demás atrás, condenados a una muerte segura. A toda velocidad seguían el camino que les llevaría de lleno a la reducción.

—¡Tenemos que separarnos cuanto antes! —gritó Cristofer.

—¡No, por favor! —suplicó Marlene.

—¡Mucha suerte a todos! —gritó Steven separándose del grupo con rumbo a la cima, claramente buscaría refugio en el Reino Marronero.

—¡Fue un placer hermanos míos! —dijo Charlie—. ¡Me desviaré antes de llegar, ustedes bajen!

Cristofer asintió.

—¡Señora! Nosotros bajamos —le comunicó mientras guiaba su caballo hacia las faldas de la montaña—. ¡Sígame!

Marlene lo hizo sin cuestionarse.

En cosa de minutos la nieve empezó a reducirse, dando paso a la tierra y algunos arbustos, de la misma forma la inclinación del terreno se fue aligerando, dando paso a las llanuras, una antesala a los bosques espesos del protectorado, en los cuales, una vez dentro, no habría manera de ser capturados por los imperiales. Con fiera determinación iban hacia allá, cuando, por fin, la brisa cálida les abrazó, amainaron la marcha, no debían agotar a los caballos.

—Tenemos que separarnos —insistió Cristofer—, juntos somos presa fácil.

—Se lo ruego, lléveme con usted —replicó Marlene—. Sola estaré perdida.

Cristofer aún no se hacía a la idea de que la mujer no fuese una legionaria.

—Por casualidad, ¿salió alguna vez de la ciudad? —preguntó con cierto fastidio.

El silencio y un rostro avergonzado fue toda la respuesta que tuvo.

—Haré lo que sea —sugirió.

—Olvídelo, estoy casado ¿Cómo es que sabe cabalgar entonces?

—Instrucción rutinaria de los funcionarios de la administración —respondió memoriosa.

La perplejidad llegó a la mente del soldado, no tenía ningún sentido tal respuesta.

—Sígame, pero no olvide quien está a cargo ¿estamos claros?

—Claros clarísimos, señor.

Se internaron en el espeso bosque poco después. Narraciones extraordinarias contaban que en lo más recóndito del mismo vivían brujas que se aparecían ante exploradores moribundos para darles el golpe de gracia, otras contaban que ayudaban a los heridos y les guiaban de regreso a la civilización. Todas ellas deambulaban como mitos entre las habladurías de los poblados aledaños, nadie era capaz de afirmar haber visto a tales místicas brujas, aunque quienes partían en su búsqueda no siempre volvían para contar sus andanzas.

«Seguramente aficionados», pensaba Cristofer con un ánimo entre el humor y la desconfianza, «seguramente iban tan preparados como esta mujercita».

—Escuche, continuaremos a pie. Estos chicos deben descansar —ordenó mientras acariciaba el rostro de su caballo.

Marlene obedeció sin rechistar, su rostro contenía toda la disconformidad que no expresaba por medio de palabras. Cristofer se lamentaba para sus adentros.

«Esta me va a traer problemas», concluía.

—Tenga cuidado por donde pisa y no suelte las riendas.

Caminaban despacio, haciendo poco ruido. Ambos querían salir lo más rápido de ese lugar, pero eran conscientes de sus límites, él más que ella. Con el paso firme no se detuvieron sino hasta que la noche cayó sobre ellos, no hubo preliminares, de un segundo a otro la poca luminosidad se fue a pique, todo intento de proseguir sería tan inútil como peligroso, tan frondosas eran las copas de los árboles que no se distinguía ninguna estrella del brillante firmamento.

—Páseme las riendas, descansaremos aquí —dijo Cristofer con la voz seca.

—¿A... aquí? —carraspeó—. ¡Estamos en pleno bosque!

—No me diga —respondió con sarcasmo—. Mire, nos quedamos aquí y mañana seguimos hacia la costa, deberíamos llegar en dos días.

—¿Dos días?! —interrumpió molesta—. No tenemos agua ni comida.

—¡Oiga escúcheme! —le reprendió con dureza—. No es por mi culpa que estamos aquí y si no le parece puede seguir por su cuenta, ahí tiene el caballo.

Marlene se calló y comenzó a temblar, la oscuridad le ocultaba de sus emociones.

—¡Bien! —exclamó Cristofer—. Tan solo péguese al caballo y duerma
¡Hasta mañana! —dijo mientras se recostaba sobre el suelo, dándole la espalda al semental.

La quietud de la noche no fue agradable para ninguno de los dos, el legionario luchaba por conciliar el sueño mientras el recuerdo de su familia se negaba a irse de su cabeza, le afectaba estar lejos de ellos, no había alcanzado a presenciar el nacimiento de su hijo y ahora se perdería el nacimiento de su hija.

«Maldición, tan cerca y tan lejos», se lamentaba.

El parto se pronosticaba para estas fechas, no había manera de que llegase a tiempo a la otra esquina del continente. Por su parte, Marlene sufría en silencio la pena de la traición, recordaba la noche en que su pareja llegó con la policía al departamento: «ahí está, es ella», dijo el muy cobarde apuntándola, no le permitieron siquiera ponerse un abrigo, la sacaron en paños menores a la calle. Con los corazones hechos pedazos y botando lágrimas en el disimulo de la noche, ambos se durmieron.

Al amanecer, Cristofer despertó a Marlene, le movió el hombro con el pie hasta lograrlo, traía la cara mojada.

—Señora, hay una vertiente más adelante —le dijo con tono amable—, vamos.

Ella asintió sin decir nada, los sonidos no salían de su árida garganta. Cuando llegó a la corriente de agua se arrojó de cabeza a ella, bebía directamente del torrente con ansias, los caballos también bebían con igual ímpetu. Los cuatro permanecieron ahí un largo rato, dejando que sus cuerpos asimilaran el líquido vital. Los equinos aprovechaban el intertanto para comer de los tiernos pastos que allí germinaban.

—Señora, discúlpeme por la brusquedad de ayer, hoy debería ser el nacimiento de mi hija y me tiene mal no poder estar allí —se disculpó.

—Oh, que terrible —exclamó ella—. No se preocupe, a todos nos pilla en

mal

momento esta pesadilla.

—¿Cuál es su historia, señora?

—Por favor, llámeme Marlene.

—¿Cuál es su historia, Marlene?

—Pues verá...

Conversaron distendidamente hasta conocer sus orígenes y como habían llegado a tan terrible encuentro en un vagón de prisioneros. Había ánimos para seguir, pero sus estómagos rugieron con fuerza, la señal era clara, no podían seguir gastando energías en trivialidades. Reanudaron la marcha, esta vez cabalgaban a muchísimo mejor ritmo, con la suerte de su lado podrían salir del bosque al anochecer, y eso mismo fue lo que pasó.

Esa noche, por fin, vieron las estrellas. Un punto luminoso en el horizonte les indicaba que no se encontraban lejos del Puerto Voraz, con la esperanza nuevamente en sus corazones se prepararon para pasar su última velada a la intemperie. Durmieron como niños luego de una tarde de juegos, plácidos y tranquilos, ignorando el hecho de que no probaban bocados desde hace tres días.

Al amanecer, se fueron sin demora con rumbo al puerto, tenían todo conversado, cambiarían uno de los caballos por el dinero suficiente para conseguir un hospedaje y un plato de comida, lo demás era incierto. Fingiendo ser un matrimonio de campesinos, pasaron el control de los legionarios imperiales, por fortuna no eran sino unos simples guardias más preocupados de la siesta que de hacer su trabajo, ni siquiera repararon en las vestimentas invertidas que traían los foráneos. Contentos, caminaban por las calles de tierra, atentos con la mirada en busca de carteles que delatasen una posada, la encontraron cerca frente a la costa, el dueño del lugar no pudo resistir la oferta de tener un purasangre imperial por algo tan nimio como una comida y cobijo.

—Suban, haré que la criada les lleve la comida de inmediato —dijo efusivo.

La pareja obedeció, gastaron sus últimas fuerzas en subir los escalones que les separaban de una habitación cómoda y limpia, la criada no tardó en subir con sendos platos de guisantes, se los devoraron raudos, sin importar cuanto se quemaron sus bocas. Sus cuerpos llenos de comida no tardaron en caer dormidos, ambos cedieron ante el agotamiento en la

misma cama, uno al lado del otro.

Justo debajo de ellos, el dueño de la posada hacía planes para ellos.

«Estos dos caballos me vendrán de lujo», pensaba mientras realizaba anotaciones en un enorme cuaderno de contabilidad.

En eso, uno de sus compinches, el pelirrojo Valerio, hizo aparición, provenía del establo de la posada.

—Bonitos caballos, Boc —dijo mientras se limpiaba la paja de los zapatos—, no sé cómo puedes comprar tanto con tan poco.

Este lo miró con atención.

—No cantes victoria tan rápido, solo conseguí uno de los dos.

—¿Y el otro?

—Será nuestro, solo falta preguntarle a la jefa como quiere tenerlo.

—¿Aún no vuelve? —preguntó con preocupación—. Odio cuando se demora tanto con esos sectarios negros.

Bonifacio se encogió de hombros.

—Si ella quiere ir sola, no hay nada que hacer —sentenció.

—¡Pero es la jefa! —replicó—. ¡Nuestro deber es cuidarla!

Bonifacio soltó una carcajada.

—Ahórrate el numerito Valerio —dijo una mujer que entró abruptamente a la posada—. Y tú Boc, nada de risas irresponsabilidades!

Ambos asintieron con temor y regresaron a lo suyo, Valerio subió al segundo piso mientras Bonifacio continuaba cuadrando cálculos.

—¿Qué pasó mientras estuve fuera? —preguntó la jefa.

—Se nos agotó la comida, uno de los gemelos se torció el tobillo, pero trajo monedas suficientes para el encargo.

—Excelente, más vale que se reponga, nos vamos mañana al amanecer —dijo mientras se dirigía al segundo nivel.

—¡Jefa, espere! —le gritó Bonifacio—. Hay más...

Ella lo miró con atención desde los peldaños.

—Hay dos extraños en su habitación...

—¿Cómo?! —exclamó con sus ojos inyectados en sangre.

Bonifacio retrocedió.

—No es lo que parece —dijo asustado—, llegaron hace un rato, ofrecieron un

purasangre imperial por un plato de comida y una cama.

Ella se llevó las manos a la cabeza.

—Y de todas las camas, ¿la mía?

—Están dormidos, Amalia puso sedante en la comida. Aparte, venían con otro caballo.

—Boc —pronunció amenazante—. ¿Qué hay del otro caballo?

—Ese es el punto, ¿cómo quiere que se los quitemos?

—Supongo que no estamos en posición de negociar —dijo una voz masculina que bajaba las escaleras.

—¡Imposible! —exclamó Bonifacio, sorprendido—. Le pusimos suficiente sedante como para dormir un ballenato.

Cristofer bajaba los peldaños lentamente, su coordinación motriz no estaba del todo bien.

—Un ballenato no es más grande que un corazón imperial —dijo con orgullo—, aunque no sea más que un exiliado —se lamentó.

—Ah, un legionario suita que huye de la justicia —pronunció la mujer.

—Llamaremos a la guardia —amenazó Bonifacio.

—No aún —le detuvo la jefa—. Legionario, te escucho.

—¿Queréis el otro caballo? Pues os lo cambio por ropas y unas monedas para vivir unos días.

—Tú y tu mujer no van a durar mucho sin que el puerto sepa que son suitas, ¿por qué deberíamos acceder? Si se enteran que estuviste con nosotros sería nuestra

ruina —preguntó Bonifacio.

—Ustedes quieren dejar la ciudad, necesitan otro caballo rápido y sin problemas, yo tengo ese otro y se los ofrezco a un precio inmejorable.

La mujer sonrió.

—Eres buen negociante, soldadito —dijo mientras desenvainada su espada—, pero no puedo permitir que sepan que estuviste con nosotros.

Cristofer sufrió una descarga adrenalínica.

—¡Espera! —gritó—. Puedo mejorar la oferta. El caballo por ropas y un escape de esta ciudad.

—¿Cómo es eso una mejora? —preguntó mientras subía los peldaños con medida.

Cristofer iba subiendo al mismo ritmo, en silencio, de pronto su espalda chocó con alguien más.

—Fin del camino, soldadito —le dijo Valerio, apoyando una barra contundente en su espalda—. ¡Manos arriba!

Cristofer se detuvo, con sus manos en alto.

—¡Sácame tu misma de esta ciudad! —gritó Cristofer, desesperado.

«Si no estuviera mareado, otras serían las tornas», pensaba.

La mujer continuó subiendo hasta cargar la punta de su espada en el corazón de Cristofer, este la miraba a los ojos, con disimulada calma.

—Está bien —dijo después de unos segundos, guardando su arma—. Me parece, empero, tengo una condición.

—La que sea —dijo respirando apenas.

—Tú y tu mujer vienen con nosotros hasta que salgamos de territorio imperial.

—¡Jefa! —exclamaron Bonifacio y Valerio desde las distintas alturas de la

posada.

Ella los fulminó con la mirada, haciendo que se esfumasen para evadir la ira de su jefa.

—Trato —dijo Cristofer extendiendo su mano para sellar el trato.

—Y nada de rechistar —ordenó mientras correspondía a la formalidad—. Ahora vuelve a dormir, partimos mañana al amanecer.

Sin darse cuenta, Cristofer cayó de cabeza al lado de Marlene, durmió como un tronco, desconectado del mundo exterior.

Entretanto, en el primer nivel, los contrabandistas planificaban y se preparaban para el viaje, trabajaron sin descanso hasta altas horas de la noche, ensillaron los caballos, armaron sus bolsos, revisaron sus armas, mapas e itinerario, por último, prepararon hogazas de panes sin leudar para el camino con harina robada que uno de los miembros trajo de su excursión. Ya con el sol realizando su aparición en el firmamento, Bonifacio fue a despertar a los invitados, al entrar en la habitación, los dos dormían relajadamente, no les había importado el ruido del piso inferior.

—¡Señores, arriba! —gritó.

No hubo respuesta.

«Tiempos extremos requieren medidas extremas», pensó con cierto grado de

molestia.

Se acercó veloz al borde de la cama y sin mucho esfuerzo la levantó desde

un costado, botando a los ocupantes de la misma. El efecto fue inmediato.

—¡Aaaaah! —gritó Marlene, asustada y somnolienta.

—¡Arriba señores! —dijo con tono estricto—. Hora de partir.

—¿Partir? —preguntó Marlene—. ¿Qué clase de servicio es este?

Bonifacio rio al tiempo que dejaba la habitación.

—Han pasado cosas mientras dormías Marlene, verás...

En un santiamén Cristofer le puso al corriente de todo lo que había pasado, de donde estaban y con qué clase de personas había tratado para asegurar la supervivencia de ambos.

—Sospecho que se dirigen al Reino Marronero a través de las montañas —concluyó él.

De improviso alguien golpeaba a la puerta.

—¡Tortolitos! —gritó una voz parecida a la jefa de anoche—. ¡Salgan de una vez!

Ambos se apresuraron a obedecer.

—¡Bien! —dijo la jefa—. Ahora bajemos, conocerán al resto de la banda.

—Ahí vienen —les apuntó Bonifacio mientras empujaba con el codo a Valerio—, y pesar que intentaron colar que eran un matrimonio campesino.

Hubo risas entre los presentes. Con un solo gesto, la jefa impuso el silencio en la sala.

—Ya conocen a Bonifacio, nuestro tesorero, y a Valerio, herrero y caballerizo —les presentó ella.

—Un gusto —dijo este último.

La jefa realizó otro gesto, los demás se fueron acercando ordenadamente, poco a poco.

—Amalia, perdonen por los guisantes —dijo la muchacha que les llevó la comida el día anterior.

—Nadia... y Marcos —se presentó una pareja de mellizos con una reverencia

coordinada—, a su servicio.

—Cabo primero, Nuño Smith —se lució un tipo corpulento realizando una venia de las legiones—. No eres el único condenado, camarada.

Con tales presentaciones, la cortesía se dio por acaba, cada uno se movía a lo suyo.

—Muy bien, en marcha —ordenó la jefa—. Los caballos están listos en el

establo.

—¡Espera! —le interrumpió Marlene—. No nos presentamos nosotros... ni tú.

Ella los ignoró.

—Ustedes son Cristofer y Marlene —les dijo Bonifacio—. Esposos, pareja, amigos o lo que sea, ya nos los mencionó.

—Así es —confirmó la jefa.

—¿Y quién es ella? —insistió Marlene.

—Ella... pues... —Bonifacio se veía nervioso.

La mujer se acercó con fría determinación, agarrando la mano de Marlene y se la besó.

—Eleonor, otrora condesa, hoy, líder de la libertad —dijo con pompa—, pueden llamarme jefa.

—Y más vale que lo hagan —añadió Bonifacio.

—¡Silencio! —espetó—. Que estos son invitados y no miembros, me llamarán como gusten, ¿entendido?

—¡Sí, jefa! —asintió mientras volvía a desempeñar sus labores.

—Partimos, Valerio les dirá que caballos van a montar, vayan a ver.

En cosa de minutos la caravana salió de la posada, iban todos los integrantes con sus cuerpos tapados, no se podía saber a ciencia cierta si querían ocultar su identidad o combatir el terrible frío propio de las mañanas costeras. Como fuese, salieron del Puerto Voraz con rumbo a los bosques por los cuales Cristofer y Marlene habían llegado, ambos no pudieron evitar sentir fastidio de tener que volver a atravesarlo.

—Descuiden —les dijo Nuño—, conozco este bosque como la palma de mi mano, saldremos de aquí al atardecer, será un paseo de niños.

Tal como el viejo legionario dijo, internarse en el bosque no fue nada desagradable esta vez. Recorrieron tranquilamente un sendero cuya presencia no habían advertido la primera vez.

«Haber conocido esto antes», pensaba con agobio Cristofer, «nos

hubiésemos evitado mucho».

Tenía toda la razón, tanto así que se llegaron a aburrir por la paz del viaje, nadie hablaba, los caballos apenas relinchaban, tal ausencia de ruido dejaba que los viajeros no escuchasen otra cosa sino la naturaleza en su estado salvaje, se oían grillos y cantos de aves. Se movía la maleza a su alrededor, seguramente bestias que huían del paso para evitarse problemas.

Marlene era la más satisfecha, no tenía miedo de estirarse y dar grandes bocanadas de aire fresco, como nunca, se sentía feliz. Algunos miembros de la banda le miraban de reojo y cuchicheaban muy despacio al respecto, a ella no parecía importarle. Por su parte, Cristofer, habituado a las batallas, no bajaba la guardia en ningún momento, no confiaba en las intenciones de sus acompañantes, y con razón, los acababa de conocer, ni siquiera Nuño, que parecía ser un legionario con todas las de la ley, le inspiraba confianza.

Tras cabalgar durante buena parte del día, y con el sol en sus cabezas, comenzó una repartija de hogazas de pan entre los presentes, aunque insípidas, resultaron excelentes para entrar en calor y hacer más ameno el viaje. Luego de tal merienda, que no les detuvo, por cierto, algunos de los miembros charlaban con mayor soltura entre sí, Cristofer y Marlene, que iban a mitad del convoy, se miraban cautos.

—¡Atención! —gritó Eleonor con voz firme—. Saldremos de este bosque en unos minutos, todos a sus posiciones.

Tanto Cristofer como Marlene estaban desconcertados, los demás se formaban en fila mientras ellos observaban con cierto temor, quietos en sus monturas.

—¿Qué es esto? —preguntó Cristofer.

—Hay un puesto de avanzada imperial adelante, vamos a saquearlo y ustedes van a la cabeza —respondió Eleonor.

Ambos intentaron protestar, pero al menor gesto de disconformidad el resto desenvainó sus espadas, apuntándoles.

—No hay tiempo para discutir —replicó Eleonor—, ese es el precio de su libertad, una vez hecho esto os dejaré marchar, aunque sin los caballos, por supuesto.

Conteniendo su rabia, Cristofer obedeció.

—¿Qué te hace pensar que no huiremos? —preguntó mientras se formaba.

—Tengo un bolso lleno de provisiones para ustedes, pueden huir durante la carga, pero sin ellas morirán en la montaña en cuestión de horas.

Puestos en jaque, no les quedaba otra que seguir las instrucciones de la mujer, se movían a buen ritmo antes de entrar en acción, iban por pares en fila, solo Eleonor rompía la formación yendo al lado de Cristofer, asegurándose de que entendiese el plan, no obstante, era bastante sencillo: ellos cargarían desarmados para distraer mientras el resto entraría poco después para matar a los guardias imperiales. La idea era causar estragos en la cadena de comunicaciones del imperio y robar algunas provisiones y armamento. En cosa de minutos estaban a metros del puesto imperial.

—¿Están listos?

Marlene y Cristofer asintieron. Eleonor sacó una pequeña pistola de su abrigo.

—¡Corran salvajes! —les arengó mientras disparaba una salva al aire.

Los imperiales apostados fueron sorprendidos por la pareja que iba hacia ellos a toda velocidad, el disparo al aire les había sacado del descanso y no estaban listos para nada.

—¡Ayuda, maleantes! —gritaba Marlene.

Ambos saltaron el cerco de contención, los guardias saltaban a un costado para evitar ser embestidos, una vez tomaron cierta distancia se detuvieron y dieron

media vuelta, los guardias corrían a buscarlos pensando que se trataba de solo ellos.

—¡Bájense del caballo ahora mismo o dispararemos! —gritó uno que parecía estar al mando.

—¡Detrás de ustedes! —les gritaba Marlene, apuntando hacia los bosques.

De pronto, una turba salió desde las profundidades, con la espada en alto gritaban para causar terror.

—¡Suitas! ¡A ellos! —ordenó el mismo imperial.

Los guardias se dieron media vuelta y apuntaron con sus arcabuces a la oleada de caballería que se cernía sobre ellos, hubiesen matado a buena

parte de la banda si no fuese porque Cristofer y Marlene desenfundaron unas pistolas que Eleonor les entregó justo antes de ejecutar el plan, disparando por la espalda a los defensores, aumentando la confusión del momento.

—¡Marlene, hay que movernos! —le dijo Cristofer—. ¡Sígueme!

Ambos cabalgaron hacia adelante, la idea era dar un rodeo para unirse a los demás desde el flanco, pues con esos disparos lograron darle suficiente tiempo para que acortaran las distancias. Desgraciadamente, no lo lograron, Marlene recibió un disparo en el hombro, perdiendo el equilibrio y cayendo del caballo, dando su cabeza un golpe seco contra el suelo. Cristofer al percatarse que Marlene había caído, bajó del caballo y corrió a ver cómo estaba.

—¿Marlene? ¡Marlene! —le decía sin obtener respuesta.

Sin prestar atención a la batalla que se libraba a escasos metros de distancia,

procedió a darle primeros auxilios intentando detener la hemorragia con un vendaje

improvisado hecho de tiras de su ropa. Mientras estaba en eso, un soldado imperial

corría contra él, se acercaba con su espada lista para ser blandida.

—¡Criminal! —le gritó mientras cortaba el aire.

Cristofer evadía los embates con soltura, y pese a estar desarmado, logró derribar a su agresor con una buena patada. Trató de noquearlo aplastando su rostro con una patada, pero el tipo logró mantenerse a salvo y ponerse de pie, por suerte no hizo mucho más, Bonifacio lo derribó a la distancia con un disparo de fusil.

Cristofer corrió nuevamente donde Marlene, Bonifacio hizo lo mismo desde su caballo, los demás terminaban con los demás guardias con buenos resultados, al final solo Marlene y los guardias se llevaron la peor parte.

—¿Cómo está? —preguntó preocupado Boc.

—Inconsciente y perdiendo mucha sangre, tenemos que moverla.

Bonifacio se bajó del caballo.

—Vamos dime dónde.

—A la caseta de los guardias, vamos, tenemos que mantener su tronco en alto.

Ambos iban con esfuerzo arrastrando el cuerpo de Marlene, los miembros de la banda, al ver el estado de la mujer, no ocultaban sus rostros de preocupación. Una vez dentro, la sentaron contra la pared. Cristofer la atendía con esmero.

—Vamos Marlene, despierta —le murmuraba mientras apretaba los vendajes.

Entretanto, Eleonor entró en la caseta, traía dos mochilas consigo.

—Lamento que le haya ocurrido eso —se disculpó al tiempo que dejaba ambos bolsos en el suelo—. Nos dirigimos al norte, tomaremos el camino imperial por las altas montañas, si puedes, intenta encontrarnos en el Poblado de la Paz, estaremos apostados unos días por allá.

Disimuladamente se acercó al oído de Cristofer.

—Vi cómo se daba contra el suelo, deberías dejarla y seguir tu camino, soldado —murmuró con absoluta frialdad—. ¡Compañía, nos vamos!

Dejando una polvareda a sus espaldas, la banda se marchó del lugar, ni siquiera se despidieron, no tenían tiempo que perder. Cristofer estaba sentado al costado de Marlene, pensando en que hacer ahora, sus planes se venían abajo, por un lado, el deseo de ver a su familia lo atormentaba, por el otro sentía el compromiso de proteger a quien venía siendo su compañera de viaje desde el escape del convoy.

«Maldición, estamos prácticamente en el mismo lugar que partimos», se decía con pesar.

Haciendo acopio de sus fuerzas, salió al exterior a ver que pintaba el panorama, antes de salir dejó a Marlene en posición de decúbito prono. Afuera el escenario no era nada alentador, los cadáveres de los guardias eran la evidencia palpable de un saqueo rápido.

«Maldita mi suerte», pensó.

Convencido de que hacía lo correcto, escondió los cuerpos en matorrales distantes y los revisó en busca de bienes que no hubiesen sido sustraídos por los muchachos de Eleonor, encontró suficiente pólvora y pedernales como para no tener que preocuparse del frío, pero nada más, hasta el más insignificante cuchillo ya había sido sustraído. Una vez despejado,

regresó a la garita en busca de la despensa local.

«Algo tendrán que comer», razonaba, y, en efecto, encontró un pequeño estante con un buen surtido de provisiones, entre ambos les alcanzaría para una semana, quizás más si lo racionaban bien.

«Esto es muy poco para un grupo de siete», se cuestionaba, «debe haber otro mueble o...», su mente se detuvo, asustada, «¿qué había dicho Eleonor antes de partir?».

Apesadumbrado, dio vuelta todo el lugar, pero no halló ninguna otra despensa, sus peores miedos se materializaban frente a sus ojos, desesperado, salió al aire libre.

—¡Muy bien, pensemos! —se dijo en voz alta, dando vueltas en círculos—. Estos tipos tenían la necesidad de salir en la mañana, parecían no trazar en ese aspecto, ¿por qué...? Había siete cuerpos, con estos alimentos tendrían para dos o tres días, imposible, por reglamento las legiones no pueden estar así de abandonadas, al menos un par de estos venía de intercambio... Con tres guardias apostados, los alimentos serían más que suficientes, ¿por qué tantos entonces?

Acomplejado, no paraba de describir círculos, cada vez de mayor diámetro, casi proporcionalmente a su actividad cerebral.

—No hay caballos, estos tipos andaban a pie, eso significa una sola cosa... irastreadores! ¿Acaso persiguen a los que escapamos del convoy? Un poco tarde para eso ¿qué les había dicho uno de ellos? ¿acaso nos gritó suitas?

Llevándose las manos a la cabeza, se negaba a aceptar la realidad, irremediablemente sus conclusiones arrojaban que aún faltaba la delegación de relevo del puesto.

«Marlene, por favor, despierta, debemos abandonar este lugar», rogaba para sus adentros.

Las horas que siguieron fueron silenciosas, Cristofer había acomodado el interior para hacerlo más confortable dentro de lo posible, limpiaba el cuerpo de Marlene y, a intervalos regulares, se aseguraba de tomarle la temperatura y verificar sus signos vitales.

Cuando la noche descendió sobre ellos, prendió una fogata usando la pólvora y ramas de las cercanías, la idea era mantener a las bestias lejos. Producto del cansancio, se durmió mientras sostenía un pedazo de pan en sus manos, durmió hasta altas horas del día siguiente. Cuando abrió los ojos, su mente aún desconectada de la realidad creía que estaba en casa, con su esposa, de manera refleja acarició a Marlene, confundiendo a la persona, sin embargo, su mano dio con un líquido frío y viscoso, ella había

vomitado durante la noche, la inesperada sensación le trajo de regreso al mundo de la vigilia. Como una serie de cañonazos, los recuerdos golpearon su cabeza, de inmediato se puso de pie y limpió el desastre.

«Marlene, no me hagas esto, tienes que ponerte mejor».

Con abnegación permaneció a su lado, cuidándola a lo largo del día, salía de vez en cuando a estirar las piernas y a revisar el terreno. El puesto de guardia estaba emplazado en un muy buen lugar, permitía ver con relativa facilidad tanto la montaña como la llanura.

—Al menos sabremos con anticipación si es que vienen —dijo con la esperanza de entablar conversación, pero no había nadie con quien.

Desmoralizado, regresó al interior.

«Quizás debería seguir mi camino».

A la mañana siguiente, producto de un presentimiento se despertó temprano, aún no despuntaba el alba, la corazonada le decía que saliera a ver las montañas, el aire olía a paja molida, a heno más bien, ¿acaso llegaba el relevo de los difuntos guardias fronterizos? Con sus sentidos alerta, dirigió la mirada al oeste, su intuición no le fallaba, con pavor contemplaba una mancha oscura que bajaba a toda velocidad hacia ellos. Definitivamente no se quedaría a averiguar si eran imperiales o no.

«Marlene, nos vamos».

Con rapidez puso una de las mochilas en su espalda y tomó a Marlene en brazos con todas sus fuerzas, tenía que volver a los bosques lo más rápido posible. Sentía como los caballos relinchaban cada vez más cerca. Tan pronto como dio unos pasos Marlene comenzó a sufrir de violentas convulsiones.

«No, no no no, no ahora».

Producto de eso, cayó al suelo donde siguió moviéndose erráticamente, con espanto Cristofer veía como la mancha distante se convertía en una serie de jinetes perfectamente montados a la distancia.

Estaba obligado a decidir.

—Perdóname, de veras lo intenté —le dijo antes de partir, conteniendo lágrimas al ver que los espasmos no paraban.

Inhaló una enorme bocanada de aire antes de echarse a correr, a cada paso que daba procuraba limpiar su mente de pensamientos innecesarios, mantenía el recuerdo de su esposa para seguir adelante y no mirar atrás.

Sin darse cuenta se encontraba nuevamente en la espesura del bosque, a salvo. Con un poco de suerte, ni bestias ni imperiales le seguirían, no obstante, como buen soldado, no se dejó seducir por la posibilidad más favorecedora, sino que actuó como si de una cacería se tratase, siendo él la presa. Conforme a esto, se mantuvo de manera paralela a las montañas, con rumbo sureste, sabía que, en cierto punto, dadas las distancias entre los puestos de vigilancia imperiales, podría cruzar sigilosamente las montañas, tan solo era cosa de asegurarse que nadie anduviese rondando por las cercanías. Con férrea determinación siguió moviéndose, variaba su ritmo, pues su cuerpo era incapaz de mantener una carrera de kilómetros de manera constante, sin embargo, en ningún momento se dio por vencido, se infundía valor a sí mismo para dar un paso tras otro, imaginándose la recompensa de llegar a la meta. Cuando el sol estuvo en lo más alto del firmamento, Cristofer, por primera vez, se detuvo, se afirmaba en el tronco de un robusto roble para mantener el equilibrio mientras recuperaba el aliento, luego de unos minutos escudriñó en su mochila en busca de alimentos.

«Pan y más pan, que apetecible», suspiró para sí.

Consciente de que necesitaría más que pan para sobrevivir, tomó una decisión arriesgada, subiría las montañas aquí mismo, no buscaría otro punto mejor, pues la falta de agua apremiaba, confiaba en que podría derretir la nieve usando su propia temperatura corporal bebiendo el agua filtrada desde trozos de ropa que había rasgado cuando habitó esa caseta, cabe añadir que esta vez iba muchísimo más abrigado, sin duda las probabilidades de lograrlo eran bastante más prometedoras que antes.

Con el aliento ya en su cuerpo, fue caminando hacia terreno elevado, sin exigirse demasiado, apretaba la mochila contra su espalda, asegurándose de su firmeza al tiempo que clavaba sus pies con fuerza en la tierra, quería subir sin contratiempos.

Al principio, el suelo se fue ablandando, temió que la humedad de la tierra le jugase una mala pasada, así que, apenas tuvo la oportunidad, se hizo con una buena rama para que le hiciera de bastón de apoyo. Cualquiera que lo hubiese visto a la distancia no habría visto una persona sino un autómatas que subía como si ese fuese el único propósito de su existencia, y, en efecto, Cristofer era solo voluntad en ese momento, desconectado del mundo solo se enfocaba en pisar bien y distinguir el mejor camino para seguir subiendo. Iba poco a poco, pues zigzagueaba bastante, afanado en evitar cualquier borde peligroso aún a costa de perder valioso tiempo.

Cuando hubo recorrido casi un tercio del trecho, se aventuró en lo que creyó era un sendero que conducía a la cima, gracias a esto pudo acelerar el paso, cuando sus pies tocaron la nieve, supo que había elegido bien, no estaba a muy lejos de lo alto de la montaña, el camino imperial podría

aparecer en cualquier momento. Con el atardecer en despedida, llegó a la ruta imperial, esa misma que de no haber escapado, habría recorrido con rumbo a la reducción. Por alguna razón, daba la sensación de que la oscuridad de la noche tardaría más en aparecer, confiando nuevamente en su intuición, Cristofer se dejó caer de rodillas en la nieve que cubría la ruta, exhausto, quería respirar y llevarse algo de pan a la boca, pero no pudo hacerlo. Como si de una maldición se tratase, una caravana imperial venía hacia él, lo habían visto, no tenía sentido correr, se quedó quieto donde estaba, tan solo preocupado de comer la mayor cantidad de pan antes de ser alcanzado. Una vez rodeado por tres jinetes, vio que se había topado con un convoy de prisioneros suitas.

—Identifíquese —le ordenó un jinete tan abrigado como impaciente.

—Soy José de la Llanura, señor, voy de camino al reino Marronero en busca de provisiones —mintió con la esperanza vaga de ser dejado en paz.

Uno de los jinetes sacó una libreta, revisándola.

—Don José, buscamos suitas ¿no sabrá usted de algunos prófugos que se ocultan en los bosques del protectorado?

—No señor, no sé nada al respecto.

Aquel que revisaba la libreta le dirigió la mirada al jinete inquisidor.

—¿Qué trae en su mochila don José? —preguntó el imperial cambiando el tono de su voz—. La revisaremos.

Comprendiendo que había sido descubierto, optó por su único camino viable.

—Sí señor, espero que esté todo en... —alcanzó a decir antes de que se la arrebatasen de las manos.

En cosa de segundos, desparramaron todo el contenido del bolso en la nieve, a la vista quedó un saco de pólvora con la marca imperial y un cuchillo cuya forma difícilmente podría ser atribuida a un campesino. Los tres jinetes desenvainaron sus armas, al mismo tiempo, atentos a la señal, los conductores del carruaje prisión ya le apuntaban con sus arcabuces.

—Camaradas, creo que encontramos uno de los prófugos del vagón diecisiete —dijo uno.

—No, señor, debe ser un error —dijo Cristofer desesperado.

Los jinetes rieron.

Sin que Cristofer se diera cuenta, perdió el conocimiento producto de un golpe contundente en su cabeza. Al despertar, se encontraba nuevamente dentro de un carruaje en movimiento, apresado, sucio, maloliente, degradado, justo como hace unos días, tal parece que su destino era ir a la reducción, de una u otra forma.

Resignado, apoyó su espalda contra los barrotes y durmió, con la esperanza de encontrar alivio en sus ensoñaciones. Ni siquiera miró a quienes le hacían compañía en la condena, ni le importó que tuviesen frío, esta vez solo quería relajarse, aceptar la muerte en paz. Así transcurrió el día y medio que le separaba del fin, hundiéndose silenciosamente en sus ropajes, tan solo escuchando el entorno, medio dormido, negándose a prestar atención a cualquier cosa que no fuese su imaginación o sus recuerdos. De pronto, en un momento indistinguible de otro, el carruaje se detuvo, los caballos relincharon, se escuchaban pisadas a los alrededores, aun así, Cristofer no levantó su cabeza.

—¡Vaya, vaya! —exclamó una voz ronca—. Así que todavía quedan de estos por ahí.

—Son inagotables, camarada —le respondió otro—. Hay rumores de que encontraron un campamento de ellos al norte, querían pasar desapercibidos.

—¡Ja ja ja! ¡Ilusos!

La risa fue correspondida por otros presentes que no habían abierto la boca.

—Nadie escapa del imperio —dijo otro hablando directamente a los prisioneros, escupiendo—. Ni siquiera una asquerosa banda de traidores.

Con el visto bueno del oficial a cargo, el convoy hizo ingreso en la reducción. Dentro, bajaron a la fuerza a los reos, los obligaron a desvestirse e ir desnudos a ciertas habitaciones donde fueron lavados como animales, algunos se desmayaron producto del cambio de temperatura, Cristofer, en cambio, se reintegró al mundo. Desorientado, obedeció cuanta instrucción le dieron, al final del día estaba vestido con ropas típicas de prisión, camino a una cabaña donde permanecería esa noche, por un segundo dudó que les fuesen a matar, pues la verdad, la reducción parecía un complejo habitacional más que un campo de exterminio, apenas hubo puesto un pie dentro de la cabaña, esto se desvaneció por completo, dentro, el hacinamiento era atroz, el

equipamiento de la misma era solamente espacio vacío, a tal nivel que presagió lo peor: daba igual el espacio, los ejecutarían pronto. Incapaz siquiera de sentarse en el suelo, tuvo que pasar la noche de pie, en vela.

«Extraño el carruaje», pensó en cierto momento de la noche, y con toda razón, pues en la reducción ni siquiera podían hacer ruido, los soldados patrullaban afuera, y no dudaban en sacar a unos cuantos para molerlos a golpes con tal de que el silencio fuese absoluto.

La reducción de los suitas era el infierno en la tierra, si quedaban dudas, al amanecer se despejarían, pero Cristófer no sospechaba cuanto empeoraría la situación.

Con el sol saliendo por el horizonte, los soldados, con fusil en mano, sacaron a todos de las casas, los formaron en filas, obligándoles a permanecer de pie, varios grupos de médicos iban examinando a los rehenes, el procedimiento era breve, desnudaban a la persona, el doctor efectuaba un chequeo y daba un veredicto, Cristófer no tardó en comprender que había dos únicos resultados posibles, aprobado o desechado, según tal o cual permanecías en la fila o te llevaban lejos, donde la vista no alcanzaba a ver.

Los suitas ahí retenidos procedían de distintos lugares del imperio, la mayoría eran mercaderes; el resto trabajadores, profesionales y legionarios, hombre y mujeres por igual, el imperio no discriminaba a la hora de purgarles.

Cuando hubo terminado el chequeo, los que quedaron fueron devueltos a las cabañas, ahora espaciosas por la falta de gente. Antes de que siquiera se preguntasen que sucedería por los otros, el sonido de descargas de pólvora en perfecta sincronía, una tras otra, ya les daban la respuesta. Sus compañeros de habitación, claramente simples personas, estaban aterrados, él, sobrellevaba mejor la situación. Le recordaba a la guerra del oeste de hace algunos años, solo que esta vez no se encontraba en el bando ganador.

Con relativa tranquilidad, se recostó en el suelo e intentó dormir, sus piernas cedieron de inmediato, estuvo demasiadas horas de pie. En cosa de minutos, las memorias de tiempos mejores regresaron a su mente, recordaba sus últimos días junto a su esposa, recordaba cómo había sido el reencuentro luego de tantos años de combate en el oeste, como de grande estaba su hijo que no lo había visto desde que estaba en el vientre materno y como su suegro parecía aceptarlo de cierta forma pese a su origen étnico no continental, como se arrepentía de no haber tomado el apellido de su esposa al momento de casarse, maldecía el día en que no lo hizo, las imágenes se repetían en su cabeza, una y otra vez le mostraban el momento exacto en que el oficial militar le preguntaba qué apellido debía primar, una y otra vez su mente le atormentaba. La pesadilla le

causaba espasmos en el mundo real, sus compañeros de caurto se acercaron a él preocupados, lo miraban atentos, creyendo que se les moriría, en eso, un soldado entró violentamente en la casa, empujando la puerta con el hombro, pese a que no había cerradura de ningún tipo.

—¿Qué es lo que sucede aquí?! —preguntó de mala gana, en tono extraño, cerrando la puerta tras de sí, aproximándose al grupo.

Como si de un imán de la misma polaridad se tratase, los reclusos se apartaban a medida que el soldado se acercaba al cuerpo de Cristofer, una vez próximo, el soldado se arrodilló y movió gentilmente al atormentado, despertándolo.

—Hey, Cristofer ¿estás bien? —preguntó para sorpresa de los presentes.

Este apenas se lo creía.

—¿Bonifacio? —preguntó incrédulo.

—Llámame Boc, vine a sacarte de este basurero.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntaba mientras se ponía de pie, sin salir de su incredulidad—. No tiene sentido, apenas...

—Y que lo digas —le interrumpió—, pero la jefa no se tomó muy bien lo de Marlene y me mandó a buscarlos, buena gente ella.

—¿Eleonor te mandó a buscarme a la reducción?

—Ja, ja, ja. Ni de chiste, la jefa me mandó a buscarles al puesto de guardia, pero al no hallarlos me vi obligado a seguirte el rastro. ¿No traerás a Marlene contigo?

—Marlene está muerta, la abandoné en el puesto, nunca despertó —dijo con absoluta frialdad.

Silencio.

Cristofer volvió a recostarse, con ganas de dormir.

—¡Hey, hey! ¿Qué estás haciendo? —le preguntó Bonifacio, deteniéndolo.

—Déjame ya, quiero despertar —le contestó con la voz muerta.

Boc lo zarandeó de los hombros.

—¡Estás despierto soldado! ¡Tenemos que irnos de aquí!

Cristofer lo apartó de un empujón.

—¡Claro que sí! —se burló—. Despierto en un mundo en el que un tesorero disfrazado de soldado viene a rescatarme de una prisión imperial, déjame ya, maldición.

Bonifacio arremetió contra él, aprisionándole entre él y la pared, apretándole el cuello con su antebrazo.

—No te burles jamás de un contador autorizado por el gremio de contadores, soldadito —le dijo con una ira contenida que se escapaba por sus ojos—. Tú no sabes de los que somos capaces para cobrar deudas.

—Está bien, me disculpo —dijo Cristofer, las palabras apenas salían de su boca—. Estoy despierto, te creo.

Bonifacio lo soltó y se dirigió a la puerta, ya abandonaba el lugar.

—Bien, ahora solo tenemos que pensar cómo salir de aquí, cuento contigo, soldadito.

Cerrando con rudeza la puerta, se fue de la cabaña, dejando a sus habitantes

sorprendidos. Aunque la esperanza no volvía completamente al corazón de Cristofer, un germen se había implantado, por primera vez en mucho tiempo, quiso volver a pensar, y eso hizo, pasó el resto del día pensando como escapar, pero no tenía idea, no recordaba cómo era el exterior, por dejación y agotamiento no había prestado atención, se arrepentía, sentía que de haberlo hecho tendría las ideas más claras. Fue en ese intertanto en el que sus compañeros lo rodearon, amenazantes.

—Prométenos que escaparás con nosotros —le dijeron.

Cristofer los miró en silencio, desafiante.

—Prométenos o te delataremos —insistieron.

—¿Están dispuestos a venderme a quienes os asesinarán después como agradecimiento?

—Estamos muertos de todas formas, prométenos o te llevamos con nosotros a la tumba.

Sabiendo que difícilmente cumpliría su promesa, accedió, les dio su

palabra de qué pensaría como sacarlos a todos.

—No queremos que lo pienses, queremos que lo hagas —le corrigieron.

—Tienen mi palabra, lo haré —mintió.

Aunque lo pensó, no llegó a nada ese día, ya cansado, se durmió definitivamente, contaba con que los sacarían al día siguiente para una nueva inspección, ahora sí que prestaría atención hasta el más mínimo detalle, nuevamente había una meta donde llegar. Sin embargo, el día comenzó y no sacaron a nadie al exterior, los mantuvieron encerrados, privados de todo contacto. Desesperados, cundió la paranoia en ellos, justo antes de que hicieran algo estúpido, un grupo de soldados les fue a entregar alimentos.

—Junten fuerzas, que mañana las necesitarán —ladró uno de ellos.

Con esto en mente, Cristofer supo a qué atenerse, y tal como el soldado les dijo, a primera hora del día siguiente los sacaron a todos y los llevaron a un lugar apartado, lejos, pero dentro de la reducción. Como la vez anterior, estaban en filas, un oficial les explicó en pocas palabras que su tarea sería cavar, que necesitaban un agujero muy profundo en el suelo donde botar los cadáveres de quienes no aprobaron el examen médico. Con tal confirmación del destino de los condenados, el miedo se hizo más presente que nunca en los presos.

«Santo cielo, ahora entiendo por qué todos aquí parecen recién llegados», pensó Cristofer, con un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

Sin más dilación que esa los pusieron a trabajar, a base de palas y picos penetraron la tierra, los mantuvieron a todo sol y hasta altas horas de la noche cavando, los soldados se turnaban para vigilarles y no dudaban en castigar a quien no rindiese conforme a lo esperado, no hubo descanso, todo fue una larga jornada para hacer un pozo enorme, casi lo terminan en un solo día, pero les mandaron de regreso a las cabañas antes de hacerlo, los imperiales estaban cansados.

De vuelta, Cristofer caminaba cansado, decepcionado por no haber llegado a ninguna parte con su plan de escape, dejó de importarle cuando vio que les habían dejado alimentos y agua lista para beber dentro de la casucha, aunque no alcanzaba para satisfacer a todos, tendrían que repartirla. En eso, Bonifacio volvió a entrar fingiendo ser un soldado molesto.

—¡Velas fuera, malditos! —gritó mientras dejaba caer una nota.

Cerró la puerta de inmediato, se oyeron unas risas de fondo. Cristofer corrió a recoger el recado, dejando su comida botada. La nota rezaba «atento a los cuerpos», una vez leída se la comió, ante la miraba

inquisidora de sus agotados compañeros, parecían querer preguntarles, pero sus bocas no reaccionaban.

—Mañana, atentos a mi señal —les dijo para quitarse los ojos de encima.

—Mañana —alcanzaron a repetir algunos, sus rostros eran vivo reflejo de la esperanza en cuerpos masacrados por el cansancio.

En el momento que estuvo terminada la enorme zanja, los llevaron en fila a un descampado en el extremo opuesto de la reducción, para horror de todos los cuerpos de quienes habían sido ejecutados yacían tal cual cayeron, uno tras otro, el olor a podredumbre inundaba el ambiente, los gusanos, siempre diligentes, tenían montado un festín de aquellos. La vigilancia allí era absoluta pero distante, los soldados se apostaban tanto a nivel del suelo como en lo alto de los muros de la reducción.

—¡Ustedes dos, agarren uno y tírenlo en el hoyo! —les gritó un oficial a media distancia, tapándose la boca y nariz para evitar inhalar el putrefacto aire.

Con esfuerzo y conteniendo el estómago, la primera pareja se acercó para mover el primero de los innumerables cuerpos ahí botados, otra pareja le siguió después. Durante el transporte, uno de los dos no pudo más y vomitó, dejando caer los restos que cargaba.

—¡Oye tú! —le gritó un soldado a la distancia—. ¡Ven aquí!

El sujeto obedeció, una vez cerca de él le dieron una paliza entre varios, bajo la atenta mirada suita, que se habían paralizado frente a tal reprimenda.

—¿Qué miran?! —les gritó el oficial mientras apaleaban al otro—. ¡A trabajar o ya saben lo que les espera!

Totalmente subordinados prosiguieron su labor, ignorando los gritos del otro.

Como una larga cadena de producción, los despojos mortales iban siendo movidos, definitivamente habían calculado las distancias pues cuando dejaron caer al primero ya estaban en la fila para coger a otro. Lejos de tan malvado plan, Cristófer esperaba su turno, había localizado a Boc con la mirada y se comunicaban por medio de sutiles gestos faciales, llegado el momento de coger uno de los muertos, miró a Boc una última vez, esperando confirmación, este asintió con determinación.

Al levantar el cuerpo, se dio cuenta de que un collar de colgaba del cuello del occiso, portaba dos pequeñas granadas, incapaces de matar a nadie, pero si de causar un buen estruendo, antes de iniciar la marcha de ida al

foso se percató que no era el único cadáver con tal collar, varios de ellos los portaban.

«Rayos Boc, los contadores sí que son unos malditos», pensó con genuina admiración.

Justo antes de arrojar el cuerpo al agujero, aprovechando la poca vigilancia se puso en collar en su propio cuello, dada la distancia de los soldados difícilmente prestarían atención a bulto que cargaría.

—Que corra la voz, los collares hay que sacarlos —le murmuró a su compañero.

En cosa de minutos la cadena completa lo supo, en apenas una vuelta ya se habían hecho con todos, no alcanzaba para ni una décima parte de ellos, pero serían más que suficientes para un golpe sorpresa. Bonifacio había desaparecido del horizonte, no se le veía por ninguna parte.

—Rayos Boc, ¿dónde estás? —se preguntó en voz alta.

Sus compañeros volvían a acosarlo, la ansiedad les consumía, querían actuar pronto. Luego de unos minutos, condenado por las circunstancias se la jugó.

—A mi señal, que corra —dijo sin preocuparse de ser visto por los soldados.

Cuando estuvo nuevamente en turno de levantar un cuerpo, lo hizo, sacó una granada, activó el mecanismo y la lanzó contra el grupo de soldados más cercano, el caos cundió de inmediato: una cadena de pequeñas explosiones resquebrajó el silencio que reinaba en el ambiente, una oleada enorme de gente se abalanzó sobre las tropas a nivel del suelo, en busca que quitarles sus armas, muchos murieron antes de siquiera haber dado un paso, pero una vez efectuada la primera descarga de fuego las cosas cambiaron, las tropas imperiales no eran suficientes para contener con armas blancas a tantos insurgentes. Tan solo los soldados apostados en lo alto del muro parecían ser los únicos capaces de mantener un fuego constante sobre ellos, sin embargo, Bonifacio hizo acto de presencia allí arriba, haciendo uso de dos pistolas eliminó a los dos tipos más próximos a él y se arrojó a una batalla cuerpo a cuerpo contra los demás, aprovechando la confusión inicial fue cortando las amarras que sostenían las escaleras en alto, abriendo el paso para que cualquiera pudiera subir a luchar ahí, Cristofer, ni tonto ni perezoso, fue de los primeros en subir, atento de que alguien también pelaba en lo alto.

—¡Boc! —le gritó una vez arriba.

—¡Soldadito! —le respondió mientras chocaba espadas con un legionario.

—¡Tenemos que irnos!

—¡No tan rápido, debemos liberar esta prisión!

—¿Pero qué dices, demente?! ¡Corramos mientras podamos!

—De nada nos servirá si nos persiguen —sentenció al tiempo que desclavaba su espada del torso enemigo—. ¡Hay que luchar o morir!
—gritó a todo pulmón embistiendo a su siguiente víctima.

«Maldito idiota con complejos de héroe», se lamentó mientras se defendía de los mandobles de un enorme soldado.

Atrapado por la coyuntura tuvo que pelear, animó a los rebeldes a subir a lo alto del muro para resolver esto de la mejor manera posible. La batalla se convertía lentamente en una carnicería, las experimentadas tropas imperiales, pese a su desventaja numérica, daban un montón de problemas, no morían sin llevarse a un puñado de suitas con ellos. Cuando las tornas se decidieron definitivamente para los insurgentes, los oficiales imperiales irrumpieron en escena, harían una carga de caballería suicida, lejos de querer huir, los imperiales deseaban eliminar a la mayor cantidad de ellos aún a costa de su propia vida, incluso prendieron fuego a cuanta estructura alcanzaron a tocar. La masacre fue atroz, empero, al final del día, la bandera imperial ya no ondeaba en la reducción, ahora llamado el Bastión de la Esperanza.

Capítulo 2

Aunque el conde Luis de la Marca no dejaba de ser un completo desconocido para la enorme mayoría de los habitantes del imperio, había logrado labrarse una reputación en los círculos más influyentes de esa sociedad, inclusive, una biografía no autorizada le retrataba como un alcohólico que llegó a ser conde por puro azar. Haya sido cierto o no, el conde tenía una buena relación con la nobleza de turno, quienes le preferían por sobre su antecesora, una mujer belicosa cuyas maneras dejaban mucho que desear, pues se dedicaba más al comercio que a las finuras propias de su clase. Con tal respaldo, la biografía fue rápidamente desprestigiada, llegando a volverse una especie de mito sobre el conde, cuestión que le permitía ser invitado a cada fiesta para que narrase a los presentes sus días de soldado en el oeste. Su bienvenida presencia siempre causaba respeto en los hombres y admiración en las mujeres, él era un indispensable de cada tertulia.

—Mi distinguida señora, no me gané este distinguido mostacho quedándome en la retaguardia —le gustaba presumir cada vez que le preguntaban por su participación en la campaña del oeste, causando risas nerviosas en sus contrapartes.

Junto a sus correctos modales al hablar, nuestro conde también tenía un bigote tan tupido como blanco, era su orgullo y procuraba mantenerlo tan presentable como fuese humanamente posible, siempre pulcro y perfumado. Sin duda no dejaría de ser un personaje dentro de poco.

Una mañana, luego de una interminable jornada de fiesta con los nobles capitalinos, don Luis tomaba desayuno junto a su buen amigo, el conde Ruiz de la Prada. Eran atendidos por los sirvientes de este último, que, ocultando su cansancio, les servían toda clase de manjares en el comedor de diario que había en la enorme cocina de la mansión de don Ruiz.

—¡Amigo mío! —exclamó don Luis mientras le entregaban un plato de caviar—. ¡Vuestras fiestas son mejores de todo el imperio!

—¡Mi buen amigo! —dijo con una sonrisa—. No sabe cuánto le agradezco su presencia, sin usted las veladas no serían iguales.

—Querido Ruiz, siempre que me lo pida vendré a presentarme a sus fiestas, usted me honra con cada vez que lo hace.

—Pierda cuidado, planeo celebrar una nueva ceremonia dentro de los próximos días.

—¿Cuál será la razón esta vez? Si me permite preguntarle.

—¡Por supuesto que se lo permito! —hizo una pausa para beber de su infusión—. Me ha dicho un pajarito que no tardarán en nombrar un nuevo conde para el apellido Irarrázaval.

—Oh, pues eso es una buena noticia. Me cuesta creer que los anteriores hayan tenido ascendencia suita.

—Y que lo diga, mi muy querido. Tan morenos ellos y, sin embargo, tener un padre de ojos azules, menuda vergüenza.

—¿Me creería usted que le he hecho la prueba a cada uno de mis criados?

—No me diga, ¿le ha salido muy caro?

—Lamentablemente, pero ningún costo es elevado si se trata de identificar traidores a nuestro amado imperio.

—Estimado Luis, no podría estar más de acuerdo con usted, hoy mismo le pediré a mi ama de llaves que busque a un especialista versado en la materia.

—Apreciado, no sabe cuánto me tranquiliza que tome las medidas atinentes al caso, ignoro como ha podido dormir tranquilo todos estos días.

—Pues créame que también lo desconozco, sin embargo, he pensado que los suitas, tal vez, no son una amenaza tan grande.

—Explíquese.

—Verá —dijo acomodándose en su silla y bebiendo un enorme sorbo de su té de hierbas—, la conspiración ha sido descubierta antes de que siquiera comenzase su principio de ejecución, sumado a que sus líderes fueron apresados uno a uno producto de la delación de un simple operario, que ni siquiera fue torturado para declarar.

—No logro ver su punto, mi amigo.

—Mi punto es,preciado Luis, que los suitas son una raza inferior, de pocas luces y mucha cobardía inherente a su sangre, jamás podrían dar un golpe, se tropezarían antes de siquiera intentarlo.

El conde Luis soltó una carcajada.

—¡No podría estar más de acuerdo don Ruiz! —dijo entre risas, luchando por contenerse—. Empero si han tenido la osadía siquiera de pensar un

atentado contra nos, pues no veo que les podría detener sino la moral y las buenas costumbres.

—Desgraciadamente, dos elementos ausentes en su espíritu.

Ambos asintieron, suspirando.

De pronto, el silencio fue roto por un criado de don Luis, que entraba groseramente a la cocina, detrás de él, los sirvientes de don Ruiz le perseguían para detenerlo.

—¡Señor, señor! —gritaba a medida que se acercaba.

—¡Válgame, muchacho! —exclamó don Luis, poniéndose de pie—. ¿A qué se debe este estruendo?

—¡Señor, señor!

El conde le abofeteó.

—¡Basta Rogelio! —le reprendió—. Discúlpate de inmediato con el señor Ruiz, venir a interrumpir nuestro desayuno, menudos modales demuestras, me dejas en vergüenza.

—Discúlpame, se los ruego —dijo entre lágrimas—, pero traigo terribles noticias.

—Cuéntanos...

—¡Los suitas, señor! —exclamó mientras mostraba la portada del periódico a sus eminencias—. ¡Han tomado el centro de reeducación!

—¡Imposible! —le quitó de un manotazo el diario—. ¡Fuego en el este! Sobrevivientes de la matanza ocurrida hace tres días en el centro de reeducación suita, informan que los traidores se han sublevado y tomado el centro por la fuerza, matando a cuanto honrado funcionario intentase hacerles entrar en razón —leyó en voz alta.

—Canallas... —fue todo lo que pudo murmuran don Ruiz.

Hubo un minuto de silencio en el ambiente.

—¿Qué más has logrado recabar, Rogelio? —le pregunto don Luis.

—Se rumorea que el Consejo imperial destinará un contingente especial para sofocar la rebelión.

—¿No hay noticias respecto de un levantamiento de todo el protectorado?

—Ninguna, señor.

—Al menos algo va bien —atinó a decir don Ruiz.

El conde de la Marca volvió a su asiento, deseaba acabar su caviar.

—Amigo mío, creo que no podré quedarme por más tiempo —dijo cuándo su plato estuvo vacío—, ahora mismo me dirigiré al Edificio gubernativo a ofrecer nuevamente mis servicios a la patria, el deber me llama, le ruego me excuse del almuerzo junto a doña María.

—Queda usted absuelto mi fiel amigo, será en otra ocasión, ¿hay algo en lo que le pueda ser útil?

—Cuenta con eso, apenas vuelva de mi entrevista con los altos funcionarios militares le informé si necesito de su auxilio ¡Me despido, encárgate Rogelio!

Aún con sus ropajes de la noche anterior, el conde se encaminó a toda velocidad hacia el centro de la capital, ni siquiera reparó en coger su monedero, por lo que no pudo arrendar un carruaje. Por suerte, recordaba las calles a la perfección, por lo que no tuvo ningún contratiempo intentando orientarse.

En menos de una hora estuvo a los pies del Edificio Gubernativo, estructura palaciega aún a medio acabar, antecendida de una larga avenida y emplazada en medio de una gigantesca rotonda, de altura descabellada reflejaba la grandeza imperial. Pese a no existir órdenes de reanudación de obras, el estado en que se encontraba no dejaba de ser una particularidad que reflejaba los aires expansionistas de Centolia a la perfección: un imperio aún a medio hacer.

Cuando hubo aprobado todos los controles de seguridad, hizo ingreso a la primera planta, una habitación enorme que derivaba en varios departamentos perfectamente señalizados, al ver la línea en el suelo que le guiaba al pabellón militar, don Luis solo tuvo que seguirla, caminó durante varios minutos, atravesó patios y subió escaleras, la distancia era formidable, cuando por fin llegó al departamento de las legiones un cordial soldado le dio la bienvenida.

—¡Muy buenos días, ciudadano! —exclamó el legionario con una sonrisa de oreja a oreja mientras abría la puerta de vidrio—. Por favor, preséntese y exprese su solicitud.

—Muchacho, soy el coronel honorífico conde Luis de la Marca, necesito ver al oficial de reclutamiento —dijo con pompa mientras mostraba su sello

imperial.

El soldado tardó en reaccionar, poco acostumbrado a situaciones como esta.

—Sí, sí —tartamudeó—. De inmediato, señor.

En cosa de un santiamén, el joven fue a toda velocidad al interior de las oficinas y regresó con acompañado de un oficial.

—Conde Luis —dijo el oficial—, soy el capitán Edmundo Santelices, ¿qué le trae por aquí?

—Capitán, en vista de las terribles noticias del este he venido a ofrecer nuevamente mis servicios a la patria.

—Ah, se refiere a los eventos de la reduc... del centro de reeducación.

—Así es, el centro tomado por los suitas, entiendo que es un complejo mayúsculo donde podrían coordinar toda una rebelión del protectorado.

—Pierda cuidado coronel, usted mejor que nadie sabe que nuestras legiones son imparables.

—Y con mayor razón pues —insistió—, necesitan de un experimentado oficial que les guíe.

El capitán no podía esconder su disconformidad con el asunto.

—Coronel, no puedo negarme a que usted vuelva al servicio activo, pero sí puedo decirle que las legiones no son como usted las recuerda.

—Me parece excelente que hayan cambiado, un ejército no puede quedarse en el pasado, por lo que insisto: déjeme rellenar el formulario, quiero volver.

—¿Está usted seguro?

—Absolutamente.

El capitán suspiró.

—¡Diecisiete! —gritó con dirección a las oficinas interiores—. ¡Tráigame el formulario de reingreso especial!

—¡Sí, señor! —alcanzó a oírse detrás.

—Bienvenido de nuevo, coronel —le dijo Edmundo, retirándose a su despacho— diecisiete le tomará sus datos.

Luis esperaba un apretón de manos, o una pequeña enhorabuena, nada de eso obtuvo, en su lugar, se vio envuelto en un procedimiento burocrático lento y aburrido el cual tomó una hora completar, al irse, tan solo le entregaron una nota que contenía la dirección a la cual debía presentarse dentro de dos días.

«Vaya, esto no es como cuando me enrolé», pensó decepcionado, «claramente son tiempos más pacíficos».

Sabiendo que no alcanzaría a llegar a la hora adecuada para almorzar en la mansión de su amigo y dado que se había disculpado de participar, optó por dirigirse a un restorán, mientras recorría el centro en busca de uno, sin proponérselo, llegó a uno de los barrios de su infancia. Los recuerdos invadieron su mente de inmediato: recordaba sus andanzas juveniles cuando se escapaba de casa para salir a jugar con sus amigos, o sus salidas de adulto cuando se iba a emborrachar a una cantina cercana de la cuál siempre le expulsaban por conflictivo, pero nunca le impedían volver producto de su aparentemente buena situación económica.

«Qué recuerdos más bellos», pensaba con emoción, «¿existirá ese viejo boliche aún? Saldré a buscarlo».

Valiéndose de su memoria, recorrió calles cercanas al barrio hasta llegar al punto en que debería estar su cantina, sin embargo, no estaba allí, en su lugar había una sastrería. Decepcionado, creyó que se equivocaba de lugar. No perseveró, el hambre apremiaba de tal manera que se introdujo en el primer local de comidas que encontró: un local populoso de bajos precios. El aroma del lugar estimulaba los sentidos, el olor de varios tipos de carnes a la plancha junto a la esencia de vegetales fritos volvía loco a cualquiera. Dentro, le llamó la atención una fila de gente, casi tocando la entrada.

—Disculpe —le preguntó a la última persona de la fila—. ¿Cuál es la razón de esta fila?

—Fila para ordenar —le respondió bruscamente, apenas mirando al conde de reojo.

«Menudos modales», pensó casi ofendido, «como se nota la decadencia de este lugar».

Ignorando el tono de la respuesta recién obtenida, don Luis dirigió su atención a los carteles de comida que colgaban en lo alto del local, cada platillo se veía más sabroso que el anterior. Su estómago rugía con furia. Una vez llegado su turno de ordenar, el empleado le cobró de inmediato,

sin embargo, el conde no tenía dinero, había salido tan rápido de la casa de su amigo que no tomó ninguna precaución propia de los hombres de bien. Lleno de vergüenza, tuvo que dar un paso al costado y salir de ahí a paso acelerado para evitar ser visto.

«Desdichado de mí», pensaba mientras caminaba de regreso a las dependencias de su amigo, «venir tan lejos para nada».

Transcurridas casi dos horas, el conde de la Marca puso sus pies dentro de la propiedad de la Prada, justo en el portón, Rogelio le esperaba fielmente el regreso de su amo, qué, al verlo destartado, corrió a su encuentro.

—¡Amo Luis! —exclamó al verlo—. ¿Se encuentra usted bien?

—De ninguna manera, Rogelio.

—No me diga que no le han aceptado en las legiones, mi señor.

—¡Qué va! De ninguna forma, estoy dentro.

—¿Qué es lo que le aqueja entonces, mi señor?

—¡La peor de las maldiciones de la naturaleza! ¡El hambre!

—Veré de inmediato que puedo hacer...

—Así me gusta, estaré en mi cuarto, más vale que te apresures —ordenó.

El pobre mayordomo corrió al interior de la cocina en busca de un platillo para su amo, por suerte, como viene siendo la regla de las clases altas, la comida se encontraba hasta debajo de alfombras. No tardó en subir a la habitación de su amo con un jugoso filete aún caliente con variadas ensaladas.

—¡Responsabilidad, Rogelio! —exclamó el conde cuando su sirviente abrió la puerta—. Ya estaba por desfallecer, venga, apresúrate y pon la comida en mi mesa. Cierra la puerta cuando te vayas.

Olvidando cada una de sus formas que meticulosamente repasaba cada día, comió como un salvaje, apenas usaba los cubiertos. Tragó y bebió hasta empacharse, creando un caos que sus empleados tardarían en limpiar. Al quedar satisfecho, se tendió en la cama y descansó. Su estómago iba a estallar si ingería algo más.

Los días que siguieron a ese fueron más protocolares, pudo cenar y almorzar junto a la familia de su amigo don Ruiz de la Prada, causando una grata impresión en ella, más todavía dado que volvía a la acción y prometía traer nuevas y desopilantes aventuras del este, combatiendo a

los insurgentes suitas.

—¿Qué le puedo decir, mi distinguida señora? —le decía a doña María, esposa de don Ruiz—. Pienso que mis narraciones contra los salvajes del oeste comienzan a aburrir, necesito una nueva ampliación en mi catálogo.

—¡¿Qué dice don Luis?! —replicaba doña María.

—Amigo mío, sus historias nunca aburren —añadió don Ruiz.

—Oh, les agradezco, de todo corazón, empero mi decisión está tomada. Mañana mismo me presentaré con mi superior y partiré a la campaña.

—Queridísimo amigo, ¿acaso ya tiene usted todo lo necesario?

—Todo lo que necesito es mi uniforme, lamentablemente no alcanzaré a traerlo desde mi hacienda en Salón, por lo que justamente iba a requerir su compañía para contratar los urgentes servicios de un sastre.

—No se diga más, partamos de inmediato —dijo don Ruiz con ferviente entusiasmo.

Doña María interrumpió la conversación.

—Par de jovencitos, no se olviden terminar este almuerzo —dijo con autoridad.

—De ninguna forma —dijeron ambos, poniéndose a comer con esmero.

El trío conformado por don Luis, don Ruiz y Rogelio partió con diligencia en busca de un sastre disponible, para ello arrendaron los mejores caballos de la mejor caballeriza de la ciudad, los primeros intentos con los especialistas fueron infructuosos, ninguno quería confeccionar un uniforme de oficial en menos de un día. Por lo que no tuvieron más remedio que ofrecer una cuantiosa suma, esperando con ello resquebrajar la negativa de alguno. Don Luis mandó a empeñar sus alhajas con tal de hacerse de más fondos, su amigo también le proveyó con parte de su capital. Al atardecer encontraron a un sastre dispuesto a ceder, pero no por una suma precisamente baja. Les valió un buen dineral acceder a sus servicios y no partiría desde cero, sino que modificaría un uniforme cuya confección no había sido aprobada por un cliente anterior, sin embargo, no había tiempo para regateos ni exigencias especiales, juramentado el alfayate todo quedó en sus manos. Rogelio pasaría a primera hora a buscar el uniforme y le pagaría la décima faltante.

Regresaron de noche a la mansión, cansados, pero con la moral en alto, el objetivo estaba cumplido, tan solo restaba una última comida e irse a la

cama, mañana sería el gran día, no podían permitirse una larga velada.

Tal como se pactó, el sirviente del conde fue a retirar el uniforme, el sastre cumplió con creces las expectativas, un traje de finas tela e increíble diseño vistió el conde, era imposible no detener la mirada en él por un instante.

—Bueno mi amigo, es hora de decir adiós —le dijo don Ruiz en la puerta.

—Ha sido un gusto —respondió con una sonrisa—. Cuando menos te lo esperes, volveré.

Se dieron un cordial abrazo.

—Rogelio se encargará de llevarse mis cosas a Salón, pierda cuidado mi buen amigo —añadió el conde Luis.

—Excelente, le ordenaré a mis criados que faciliten la labor con tal de que sus pertenencias vuelvan la más pronto posible.

—Hasta la vista.

Su amigo solo asintió antes de regresar al interior de su hogar.

Esta vez, nuestro conde estaba preparado, arrendó los servicios de un carruaje y le ordenó al cochero que se dirigiese a la dirección de la nota. En un abrir y cerrar de ojos, se movían a toda velocidad por las vacías calles de la capital, dentro del vehículo, el conde procuraba mantenerse sentado correctamente para no arrugar su uniforme, pues una persona de su dignidad no podía permitirse andar mal presentado. En algo más de un cuarto de hora el carruaje llegó a su destino, el complejo militar del capital, un sitio ubicado a la salida norte de la ciudad donde las legiones se entrenaban y se mantenían pendientes a cualquier instrucción del poder central.

En la zona de ingreso al recinto, un par de legionarios le controlaron, al confirmar su identidad le indicaron donde su superior le esperaba: una carpa montada a casi un kilómetro de distancia, con entusiasmo fue tratando hacia allá.

«Por fin, espero que el comandante provenga de la escuela de oficiales, así no tendré que soportar a los indecentes de la carrera meritatoria», pensaba con entusiasmo, sin saber la enorme sorpresa que se llevaría.

—Permiso para entrar, comandante —dijo con voz grave a las afueras de la tienda.

—Permiso concedido —le dijo una voz femenina—. Preséntese.

El conde ingresó con incredulidad.

—Conde coronel Luis de la Marca, señor... señora —dijo luego de un instante.

—¡El conde del que todos hablan! —comentó sarcásticamente.

«Oh no, una mujer al mando de las legiones, bárbaro».

—¿Disculpe, señora?

—He visto su archivo, usted es una leyenda del oeste, estoy encantada —manifestó con respeto, acercándose al conde para darle un apretón de manos—. Usted es lo que necesitan mis legiones, un tipo a la antigua que les quite la cobardía.

«¿Tipo a la antigua? ¿Legiones cobardes?», discurrió aterrado, «¿está mujer ha dejado que las tropas se acobarden? ¡Cáspita!»

—Señora, ningún hombre aquí es un cobarde.

—Tiene usted razón, pero ya nadie aquí es como antes, pero las legiones ya no tienen corazón, han perdido algo —habló decepcionada—. Espero que usted sepa reavivar el espíritu del imperio.

«Pues claro, porque tú ni podrías...»

—Haré mi mejor esfuerzo, señora —respondió sin tener muy claro a qué se refería su superiora.

—¡Excelente, coronel! —exclamó feliz—. Confío en usted, su fama le precede.

Hubo un silencio incómodo.

—Puede retirarse —ordenó la mujer tras unos instantes, volviendo a su papeleo.

—Señora, solicito permiso para conocer su nombre —formuló fuertemente.

—Oh, cierto —murmuró sorprendida—. Generala Sofía Contreras, también puede llamarme Impala, lo autorizo.

—¿Impala?

—Un apodo que me gané en el oeste, ya sabe, cosas de defensa en la frontera.

—Me parece que no soy el único con una reputación —coqueteó.

—Guarde sus encantos, coronel, resérvelos para tropa.

—Sí señora, lo siento señora.

—No se preocupe, ahora vaya a conocer a las legiones, usted será mi segundo al mando durante la operación.

—¡De inmediato, señora!

Obediente pero disgustado, salió a conocer a sus legiones, ocultando su desazón, el conde saludó personalmente a cuanta persona a su alcance pudo, preguntaba nombres y daba los buenos deseos. No tardó en darse cuenta que algo extraño había en la conducta de las legiones: nadie mostraba ninguna expresión facial, ni alegría ni cansancio ni nada, solo respondían como autómatas y volvían a sus entrenamientos, que no se veían suaves, en lo absoluto.

«¿Qué demonios está pasando aquí», se preguntó asustado, «¿acaso a esto se referían con que las cosas no son como antes? ¡Joder, estos parecen muertos en vida!», razonaba con pavor.

Luego de pasar buena parte del día saludando a esas inhumanas legiones, pidió ser conducido a sus dependencias para descansar y comer algo. Cuando estuvo en su habitación, encontró una nota firmada por Impala que rezaba: «Coronel, no coma pesado, al amanecer nos vamos, preséntese en mi tienda a primera hora». Ignorando la sugerencia, comió un filete entero para sí, casi como un acto de protesta ausente contra la autoridad que representaba la generala, se negaba a aceptar que una mujer estuviese al mando, cierta razón había en su mente conservadora, pues en sus años en activo jamás vio a una mujer que pasase del rango de sargento, pese a que buena parte de las legiones la integraban mujeres.

«Inaceptable, han corrompido la pureza del imperio», pensaba mientras embestía al filete con la furia de un hambriento, «no me extraña que esos sucios puercos hayan podido tomar el centro de reeducación, con estas mujeres estamos perdidos».

Al despuntar el alba, don Luis fue despertado por un emisario que cuya única misión era esa, asegurarse que el viejo conde abriese los ojos, probablemente no confiaban en su desentrenado cuerpo cuya mayor

actividad durante los últimos años no había sido otra que desvelarse bebiendo alcohol en juntas sociales de escasa relevancia práctica. No obstante, el hombre se despertó, vistió y desayunó como uno más, quizás fuese la emoción del primer día, pero el conde superó todas las expectativas de la generala y confirmó el buen prestigio que le precedía.

—Coronel, tiene mi enhorabuena —le dijo Sofía en la mesa de oficiales—. Dudaba que fuese capaz de levantarse tan rápidamente, pero nuevamente demuestra ser una leyenda viviente.

«¿Qué rayos insinúas?, mujercita».

—Me complace estar a la altura, mi general —le contestó con pompa.

—Luego de esta comida, me acompañaré a los establos —dijo cambiando bruscamente de tema, como si no quisiera recibir halagos o perder su tiempo en formalidades intrascendentes—, le mostraré su caballo y podrá ensillarlo personalmente si así gusta.

—Sí señora —contestó sin ocultar su incomodidad.

Don Luis temía que su superiora fuese una mujer de ánimo cambiante, inexperta e incompetente, no iba a comunicarle sus dudas, de ninguna forma, pero la duda sobre sus capacidades le acompañaba desde el primer contacto. Sintiendo una especie de compasión por ella, se propuso asistirle lo mejor que pudiese.

«Después de todo un jefe no es nada sin buenos empleados, y un jefe mal calificado significa empleados mal calificados», concluyó.

Es por ello que en los establos ensilló su caballo haciendo uso de sus mejores técnicas, siendo raudo en su ejecución. Salió cabalgando a inspeccionar a las tropas, que ya estaban formadas a la salida del recinto esperando órdenes mientras recitaban frases de odio y superioridad racial. Sin mayor demora, partieron su larga marcha hacia el sureste, rumbo a las montañas del sur. El itinerario era el siguiente: seguirían la carretera imperial hasta llegar a Ciudad Esperanza, idealmente antes de veinticuatro horas; continuarían a paso firme hasta el Poblado de la Triple Frontera, un asentamiento que, tal como su nombre lo indica, está en un punto intermedio entre la frontera de Centolia, la del Reino Blanquecino y el Protectorado Suita a cargo de los primeros, aunque el nombre de este asentamiento no tardaría en quedar desfasado, pues las ambiciones imperiales no tardarían en obligar a cambiar el nombre al de «doble frontera», y, quizás, al de «antigua frontera». Desde allí, en cuestión de un par de horas estarían en el Poblado de La Paz y comenzarían la ascensión a las montañas para tomar el corredor imperial que les

conduciría directamente a la reducción suita.

Casi todo el trayecto transcurrió según los planes, sin ningún altercado ni contratiempo, incluso llegaron a las faldas de las montañas del sur un día antes de lo previsto. La eficiencia de las legiones dejó anonadado al conde, quien no estaba acostumbrado a marchas interminables ni recordaba haber realizado una en toda su carrera. Ocultando su enorme cansancio, ponía su mejor cara, aunque nadie reparase en él, pues las legiones eran silenciosas y los oficiales a cargo no hacían otra cosa que mirar hacia adelante, gesticulando frases en completo silencio, cada quien conocía su cometido a la perfección y hablar solo significaba un gasto de energía innecesario.

Recién ocurrió algo digno de ser contado cuando iban en un punto cercano a la mitad del camino en lo alto de las montañas. Una nevada intensa les detuvo, una nunca antes vista en tal época del año, fue de tal magnitud que la infantería fue incapaz de resistir los embates del viento y los caballos a duras penas podían mantener la dirección, obligados por las circunstancias tuvieron que montar un campamento improvisado ahí mismo, en plena carretera. Algunos soldados, pese a lo denso de sus abrigo, sufrían síntomas de hipotermia, parecía que una fuerza sobrenatural les impedía continuar la marcha.

—Y un demonio —masculó Impala en su tienda, llevándose una mano a la cabeza mientras daba vueltas en círculos—, íbamos excelente con la hoja de ruta.

—Señora, aún hay un grupo de valientes que estamos dispuestos a proseguir —le dijo el coronel, intentando animarla—. Recuperaremos el centro de reeducación, llueva, truene o nieve.

Sofía se detuvo con una sonrisa en su rostro, lo miraba fijamente.

—¡Señor conde! —exclamó—. Sois una luz para este batallón, creía que estabas muriendo de agotamiento, nuevamente me sorprendes.

Don Luis se moría ante lo que consideraba una afrenta y, a la vez, una descripción exacta de la realidad.

—Señora mía, permítame demostrarle que se equivoca —habló reprimiendo su ira—. Permítame adelantarme con un contingente de valientes y reconocer el terreno.

La generala no podía estar más satisfecha ante el desempeño de su brazo derecho.

—Coronel, tiene mi permiso. Vaya y llévase por delante cuanto suita

encuentre, no les de tregua a esas alimañas.

—¡Señora, sí señora! —dijo retirándose de la carpa, en busca de voluntarios.

«Por fin, esto es cuanto esperé cuando me enlisté», pensó con alegría al verse liberado de la tutela directa de Sofía.

Con alrededor de setenta jinetes partió, hizo frente a las desfavorables condiciones climáticas y pudo encontrar el camino de descenso sin perder ni una sola vida de quienes estaban a su cargo, sin duda toda una hazaña. Junto con la pérdida de altitud, la tormenta también fue menguando, permitiendo una mayor visibilidad y mayor confort.

—Sargento, ¿a cuánto estamos del centro de reeducación? —preguntó el coronel cuando su caballo puso sus pies sobre tierra limpia de toda nieve.

—¿Se refiere a la reducción, señor?

—No entiendo la manía de llamarle así, aunque no me molesta.

—Señor, nos debemos encontrar a veinte kilómetros, deberíamos verla al atravesar los pocos árboles que nos restan de camino.

—Excelente, ¡en marcha, soldados! —pronunció al tiempo que espoleaba a su caballo saliendo a la vanguardia, sus legiones montadas le siguieron, prestos.

Una larga hilera dibujada sobre el terreno se veía a la distancia, una columna semoviente que amenazaba con internarse en lo profundo del valle, eso parecía la escuadra de avanzada comandada por don Luis. Durante la marcha se cruzaron con un grupo de personas que parecían recolectar frutos de los arbustos en la parte más llana del valle, con un solo gesto los numerosos jinetes les rodearon mientras intentaban escapar. Pensando que se trataba de centinelas enemigos, dada su vestimenta de reclusos, el coronel dio la orden de matarlos de inmediato y proseguir la marcha. Los tipos suplicaron por piedad, pero sus gritos se ahogaron bajo las picas de las legiones que no tardaron en arrebatárles la vida con la misma velocidad a la que atravesaron el largo trayecto hasta ahí. Consciente de que no serían los únicos vigías apostados por el enemigo, el conde reformuló su plan de ataque separando sus tropas en equipo de una decena de hombres para cubrir mayor superficie, don Luis quería llegar de sorpresa y tener un combate limpio contra los insurgentes, así recuperar el centro de reeducación y obtener las felicitaciones correspondientes una vez de regreso en la capital.

«No hay forma de que puedan oponer la mínima resistencia», pensaba con total convicción, «están desarmados y probablemente sin pertrechos,

están acabados».

Como era de esperarse, más grupos de vigilancia apostados por los suitas fueron descubiertos, todos y cada uno de ellos fue masacrado bajo las lanzas imperiales sin el más mínimo preámbulo ni miramiento.

Prontamente divisaron el centro de reeducación en el horizonte, don Luis no pudo hacer otra cosa que frenar su caballo en seco al ver el deplorable estado del complejo, había señales inequívocas de que un voraz incendio lo había arrasado todo hasta los cimientos mismos, nada se había salvado. Aún el olor a humo y a cenizas inundaba el ambiente, inclusive ciertas columnas de humo manaban del interior.

—Apesta a carne chamuscada —le dijo a uno de sus soldados, sin obtener respuesta del autómata.

Don Luis no lograba soportar la falta de humanidad de sus tropas, respetaba que fuesen fríos en las batallas, pero detestaba que fuesen así todo el tiempo.

—Muy bien, continuemos —ordenó fastidiado.

El sargento a su lado dio una orden gestual con su puño en alto y los diversos grupos reanudaron la marcha al unísono, el plan era entrar de golpe a los restos de la reducción, generando caos entre los suitas, impidiendo toda clase de posible respuesta de raíz.

Ansioso de un poco de acción, desenvainó su espada y apuntando a los restos de la reducción dio la orden de cargar con todo. De un solo salto atravesó lo que parecía una improvisada barricada en el acceso principal del complejo, la táctica resultó ser adecuada, pues todos los suitas en el interior corrieron despavoridos al verlos, buscando refugio en cualquier escondite, los gritos propios de un matadero era todo lo que se oía en ese momento, la caballería imperial mataba a los desgraciados con una facilidad pasmosa, incluso el coronel se daba el lujo de ensangrentar su acero tomando la vida de un puñado de suitas.

Sin embargo, los minutos pasaban y no había ninguna especie de respuesta por los suitas, tan solo corrían despavoridos intentando escapar del recinto mientras los cadáveres se acumulaban en el suelo, sospechando que algo no iba bien, el conde ordenó a sus tropas detenerse y reagruparse.

—¡Tomaremos prisioneros! —ordenó con cierta duda en su corazón.

—Señor, nuestras órdenes son... —intentó recordarle el sargento.

—¡Nuevas órdenes, sargento! —le gritó con autoridad—. ¡Maten a todo el que se resista, pero tomaremos prisioneros!

Sumisas, sus tropas obedecieron sin rechistar, el conde subió a lo alto de un fragmento de muro que aún se mantenía en pie y vigiló el correcto desempeño de sus legiones. Con ayuda de sus manos como amplificador improvisado hacia un llamado a los suitas a rendirse sin resistencia para que salvaran sus vidas. No tardaron en recorrer hasta la última esquina del enorme complejo hasta dar con el último de ellos, nadie de los sobrevivientes se salvó de ser tomado rehén del Imperio, nuevamente.

Con la reducción tomada, don Luis formó a los cientos de suitas e inició un interrogatorio público dirigido por sí mismo, la situación era repugnante, los cuerpos aún sangrantes no habían sido removidos, suscitando el miedo en los pobres suitas, muchos de ellos temblaban del pánico, incluso hubo desmayos. El conde, que caminaba en silencio frente a ellos en posición amenazadora tenía serias dudas sobre la aptitud de esos sujetos para realizar un motín exitoso.

—Que alguien me explique por qué os habéis rebelado y cavado tal putrefacto agujero lleno de cadáveres —dijo con tono amenazador, mientras se erguía solemne frente a ellos.

Silencio absoluto.

—¡Hablad ahora o ejecutaré a cada uno de ustedes hasta que hablen! —añadió molesto al ver que nadie le respondía.

«Maldita sea, estos están peor que las legiones», pensaba con desesperación.

De pronto, alguien habló.

—¿Acaso no has visto de quienes son los cuerpos que ahí yacen? —le preguntó un tipo de voz dura, de cuyo rostro aún salía sangre producto de un corte.

Don Luis lo localizó de inmediato con la mirada.

—¿Cómo osas a hablar así? Irrespetuoso...

—Yo te lo diré entonces —le interrumpió—. Son los cuerpos de cada suita que no aprobó tus estándares de esclavitud, son los cuerpos de cada padre, madre, niños y niñas que les ha parecido buena idea fusilar.

—¡Silencio, mentiroso! —le gritó el conde—. He visto los cuerpos, hay

imperiales ahí tirados.

—Ese pozo jamás se llenaría con la peste que son ustedes —dijo otro que estaba al lado del primero, con el mismo valor.

Don Luis ignoró el comentario.

—¡Les hemos dado la oportunidad de que se reintegren! —les reprochó—. ¿Así pagan la bondad imperial?

—¡¿Bondad, dices?! —espetó el primero—. ¡Luché por ustedes y me apuñalaron por la espalda!

—Oh, un legionario —dijo el conde con agrado—. Identifíquese, soldado.

El soldado no dijo ninguna sola palabra.

—¿Por qué siempre eligen la manera difícil? —se lamentó—. Sargento, por favor.

Con violencia trajeron al sujeto ante los pies del coronel, no sin antes propinarle un fuerte golpe en el vientre que lo dejó sin aliento.

—Su nombre, por favor —replicó.

La persona tosía y jadeaba intentando recomponerse.

—Cristofer Collins, cabo —dijo luego de mucho esfuerzo, sin lograr ponerse de pie.

—Encantado, don Cristofer —le saludó con sarcasmo—. Ahora dígame, ¿por qué hay legionarios en esa fosa?

—Son los cuerpos de los guardias que intentaron detenernos.

—Ajá, y dígame, por qué rayos se alzaron contra indefensos funcionarios que solo buscaban curarlos.

Cristofer se puso de pie, mirando al conde a los ojos, amenazante. Un golpe en su espada por parte de un soldado, lo mandó nuevamente al suelo.

—Por favor Cristofer, no se moleste, le escucho perfecto desde aquí arriba.

—¡¿De qué cura hablas, animal?! —le gritó destruyendo su voz—. ¡Este es

un centro de torturas!

El conde se rio para ocultar la creciente preocupación en su interior.

—Si este era un campo de torturas... ¿qué razón hay para quedarse luego de tantos días? ¿Acaso no ve cómo se cae su mentira?

Bonifacio intercedió al ver que Cristofer no se podía mover.

—¿Y dónde más íbamos a ir? —le preguntó—. No ve que el imperio les ha quitado todo.

—¿Adónde irías tú en mi lugar? —se sumó Cristofer, con la voz quebrada—. Ya has visto la tormenta en la montaña, sabes que las bestias de la llanura nos destrozarían, estábamos condenados desde el comienzo. Déjate de esta farsa y cumple tu cometido.

Luis miró a sus rehenes con detenimiento, prácticamente ninguno de ellos se veía en forma, buena parte estaba en los huesos, lo que veía no coincidía con las alegres imágenes que veía en la prensa sobre la rehabilitación de los suitas, carcomido por la duda y la culpa, ordenó maniatarlos y darles agua fresca.

—Señor, nuestras órdenes originales son las de acabar con la amenaza suita —le dijo el sargento cuando estuvieron a buena distancia de los reos.

—Estos prisioneros no representan ninguna amenaza, sargento —le respondió molesto—. Límitese a obedecer, responderé ante el consejo si es necesario. Retírese.

Esa noche el conde no pudo conciliar el sueño, sentía remordimientos.

«¿Estuve a masacrando a gente indefensa?», se cuestionaba. «¿Acaso Sofía me ha mandado a asesinar mujeres y niños desarmados? Pobre de ella».

Al día siguiente, llegó el grueso del batallón a la reducción al atardecer. Luis salió cabalgando a recibirles, deseaba una entrevista con la generala con urgencia, sin embargo, ella no le prestó atención hasta que estuvieron dentro de los restos del complejo.

—Buen trabajo, coronel —le felicitó al ver que había tomado la reducción con apenas una parte de las tropas y sin siquiera sufrir bajas.

—Señora, ningún suita presentó resistencia —dijo con pesar.

—Aunque lo hubiesen hecho dudo que el resultado hubiese variado
—sentenció sin interés, le importaba más reconocer el lugar con sus propios ojos.

—Señora, han acusado malos tratos por parte del imperio, me parece grave.

Sofía se detuvo y clavó sus ojos en el coronel.

—¿Cómo que han acusado? ¿Ha tomado prisioneros, coronel?

—Así es señora, al no presentar riesgo...

—¡Maldita sea, Luis de la Marca! —gritó espantada—. ¡Las órdenes eran claras!

—Señora, con su permiso...

—¡Denegado el permiso! ¡Lléveme dónde esos bastardos!

Con pesar, Luis obedeció y condujo a su superiora al lugar donde mantenía a los suitas retenidos.

—¡Teniente Fernández! —llamó Sofía—. Levante un paredón alrededor de esa fosa, vamos a acabar con esto aquí mismo.

—Como ordene, señora.

En cosa de minutos, y para el terror de los rehenes, una base de madera fue armada justo en el borde del foso que habían cavado con sus propias manos unos días atrás. A escasos metros, a la vista de todos, un segundo grupo preparaba los arcabuces para el fusilamiento.

—¡Los quiero de diez en diez! —ordenó Impala con frialdad.

—Señora, por favor, le suplico que reconsidere, esta gente merece un juicio previo —intercedió Luis al ver que los primeros diez ya estaban listos para ser ejecutados.

La generala se detuvo un momento, juntando ánimos para contestarle al coronel, mientras las tropas esperaban su orden.

—Señor conde, nuestras órdenes emanan del Consejo imperial, ya se les ha juzgado, su pena es la muerte —pronunció sin inmutarse—. ¡Fuego!

En un instante, diez inocentes cayeron muertos al foso, sus lamentos fueron ahogados en la pólvora, no eran personas sino elementos que despachar. Sin demora, otros diez fueron puestos por la fuerza sobre el

banquillo. Luis, superado por las circunstancias, se retiró a un extremo del refugio, no soportaba la deshonra que se estaba cometiendo, no pidió permiso para retirarse, por lo que el teniente Fernández le intentó detener.

—Déjelo, teniente —ordenó Impala—. Necesita reponerse.

—Como ordene, señora —repitió por defecto.

Con el ritmo y eficiencia de una industria, los imperiales liquidaban suitas como quien firma documentos en una oficina, como un mero trámite, sin embargo, desde el otro lado las cosas eran muy distintas: las víctimas, desprovistas de toda esperanza, solo miraban impotentes como se acercaba su turno, especialmente dos de ellos Cristofer y Bonifacio, en unas tres o cuatro rondas les tocaría a ellos.

—Maldita sea Cris, no quiero morir —le decía Boc de rodillas en el suelo, entre lágrimas.

—Boc, que tus últimos momentos no sean de lamentación —le animaba un resignado Cristofer—. Moriremos de frente y con honor.

—Oh no, no quiero morir —lloraba.

Cristofer lo levantó sujetándolo del cuello.

—¡Boc, reacciona! —gritó—. Eres un contador del gremio, muchos dependen de ti —le dijo señalándole una familia que estaba detrás de ellos, junto a su hija menor—, no podemos fallarles —murmuró.

Comprendiendo la situación, Bonifacio se contuvo, escuchando como otra descarga se llevaba a diez más, sus piernas temblaban como gelatina.

—Fue un gusto, soldadito —se despidió entre sollozos cuando los legionarios fueron a buscarlos para ponerlos en el taburete.

Con Cristofer a su lado y la niña pequeña del otro, Bonifacio no dejaba de llorar y temblar mientras se esforzaba por reprimirse. Los soldados, a escasos metros de distancia cambiaban de fusiles, revisando su integridad.

—¡Legiones, apunten! —exclamaba el teniente Fernández.

Muerto en vida, el corazón de Bonifacio se detuvo, contempló la reducción una última vez, sus sueños de justicia se acaban en ese momento, se arrepentía de haberse quedado a luchar en vez de haber huido cuando tuvo oportunidad. Miró de reojo a Cristofer, quien no mostraba emociones y miraba de frente a sus verdugos, deseó ser como él: un tipo que sabía

cuándo actuar y cuándo no hacerlo, pero ya no lo sería jamás, era muy tarde.

—¡Legiones, fue...! —gritaba el teniente.

Bonifacio cayó desmayado en ese mismo momento, perdiéndose un milagro que no volvería a repetirse en su vida. Como ángeles, los contrabandistas de Eleonor irrumpieron en escena, junto a ella, Amalia y Valerio, cabalgaban disparando contra todo imperial que tuviesen por delante. Desde otro extremo, Marcos y Nadia lanzaban explosivos para aumentar el caos de la situación. Cristofer, incrédulo, aún en el cadalso, veía como Nuño galopaba a toda velocidad hacia él, trayendo a otro caballo amarrado.

—¡Camarada legionario! —le gritó mientras cortaba sus ataduras—. ¡Coge a Boc, nos vamos!

El desorden en la reducción era tal que cuando puso a Boc en el caballo de Nuño y montó el suyo, no tenían claro hacia dónde moverse. Los prisioneros corrían por sus vidas.

—¡Nuño! —vociferó Eleonor a la distancia—. ¡Por aquí, vamos!

Con arrojo, sin cuestionárselo, siguieron a la única persona que parecía saber qué hacer. Con los disparos rozándoles la cabeza, la banda huyó del lugar a toda velocidad, a las afueras de la reducción, los soldados intentaban apuntarles con sus arcabuces, pero la distancia era cada vez mayor. Impala, llena de rabia, mataba con su espada a todo el suita que se cruzase en su camino, ahorrándose tener que volver a montar el banquillo. Luis se presentó ante ella montado en su caballo.

—Señora, permiso para perseguir a esos insurrectos.

—Olvídelo coronel —le dijo mientras limpiaba su espada—, debemos evitar que más suitas salgan de aquí, olvídense de los otros, nos encargaremos de ellos en otra ocasión.

Con enorme pesar, Luis cumplió las instrucciones de Sofía, manchando nuevamente sus manos con sangre. Al final del día, ningún suita en la reducción estaba vivo para ver un nuevo amanecer. Aunque deseaba poder cavar las tumbas correspondientes para los caídos, se negó a exteriorizar esa posibilidad, sabía que de hacerlo se arriesgaba a una expulsión.

«Puede que un día esté en mis manos marcar la diferencia», se dijo antes de dar media vuelta y marchar en silencio a la capital junto a las legiones.

Capítulo 3

Siendo el pilar administrativo del Imperio de Centolia, el Edificio Gubernativo no detenía su funcionamiento en ningún momento, sencillamente no podía permitírselo, dada la enorme centralización y burocracia imperial, parar ese edificio significaba parar toda la nación. El pretor Guillermo Honrado era el único del consejo que comprendía la cabalidad de estas implicaciones y estaba orgulloso de aquello. Él era el miembro más joven del gabinete y tenía asignadas las labores de velar por la correcta administración interna del Imperio, dentro de sus funciones podía proponer políticas públicas, agendas internas, reestructuraciones gubernamentales y, en general, todo aquello que tuviese que fuese a desarrollarse al interior de las fronteras que no fuese competencia de otro pretor.

Contrario a lo que dicta la intuición, el Imperio de Centolia no tenía emperador ni emperatriz, tales roles no eran necesarios en el común de los días, por lo que jamás se implementaron, en su lugar el consejo actuaba por unanimidad en los temas que normalmente le hubiese correspondido a la persona soberana, supliendo así esta carencia. Este modo de llevar la administración acarreaba una serie de reuniones entre los cinco gabinetes en pos de seguir una directriz común, la figura más parecida a un emperador, la tenía el presidente del consejo, cuyo desempeño corría a cargo del pretor más viejo, correspondiéndole, actualmente, a doña Florentina Guzmán el deber de dirigir los debates y representar ante las demás potencias al Imperio, sin perjuicio de ello, como pretora también tiene asignada labores que desempeñar, estando a cargo, por pura coincidencia, de las relaciones exteriores de Centolia, vigilando por una sana diplomacia y fortaleciendo vínculos con los demás reinos del continente.

Dado que el Imperio se jactaba de ser una fuerza militar de primer nivel, no podía permitirse dejar a sus legiones sometidas a una administración ordinaria, por tal razón existía un puesto cuya función era la correcta manutención de las tropas, así como su dirección, manteniéndolas siempre obedientes al consejo y nunca como un órgano deliberante, tal cometido era llevado por la pretora Elizabeth Díaz, una mujer de larga trayectoria militar, implacable en las batallas y cívica como ninguna otra persona, pues lejos del espíritu expansionista que por naturaleza residía en cada ciudadano imperial, ella desea la paz por sobre todas las cosas.

Entremedio de esas dos fuertes personalidades estaba la pretora Lúmina Mosa, una muy cordial y atenta persona, cercana a la pretora Florentina por afinidades políticas comunes. A su cuidado han sido entregadas las funciones protocolares, como pesos y medidas, además de la administración del aparato religioso estatal, que personalmente se había encargado de dismantelar en pos de hacer del imperio un lugar laico y

más atractivo para el resto de culturas.

Por último, está el pretor Mariano Rodríguez, ministro de justicia y preboste legislador, persona cuya única meta, y objetivo en la vida, es conseguir el pleno orden público, estableciendo jerarquías sociales, dictando normas y haciéndolas cumplir por medio de la fuerza pública de ser necesario.

En la práctica, a la hora de las reuniones del consejo, había dos grupos perfectamente delimitados mas no antagónicos, por un lado, estaba Mariano y Guillermo, siempre en la persecución de reformas y cambios; por el otro, Florentina y Lúmina, más cautas y precavidas, siempre dispuestas a un análisis pausado antes de decidir. Por separado se oía la voz de Elizabeth, quien rara vez se presentaba en la capital por estos días, dado que la pacificación del oeste era un tema peliagudo y no quería dirigirlo a la distancia, en su lugar dejó un delegado premunido de instrucciones claras y concisas respecto de cómo debía votar en las discusiones en que se le exigiese pronunciamiento, este secretario gozaba de su plena confianza y le remitía informes con regularidad, por lo que la distancia no era impedimento para estar al corriente de lo que acontecía en la capital.

El día de hoy se vería el tema más esperado por Guillermo, el reporte de la expedición de Limpieza liderada por la generala Contreras en el extremo este del protectorado. Contento, contemplaba el amanecer desde su elevado despacho en la torre más alta del Edificio Gubernativo, miraba la ciudad sintiéndose su dueño, tenía motivos para creerse, pues desde su ingreso a la administración promovió una serie de reformas sociales y arquitectónicas para moldearla a su pinta, los resultados permanecían a la vista. Por desgracia, muchas de las obras de embellecimiento estaban paralizadas por un corte de recursos fiscales imprevistos, no obstante, las más importantes seguían su curso, como la remodelación del palacio donde trabajaba todos los días y todas las noches sin descanso.

Cuando el reloj que colgaba encima de su escritorio dio las diez de la mañana el pretor se levantó, ajustó su capa y salió al pasillo, donde una alfombra roja aterciopelada le mostraría el camino hacia la enorme escalera de caracol por la cual descendería hasta llegar, luego de unos cruces de pasillos, a la sala del consejo, una habitación enorme dispuesta como un anfiteatro, en cuyo centro había una enorme mesa redonda dividida en cubículos para los pretores y sus secretarios de confianza, alrededor de este bufete, por medio de una separación considerable, se levantaban gradas para todos aquellos funcionarios de alto rango que quisieran participar presenciando las reuniones públicas del consejo.

El pretor Guillermo fue el primero llegar, seguido de la pretora Lúmina, el delegado, Mariano y la presidenta Florentina, en ese orden cada quien, con sus respectivos consejeros, con escasos minutos de diferencia entre

ellos.

—A septiembre primero, se levanta la sesión extraordinaria de este ilustre consejo —pronunció Florentina poniéndose de pie—. De manera única y excepcional se revisará el informe expedicionario del último movimiento militar efectuado hace algunos días —regresó a su asiento.

Un secretario bajo la tutela del delegado militar de Elizabeth expuso sintéticamente los datos relevantes del reporte de la generala, se mencionaba la ejecución exitosa de todos los suitas amotinados en la reducción, la supervivencia casi todos los efectivos desplegados, el buen desempeño de las legiones y un incidente con una banda de forajidos que se llevó a un puñado de buenas personas a la tumba.

—Los resultados son claros —comentó Mariano—, los suitas no existen más, la expedición fue un éxito.

—Difiero —se quejó Guillermo—, aún deben quedar bandas de rapaces libres que seguirán acosando a nuestros honrados ciudadanos.

Estas solas palabras bastaron para cambiar el parecer de Mariano.

—Estimado pretor —le dijo Lúmina—, estoy segura que las bandas son un problema local del cual las policías comunales deberán hacerse cargo, lo que nos atañe de los suitas es que ya han sido erradicados, los pocos de ellos que han escapado de nuestro control no serán capaces de reproducirse, ya están acabados.

—Jovencito, espero que no vaya a proponer otra de sus radicales ideas al respecto, está más allá de toda duda que los suitas traidores han sido eliminados, podemos respirar en paz —le dijo Florentina, encubriendo un tono amenazante.

—Distinguida presidenta, tendrá que disculparme, pero si algo nos ha enseñado la experiencia y el conocimiento científico es que si dejamos a un par de conejos libres no tardaremos en tener una plaga comiendo de nuestros cultivos —razonaba Mariano—. Imagínese ahora esta plaga más encima no le basta con comer del fruto de nuestro trabajo, sino que planea un golpe para arrebatarnos nuestro hogar ¿no le parece excesivo quedarse en la inacción?

Doña Florentina comentó algunas cosas su secretario antes de responder.

—Según nuestros informes, hemos acabado con el noventa y nueve por ciento de los suitas registrados, y quizás más, dejando eso un estimado de menos de mil suitas distribuidos a lo largo y ancho del imperio, sus genes se perderán tarde o temprano por el mestizaje —concluyó—. No tiene sentido destinar más recursos de manera activa, bastará con

promover denuncias por parte de la ciudadanía en caso de que aparezcan esos pocos.

—De la misma forma, volvemos a tener las arcas con superávit gracias a las expropiaciones sobre el patrimonio suita —añadía Lúmina—. Mejor destinar los fondos a terminar los planes sociales que se han prometido.

—Señorías, el reporte de la generala es claro al mencionar que hay pandillas en la frontera que atacan con impunidad a nuestras legiones, se sienten libres de hacer y deshacer y no respetan nada. Es cosa de tiempo para que la situación escale y terminen asaltando una ciudad entera —dijo Guillermo, molesto.

—Hasta que no lo hagan no votaré por una nueva movilización de las legiones —sentenció Florentina—. Nuestro deber es velar por nuestra gente y nuestro pueblo y lo que ellos necesitan es que este consejo saque adelante la agenda social a la cual se comprometió hace bastante tiempo.

Comprendiendo que no obtendría la satisfacción de sus pretensiones en esta reunión, Guillermo se dejó llevar por el ritmo de la pretora presidenta, haciendo acotaciones breves al programa e informando que tendría lista una exposición para la siguiente reunión ordinaria del consejo, sin perjuicio de estar conteniendo un odio desmesurado contra Florentina.

—Revisados los temas agendados por este ilustre consejo, se levanta la sesión —dijo doña Florentina, retirándose a su oficina junto a su séquito asesor.

Todos los presentes se retiraron de manera ordenada, el último en irse fue el pretor Guillermo, estaba molesto, deseaba con fervor movilizar a las legiones a la frontera sur, aquella que limitaba con el reino Blanquecino.

—Guillermo, relájate —le dijo Mariano reconfortándole—. Ya verás como el tiempo nos dará la razón.

—¿Y a qué costo? Quizás muchas vidas se pierdan en el proceso —dijo con falso interés.

—Será lamentable, pero cuando vean que tenías razón no dudarán nunca más de ti y este imperio volverá a ocupar el lugar que le corresponde en el mundo.

—Con la muerte de Maximiliano, Florentina ha perdido las ganas de cambiar, de resurgir, creía que tendría más arrojo —se lamentaba.

—Compréndela por favor, eran íntimos amigos desde hace décadas, la muerte del viejo aún debe afectarle, después de todo él murió producto

del compromiso con tus actividades.

—¿Eso debería hacerme sentir mejor?

—Mi punto es... que quizás la vieja tenga miedo de que tu energía no solo le quite el puesto sino la vida.

—Puede ser, pero yo jamás atentaría contra su vida ni contra este consejo, nunca —mintió.

—Ojalá ella y Lúmina lo viesen tan claro como yo, mi amigo. Pero hasta entonces tendremos que ganarnos su confianza.

«Mariano, déjame a Lúmina a mí, tú encárgate de que Florentina no me ponga en su lista negra, ¿claros?».

Hubo un silencio.

—Gracias, amigo. Volveré a la oficina, estaré atento por si me necesitas —se despidió Guillermo, poniéndose de pie rápidamente.

De vuelta en su despacho, Guillermo se encerró y buscó afanado unas pastillas calmantes en su mesón, las tragó con urgencia, pues sentía que iba a desfallecer.

«Rayos, pensé que estaba listo, aún me falta práctica en esto», se dijo decepcionado de sí, recostado en su sillón.

Cuando hubo recuperado el aliento, regresó a sus labores habituales: revisar el papeleo acumulado, firmar resoluciones y expedir órdenes a diversas plantas funcionarias a su cargo. Un trabajo aburrido, que normalmente se encargaba a secretarios especialistas, sin embargo, Guillermo prefería estar al tanto de cada cosa que pasaba por su departamento administrativo, además, no había dedicado ni un segundo a buscar posibles candidatos para suplir esos puestos.

Llegada la tarde, con los rayos de sol despidiéndose de su enorme ventana, el pretor se detuvo en sus funciones para reposar, abrió una pequeña despensa personal y rebuscó entre los diversos recipientes de cerámica que ahí se guardaban, tanteando por uno en específico: su vasija de hierbas acarameladas, desde niño que le gustaba esa infusión, la saboreaba como su primera vez, tal era su fascinación por el brebaje que se gastaba un dineral de su propio bolsillo para traer los ingredientes del norte.

En ese intertanto Guillermo recibió las noticias que con tantas ansias esperaba, de la manera a que a él tanto le gustaba. Comenzó con un

golpeteo apresurado en la puerta de su despacho.

—¡Adelante! —pronunció desde el fondo, sin dejar de beber su infusión, contemplando el atardecer sobre su ciudad.

Mariano ingresaba junto a su secretario de mayor confianza.

—¡Guillermo! —exclamó mientras se dirigía al fondo del despacho—. ¡Se ha cumplido! ¡Hay estragos en la frontera!

Aprovechando que nadie vería su rostro unos segundos, sonrió con total libertad.

«Justo a tiempo», pensaba con júbilo.

—¿Qué es lo que sucede en la frontera? ¿Nos ataca el reino blanquecino?
—preguntó con fingida preocupación, poniéndose de pie.

—Bandas de suitas, saquean poblados y queman nuestros puestos de vigilancia.

—¿Se reunirá el consejo?

—En cuestión de minutos, he venido a buscarte.

—¡Partamos entonces, tenemos que actuar!

Así fue, como esa misma noche, quedó aprobada la moción de movilizar varios batallones de legionarios a la frontera sur, con el objetivo de resguardar a la población de los incesantes ataques de algunas guerrillas suitas y reconstruir con premura los campamentos quemados. Aunque parecía desproporcionado desplegar a tantas tropas, Florentina y Lúmina no pudieron oponerse, la situación las pilló desprevenidas y con la guardia baja.

Capítulo 4

Los días que sucedieron al milagroso escape de la reducción no fueron de descanso para nadie, en lo absoluto. Desde el primer momento, según lo que Nuño Smith le contó a Cristofer Collins mientras cabalgaban nuevamente a través de los bosques espesos, la banda de Eleonor actuó siempre guiada por un plan.

Ponían rumbo a la Capital de los Guardos, la sede administrativa del Imperio con jurisdicción en todo el Protectorado, levantada sobre las ruinas de la antigua capital suita hace varios siglos. Cabalgaban dispersos, pues todos conocían el punto de reencuentro en la ciudad de destino, además de cuánto tiempo Eleonor les esperaría antes de volver a partir.

—Camarada, no te hagas ilusiones —le comentaba Nuño sin apartar su vista de donde se dirigía su caballo, pese a que la luz de la luna era bastante fuerte—, la jefa no contaba con la presencia de ustedes dos en ese lugar de mala muerte.

Bonifacio seguía inconsciente.

—¿Tengo que creerme que todo fue una coincidencia? —le preguntó con ironía.

—Así es, camarada. No pienses cosas que no son.

—Venga ya, es claro que venían a rescatar a Boc, Eleonor no es la clase de persona que abandona a los suyos.

Nuño no respondió de inmediato, se quedó pensando sobre lo último.

—Camarada... la verdad es que la jefa quería ir a matar a alguien, cuando Marcos le comunicó la presencia de ustedes dos hubo una reformulación completa e improvisada.

Cristofer, sobrecogido y asaltado por la curiosidad, no pudo evitar preguntar:

—¿Matar a quién?

—A un oficial de las legiones, la jefa se la tiene jurada.

—¿Le rompieron el corazón?

—No seas básico, camarada. La jefa está por sobre esos líos mundanos, ella quiere ajustar cuentas con el actual de la Marca, no se tomó bien

perder el título.

—¿Ella era Eleonor de la Marca?!

—Así es, camarada, la mismísima.

—Chanfle.

—Chanfle, en efecto, cam...

—¿Acaso Eleonor no sabe que los títulos dependen del consejo de pretores?

—Claro que sí, y se los llevará a todos por delante...

—Pero primero se encargará personalmente del tipo ese, aunque muera en el intento, ¿es eso?

—Así es la jefa, camarada, mejor no hacerla enojar.

En los minutos venideros, Bonifacio despertó, por lo que tuvieron que detener la charla para atenderlo y asegurarse de que pudiese continuar, costó más de lo esperado pues el desdichado creía que estaba muerto, que las balas habían atravesado su corazón y se encontraba en un paraíso de ultratumba exactamente igual al mundo de los vivos.

—¡Está errático, camarada! —le gritaba Nuño a Cristófer mientras corrían detrás de Boc para atraparlo, cuidando no caer ante los obstáculos de la noche.

—¡Boc, detente pelmazo!

—¡No Boc, la ropa no!

—Diablos, que vergüenza.

Al ver que era inútil hacerlo entrar en razón, Nuño optó por volver a dejarlo inconsciente por medio de una técnica que parecía conocer a la perfección. Con el problema resuelto, lo vistieron como buenamente pudieron y prosiguieron la marcha hacia el Capital de los Guardos.

Al día siguiente, llegaron al punto de reunión acordado con anterioridad, fueron de los primeros, los mellizos Sor les esperaban en el piso franco ubicado en pleno centro de la ciudad, tan cerca estaban de los edificios administrativos que daba miedo acercarse ante la extrema vigilancia de la guardia imperial, por suerte eran unos completos desconocidos hasta ese entonces. El par los recibió con los brazos abiertos y con la comida aún

caliente.

—Camaradas, necesitamos ayuda —les dijo Nuño antes de cualquier cosa.

—¿Qué sucede, Nuño? —preguntó Nadia.

—Es Boc, lo traemos envuelto.

—¿Qué demonios?! —preguntó exaltado Marcos—. ¿Cómo que no lo logró?!

—Nada de eso, camarada Marcos, el pobre está catatónico, he tenido que dormirlo para que no haga un escándalo.

Los mellizos lo miraron escépticos.

—Es verdad, el pobre cree que está muerto, en el bosque se despertó y se desnudó corriendo a toda velocidad —complementó Cristofer.

—Oh, pobre Bonifacio —dijo con pesar Nadia.

—Vamos, vamos, lo atamos a la cama y esperamos a la jefa, ella sabrá que hacer —concluyó Marcos.

Los tres hombres corrieron a la calle para desmontar a Bonifacio del caballo, quien estaba amarrado a las caderas del animal, boca bajo para impedir que se moviese durante el trayecto. Nadia preparaba una cama improvisada en la cual tender al enfermo.

A lo largo de la jornada, poco a poco, el resto de la banda hacía su aparición en el piso, el estado de Boc era el tema del día, no por mera cortesía, sino por un verdadero sentimiento de fraternidad compartido recíprocamente entre todos los integrantes.

—¿No hay noticias de la jefa? —preguntó Nuño a los últimos en llegar.

—Está con sus contactos, esos sectarios de ropa negra —respondió Amalia mientras inspeccionaba a Bonifacio—, tardará un rato en venir.

—¿Qué contactos? —consultó Cristofer, sentado en el suelo.

—Ni idea —dijo Amalia, indiferente—. No es nuestro tema.

—Creo que son un grupo de nobles o guardias pretorianos disconformes con el gobierno —sugirió Bonifacio, despertando y sentándose lentamente.

—¡Hey, Boc! —saltó Valerio—. ¿Todo bien ahí dentro? —apuntando a su cabeza con su dedo índice.

Nuño dejó lo que estaba haciendo y se acercó asustado hacia donde su compañero.

—Camarada, nada de quitarse la ropa —le amenazó—. ¿Entendido?

Bonifacio se sonrojó como nunca, competía el color de su rostro con la rojiza melena de Valerio.

—¿Cómo que quitarse la ropa?! —exclamó sorprendida Eleonor al tiempo que ingresaba en el piso—. Nada de inmoralidades aquí, manga de cerdos ¡Responsabilidad!

—¡Jefa, no! —se excusó Bonifacio—. No es lo que parece, palabra.

Eleonor examinó con ojo crítico a cada uno de sus subordinados, cerciorándose de que estuviesen bien vestidos.

—Bien —dijo al cabo de un rato, mientras todos la miraban en completo silencio—. Hay novedades, volvemos a las viejas andanzas, el muchacho nuevo puede unirse, le tocará su parte del botín —refiriéndose a Cristofer.

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó este, incorporándose.

—Todo en partes iguales, sin favoritismos por nadie.

—¿Eso me convertiría en uno de ustedes?

Eleonor pensó detenidamente su respuesta, recordando viejas líneas.

—Te ofrezco una temporada de prueba, si te gusta puedes quedarte, si no, puedes irte con tu parte del botín —le dijo con total seriedad—, es el mismo trato para cada uno de mis muchachos, ya verás que te quedará gustando.

Consciente de su falta de divisas para regresar a su hogar, decidió aceptar la oferta que en buena hora se le ofrecía, pensaba en hacer unos cuantos trabajos y luego marcharse de inmediato apenas tuviese los recursos.

—Excelente —dijo complacida Eleonor—. Ahora escuchen, saquearemos todos los puestos imperiales de la frontera con el reino Blanquecino que podamos, antes de partir nos aprovisionaremos bien en esta ciudad, hagan lo que tengan que hacer, pues es probable que no volvamos en

mucho tiempo.

—¿Saquear? —preguntó extrañado Cristofer—. Pensé que sois una banda de contrabandistas.

Eleonor lo ignoró completamente, más le importaba encontrar algo de comer en la despensa.

—¿Y de dónde crees que sacamos la mercadería, soldadito? —le comentó Bonifacio, arreglándose para revisar sus libros de contabilidad.

Aunque decepcionado por la revelación, no se arrepintió de haber decidido unirse, pues no dejaba de ser su única vía posible de escapar del pozo en el que estaba y tener una posibilidad plausible de poder volver a reunirse con su familia, allá lejos en el oeste, en la Ciudad Dorada, centro de la colonia imperial oeste.

Lejos de cualquier formalidad y parafernalia, el oficio de contrabandista no era, en un comienzo, del agrado de Cristofer. Después de años junto a las legiones donde se calculaba hasta mínimo detalle y no se actuaba sino hasta conocer el resultado más previsible claro como el agua, el cambio de paradigma le resultó nefasto. La banda de Eleonor tenía un plan, sí, pero no era nada trabajado más allá de «tú por la izquierda y nosotros por la derecha», imposible no mostrarse insatisfecho con el nuevo modelo que significaba un retroceso hasta la era cavernícola de los buenos proyectos. Sin embargo, para sorpresa de su adiestrado cerebro de soldado, no solo arrasaron con un puesto completo cerca de la frontera en su primera incursión, sino que apresaron a los diecisiete efectivos allí guarnecidos, dejándolos en paños menores y quitándoles todo bien de valor que fuese rápidamente reducido, así como dejando vacías sus reservas de alimentos. Cargados hasta más no poder, escondieron parte de ese primer trofeo en agujeros y cuevas para poder moverse con mayor rapidez a lomos de sus caballos.

Su hoja de ruta también era sencilla, recorrerían zigzagueantemente la frontera entre el Imperio de Centolia y del Reino Blanquecino, de este a oeste, saqueando puestos imperiales y vendiendo los frutos en cualquier pueblo que estuviese en su camino. Eleonor, guiada por los consejos de su misterioso grupo de eventuales separatistas, decidió regalar los artículos robados ante la ausencia de compradores interesados en un poblado próximo al siguiente destino de incursión.

El segundo destacamento en ser arrasado también dejó mucho que desear, el puñado de legionarios que ahí se guarnecía ni siquiera dio pelea, se rindieron y entregaron sus pertrechos sin rechistar.

«¿De verdad estos tipos son legionarios o son un chiste con uniforme?», se preguntaba Cristofer mientras cargaba su caballo con los objetos de

valor que recibía de la mano de sus víctimas.

La cuestión se hubiese tornado sospechosa si no fuese porque en el tercer puesto las legiones dieron pelea, y la dieron bien, la banda no pudo llevarse nada de ellos, el riesgo de que algunos integrantes resultasen heridos no fue jamás una opción para Eleonor, quien cuidaba de los suyos con el celo propio de una madre, tan solo se arrojaban al combate si la sorpresa resultaba ser efectiva, de lo contrario, abandonaban el lugar lo más rápido posible.

Esta responsabilidad y compromiso por los suyos, hizo que Cristofer se fuese sintiendo cómodo en compañía de los miembros de la banda, así como comprender que Eleonor no dudaría en dejar sus conflictos personales por la vida de ellos, tal como lo demostró tiempo atrás rescatando a Bonifacio, y a él por arrastre, de la muerte segura que les tocaba en la reducción.

Desde ahí que las incursiones tomaron otro matiz, ninguna volvió a tener el éxito de las dos primeras, no obstante, sí lograban hacerse con cosas suficientes como para tener buenos réditos en las plazas locales. Progresivamente, el fondo a repartir iba creciendo, los muchachos estaban contentos.

Ya casi al final de su itinerario, luego de emocionantes jornadas de pillaje, en un punto cercano, antes de llegar a Villa Raíz, popularmente llamado «Punto Paralelo», dentro de las fronteras imperiales, ocurrió un hecho que de solo contemplarlo dejaba los cabellos de punta.

La banda sabía que iban a pasar por un fortín de legionarios de tal envergadura que, hasta para el más tonto, resultaba suicida intentar aproximarse con malas intenciones si no era en compañía de un ejército bien experimentado, sin embargo, cuando vieron el campamento imperial a la distancia no pudieron creer que algo así fuese posible: no había fortificación alguna, todo había sido quemado y demolido hasta los cimientos, el desorden que acompañaba a la escena daba a entender que no había sido algo premeditado, sino que en ese lugar había ocurrido una pelea de proporciones.

—Vamos a explorar y revisar si hay algo de valor —dijo Eleonor, confiada en que no había alma viva en ese destrozo—, nada de separarse, todos juntos en esto.

Al asentir los muchachos, se dirigieron con precaución a indagar la zona, nada se veía bien.

—Jefa, ¿segura que las otras bandas no están implicadas en esto? —le

preguntó Bonifacio, cauteloso.

—Lo dudo, me hubiesen informado antes de partir —contestó haciendo referencia a sus contactos sectarios, sin dejar sentir cierta tensión en su cuerpo.

A medida que más se internaban en los vestigios, mayor era su seguridad respecto de encontrarse en lo que fue un campamento imperial hace no mucho, sin embargo, no había nada de lo que típicamente se asocia a los restos de un campo de batalla, no había cuerpos, armas, banderas, sangre, entre otros elementos, ciertamente parecía un escenario tan falsificado como limpio.

—Jefa, creo que algo no está bien —le dijo Valerio, luego de haber analizado algunas muestras de terreno personalmente.

Eleonor lo miró con fastidio, no quería saber obviedades.

—Digo, sospecho que alguien se nos adelantó —se corrigió.

—Déjate de sandeces Valerio, ninguna de las otras bandas tiene la capacidad para pelear de igual a igual contra las legiones —espetó—. Muy bien, inos vamos!

«¿Se habrán unido los otros mequetrefes?», se preguntaba Eleonor mientras se alejaba de los restos con rumbo al último poblado donde desgraciadamente no podrían vender nada, pues presintiendo que lo mejor sería dejar a los imperiales tranquilos, ordenó comportarse como rectos ciudadanos en lo que quedaba de camino, algo sencillo, pues pese a lo que podría pensarse a causa de su última cruzada por la frontera, nunca habían participado de algo tan violento como eso. La banda prefería dedicarse al hurto sencillo, a las estafas y a las cacerías, a diferencia de las otras, que apostaban por un estilo más violento, pero que les significaba estar huyendo con más frecuencia de la aceptable, y, si de algo de vanagloriaba Eleonor, era de no haber perdido ningún integrante en todos sus años activa.

Una vez en Punto Paralelo, la banda volvió a sentirse a salvo, antes de llegar había temor de sufrir una emboscada o un malentendido con el grueso de las legiones, no obstante, por suerte, nada de eso sucedió, llegando a su destino sin altercado alguno.

Cabalgar por las calles de esa aldea transmitía paz, quizás era por la tierra limpia del lugar o por lo cuidada de las fachadas de las enormes cabañas que sus habitantes levantaron con esmero, como sea, Punto Paralelo era un lugar de ensueño por una cosa: su enorme taberna siempre activa, donde cabía un centenar de personas en la zona de jolgorio y una decena en los alojamientos del segundo nivel, el local era un oasis en medio de la

nada, por lo mismo, era un foco del turismo local. Ahí se llevaría a cabo la fase final de la odisea, Eleonor arrendó la habitación más amplia de la taberna a su costa y pagó el mejor servicio de cuidado para los caballos que las caballerizas de la taberna ofrecían.

Dentro, en el enorme cuarto, sentados alrededor de la misma mesa, comían a la espera de que Bonifacio acabara con sus cálculos de cuanto alcanzaba la octava parte de todo lo recaudado. Cuando hubo terminado, Eleonor preguntó a cada uno de sus miembros que deseaban hacer con su paga, la respuesta era la misma:

—Guardarla junto a las pagas anteriores.

Ninguno de los integrantes deseaba retirar sus fondos, pues hacerlo significaba retirarse de la banda, algo que nadie deseaba hacer.

—Sea pues, estarán en sus cuentas —dijo Eleonor, contenta de seguir con los suyos—. Ahora, salid a festejar con responsabilidad, que tengo una charla con nuestro invitado —mandó con firmeza, mirando a Cristofer sin pestañear.

Los miembros obedecieron de buena gana, pues tenían ganas de festejar humedeciendo sus gargantas con la sabrosa cerveza pálida de la taberna. Como niños, corrieron al primer piso en una competencia por pedir primero, abriéndose paso entre la multitud.

Cuando Eleonor y Cristofer estuvieron solos, ajustaron cuentas.

—Me gustaría que te quedases —le dijo con franqueza—, tu aplomo es lo que la banda necesita, junto a Nuño podrías ayudarme a curtir a los muchachos.

Cristofer no espero demasiado para responder.

—Quiero mi parte e irme, lo siento —respondió.

—¿Es por el tema de tu familia? —preguntó decepcionada.

—Sí, ya es hora de verles —contestó sin poder evitar esbozar una suave sonrisa al recordarles—. No quiero malgastar esta oportunidad.

—¿Crees que aún estarán ahí para ti?

—¡Claro que sí! —afirmó con total seguridad, casi molesto con la pregunta.

—Calma —dijo apurada Eleonor, no esperaba calar tan hondo en el corazón de Cristofer—. Pregunto por experiencia, las peores cosas vienen

de las familias.

—¿Experiencia propia, dices? —preguntó incrédulo.

—Sí, aunque me cuesta admitirlo, los muchachos son más familia para mí que los imbéciles con los que comparto que aún mantienen su apellido y gozan a sus anchas en la capital.

—Mi familia no es así, estoy convencido de que Catalina habrá hecho todo lo posible por intentar traerme de vuelta a casa.

—Catalina, ¿tu esposa?

—Sí, nos casamos hace mucho, antes de la campaña de conquista del oeste...

—Cristofer... ¿Cuánto tiempo han estado juntos?

—Muchísimos años.

—No, no, tiempo real, compartiendo cara a cara.

—En todos estos años... no mucho, tuve que ir a la guerra para que ella cuidase de nuestro hijo con mi sueldo.

Eleonor suspiró, había tristeza en su mirada.

—¿Y ella es suita?

—No, es continental, toda su familia lo es.

La mujer volvió a suspirar, las lágrimas asomaban en sus ojos.

—Cristofer, quédate con nosotros —le pidió tomándole de las manos—, puede que le hayan lavado el cerebro, puede que ni siquiera te quiera cerca.

Incómodo, Cristofer apartó sus manos de las de ella, con gentileza.

—Eleonor, ella y mis hijos son mi razón de ser, me alejaré si así lo prefieren... pero no estoy dispuesto a vivir con la duda de si me quieren o no.

La otrora dura jefa secó sus lágrimas, conteniéndose.

—Entonces, no tiene sentido seguir demorándote.

—Agradezco tu preocupación, de veras, pero debo cumplir con mi deber e ir a averiguar si, al menos, están comiendo bien —le dijo en tono conciliador.

—Espero que encuentres lo que buscas —le deseó ya repuesta de su sensibilidad.

—¿Tendré un puesto esperando si no?

Eleonor rio.

—¿Qué te has creído soldadito? —preguntó de buena gana—. ¿Qué por ponerme emocional un segundo dejaré que nos uses de premio de consuelo?

Ambos rieron, cómplices del momento.

—No te preocupes, con mi familia me las apañaré.

—Lo mismo digo —afirmó ella—. ¿Y cómo piensas vivir allá? ¿Acaso no saldrás nunca de casa?

—El oeste es más grande de lo que piensas —dijo entre risas—, pero descuida, nos iremos a alguno de los reinos del sur, lejos de las políticas imperiales.

—Cuenta con nuestra ayuda si las cosas se ponen feas...

De improviso, Nuño entró en la habitación, causando una molestia indescriptible en el rostro de Eleonor, sin embargo, el semblante de Nuño era peor.

—¡Jefa! —gritó mientras cerraba la puerta tras de sí—. ¡Las legiones! ¡Están por todo el poblado!

Ambos saltaron de sus asientos.

—¿Cómo que las legiones? —preguntó ella, incrédula.

—¡Todas ellas! —afirmó él con pánico—. ¡Es un maldito batallón principal!

Escépticos, quitaron las cortinas y miraron hacia las calles, el panorama no podía ser más aciago, cientos de soldados inundaban las calles, miles se veían hasta donde se perdía la vista.

—¡Esto es absurdo! —exclamó Cristofer—. Jamás enviarían a tantos tras

nosotros.

Bonifacio y Valerio entraron en la habitación por la fuerza, rompiendo el pestillo de un empujón.

—¡Jefa! —chillaron.

—¡Ya sé, ya sé! —respondió mientras pensaba a mil por hora.

—¡Han entrado en la taberna! —le vociferaron mientras se abalanzaban sobre sus bolsos.

—¡Nada de armas! —les detuvo Eleonor—. Aún no sabemos a qué rayos vienen.

Marcos y Nadia aparecieron de inmediato.

—¡Jefa!

—¡Suficiente! —repitió Eleonor, ya cansada del mismo espectáculo—. ¿Vienen hacia aquí?

Los dos negaron con la cabeza.

—¡Jefa! —exclamó Amalia, quien era la última en llegar.

Eleonor se llevó las manos a la cabeza.

—Joder, qué bueno que ya no queda ninguno más —suspiró hastiada.

—Jefa, han tomado la taberna —le informó Amalia con susto—. ¡Han expropiado la cerveza!

Los muchachos parecían desfallecer ante la noticia, Eleonor se dejó caer en el sillón de la habitación, sosegada.

—Hey, cambien esas caras —les reprendió—, nada de borrachines en la banda. Irresponsables.

Eleonor salió de la habitación, para ver desde el balconcillo que sucedía abajo, tal como Amalia había comunicado, las legiones movilizaban los barriles de cerveza, ante la mirada atónita de los presentes, desde la bodega el exterior, muy probablemente las cargarían en las carretas de suministros.

«¿A qué se debe todo esto?», se preguntaba sin saber que pensar al respecto, «no sabía que estos autómatas habían empezado a beber,

montón de haraganes con traje».

De vuelta en la habitación, todos arreglaban sus cosas para estar a punto de correr si es que la situación lo ameritaba.

—No vienen por nosotros —les comunicó aliviada Eleonor—. Creo que se traen algo más grande entre manos.

—¿Nos relajamos entonces? —preguntó Valerio.

—Ni se les ocurra, nos vamos de este estercolero apenas podamos.

—¿Cuál será el rumbo, jefa?

—El norte, nos vamos de esta frontera, seguiremos el curso natural de las Montañas del Amanecer... Atardecer... como se llamen.

—¿A primera hora entonces, jefa? —preguntó Nuño.

—Ni loca pienso subir las montañas de noche —respondió—. Bonifacio, quiero que le entregues su parte a Cristofer.

Al pronunciar estas palabras, los muchachos se detuvieron, en especial Boc, que le tenía mucha estima.

—¿Nos abandonas, camarada? —preguntó apenado Nuño.

—Debo volver con mi familia, lo siento.

—¿Y estás seguro que tu familia quiere volver contigo? —le preguntó mordazmente Nadia.

—¡Hey, nada de molestar! —le riñó Eleonor—. Ha tomado su decisión, y se le respetará, ¿entendieron?

Todos agacharon la mirada.

—Me apena que te vayas, soldadito —le dijo Bonifacio, apesadumbrado—. Pero aquí está tu paga, la que asciende a...

Liquidado el asunto, los muchachos compartieron las últimas horas con Cristofer jugando a las cartas y contando historias en la habitación, Eleonor se mantuvo apartada observando desde el pasillo como las legiones hacían y deshacían a su antojo con los bienes del pobre tabernero, quien miraba impotente como le dejaban en la ruina.

«Canallas», les insultaba en su mente, con rencor.

A su costado, otros huéspedes también observaban con temor lo que hacían las tropas imperiales. Prisioneros de facto en el segundo nivel, tan solo podían esperar a que abandonasen el lugar para poder descender con calma. Aprovechando la soledad, Eleonor pensaba sobre los eventos vividos últimamente, intentando dar con algún patrón que los conectase, pero no tenía ninguna pista de la cual tirar, ningún hilo conductor que hiciese pensar que el campamento y esta sorpresiva invasión de legiones a un insignificante pueblo estuviese relacionados.

«¿Habría ocurrido un motín por falta de cerveza y por eso están aquí?», se preguntaba intentando sacar conjeturas, «eso explicaría la ausencia de cadáveres, al menos».

Entremedio de sus deducciones, en cierto momento avanzado de la noche, Bonifacio salió de la habitación para hablar con ella.

—Jefa —comenzó decidido—, tenemos que hablar.

—Cuéntame, con confianza —le dijo sin apartar la vista de las legiones.

—Acompañaré a Cristofer en su viaje.

Eleonor se volteó hacia Bonifacio, este había captado toda su atención.

—¿Cómo?!

—Tengo que hacerlo, jefa.

—¿Cuáles son tus motivos? Dilo con franqueza.

—Si no fuese por él, yo habría muerto varias veces en la reducción, se lo debo.

Eleonor volvió su mirada hacia los legionarios, aunque sin prestarles atención, meditaba la nueva situación.

—Boc, ¿es solo tu honor o hay algo más de fondo?

—¿A qué se refiere?

—¿Seguro que no quieres dejar la banda? ¿He hecho algo mal?

—¡Nada de eso! ¡Tiene mi palabra, es una deuda de honor!

—Entonces, no solo acompáñalo, cuídalo, te lo encargo.

—¿Hay algo que no sepa?

—Boc, te encomiendo que te asegures que llegue sano y salvo a su casa, solo podrás iniciar el camino de regreso una vez te asegures que es bien recibido por su familia, ¿claros?

—Claros clarísimos...

—Perfecto, no sé cuánto te demores, así que visita el refugio en Salón si lo necesitas, ¿recuerdas cómo acceder?

—Lo recuerdo.

—No se diga más entonces, siéntete libre de partir cuando gustes.

—Gracias jefa, eres la mejor —le dijo regresando al interior del cuarto.

«Claro que lo soy, pequeñín», pensó para sí, antes de volver a sus reflexiones anteriores respecto del tema de las legiones, «no te olvides de andar con responsabilidad».

El resto de la noche no tuvo novedades, las legiones se largaron del lugar sin hacer escándalo, al final quedó claro que realizarían ejercicios militares en la frontera sur, sin duda lo mejor era largarse de ahí, las tropas imperiales no tenían fama de ser cuidadosos a la hora realizar sus actividades, un eventual daño colateral no parecía imposible estando cerca de ellos.

Al amanecer, resistiendo el frío, la banda se reunió una última vez, entre apretones de mano y abrazos se despedían de Cristofer y Bonifacio, deseándoles lo mejor en su aventura.

—Procuren llegar sanos y salvos —pronunció Eleonor antes de partir—. ¿Entendido?

—Descuide, jefa —le dijo Bonifacio elevando la voz para que se oyesen a la distancia—. ¡Eso haremos!

Así fue como se quedaron dos los solos en la aldea, seguramente todos dormían a esa hora, lo que incrementaba la sensación de soledad de ambos. Con aires de despedida miraron hacia atrás, Punto Paralelo no parecía la misma, sin su taberna funcionando el aspecto era sombrío.

—¿Vamos? —preguntó Cristofer.

—No se diga más, partamos de inmediato.

A diferencia de la banda de Eleonor, que galopaba hacia el norte guiándose por las Montañas del Atardecer desde su ladera oriental, nuestra dupla iba directamente hacia el oeste para encontrarse cara a cara con las últimas cumbres de la cordillera que iba desapareciendo progresivamente hacia el sur. Es en ese punto, el más occidental, donde se separaba el Imperio de Centolia del Reino Blanquecino, quedando para este último el último trecho de las cumbres hasta su fin, donde este compartía un hito con el Reino-condado de Montegris, señalando los límites de cada nación más al sur siguiendo la línea de sus viejos tratados. A ese hito querían llegar, entrar en las tierras de Montegris para luego seguir al oeste hasta alcanzar la zona limítrofe con el imperio nuevamente, aunque esta vez desde el área colonial, y, desde ahí, iniciar una interminable marcha hacia el norte, hasta llegar a la Ciudad Dorada, donde la familia de Cristofer residía.

Para cualquiera ese viaje le resultaría innecesariamente largo y complicado, sin embargo, para Cristofer era el único camino posible, pues a diferencia de lo que sucedía en el Imperio, en los reinos la cuestión étnica no era tema de interés para nadie, por lo que podrían cubrir más de la mitad del viaje en total calma, tan solo cuidándose de las inclemencias climáticas y de las eventuales bestias que aparecerían en el camino.

Las primeras horas solo fueron de caminata, lenta, silenciosa. No querían cansar a los caballos, suficiente tenían ya con el equipaje, que no era mucho. La tierra por la que andaban estaba húmeda, blanda, daba gusto hundir los pies en ella al caminar, hacía del camino un relajo. La travesía partía con excelente pie, el cielo nublado les protegía del sol y evitaba que sudasen en demasía.

Llegado el momento de almorzar, dejaron pastar a los equinos, quitándoles buena parte su carga. Comieron carne seca mientras se echaban en la hierba, disfrutando de la paz de la naturaleza.

—¿No te parece como que la vida es más sana en contacto con la naturaleza? —preguntó Boc, inspirando grandes cantidades de aire fresco—. Las ciudades están llenas de pesimismo y malas vibras.

—No, para nada —le dijo con indiferencia.

—¿De verdad? ¿Cómo es posible?

—Pues... fue en parajes como este donde estuve años guerreando, para mí no hay nada como el hogar en una ciudad tranquila, lejos de las explosiones y lamentos.

—Comprendo, me imagino tus ganas de volver.

—No sabes lo bien que se siente iniciar este viaje.

—¿Es un sueño realizado?

—Totalmente, no sentía esta dicha desde que vi a mi familia cuando se acabó la guerra.

—¿Cómo fue eso?

—Bueno... yo... ¿para qué me preguntas eso? No es lo mío hablar de emociones, déjale eso a los trovadores.

—Ja, ja, ja. Solo molestaba, claro que me imagino como se debe sentir, no eres el único que ha cumplido sueños, soldadito.

—¿Cuáles has cumplido?

—Pues graduarme del gremio de contadores.

—¡Venga ya! Eso no es un sueño.

—¿Ah, no? Claro que sí, para mí sí que lo fue.

—Bueno, no te lo voy a discutir, aunque esperaba que me dijese algo como... —Cristofer se detuvo, su rostro parecía prestar atención a algo más.

—¿Tengo algo raro en la cara? —preguntó confundido Boc.

—¡Silencio! —le espetó—. Hay algo raro en el ambiente, escucha.

Bonifacio hizo caso, efectivamente, un sonido repetitivo se oía a la distancia, parecía venir hacia ellos. Cristofer puso su rostro directamente en la tierra para oír con claridad.

—Suenan como un trote de corceles —dijo.

—¡Son corceles! —exclamó Bonifacio, apuntando al horizonte— ¡Mira! Persiguen a ese sujeto.

—¿Son imperiales? —preguntó mientras se levantaba.

—Diría que sí.

—Están pasando de largo, mejor no entrometernos, no veo la hora de salir

de los dominios imperiales —observó.

—¿Y si lo matan? —Bonifacio no quería quedarse indiferente al respecto.

—No es nuestro asunto —le contestó recogiendo sus cosas—, mejor largarnos cuanto antes.

—¡La botaron del caballo! ¡Es una mujer!

Cristofer ya estaba montado.

—¡Maldita sea! ¡Sálvala tú si quieres, yo me largo!

—Y eso haré, ¡con permiso!

Como un loco, Bonifacio arremetió hacia donde sucedía el vejamen.

«Segunda vez que me hace lo mismo, como se le ocurra una vez más...», se lamentó con rabia mientras le seguía por detrás, guiado por el sentimiento de compañerismo.

En el lugar de los hechos, eran tres rufianes que perseguían a la mujer, de los cuales solo uno permanecía montado, burlándose del espectáculo que sus dos camaradas le intentaban realizar a la mujer, todos ellos vestidos completamente de negro.

—¡Abre las piernas, malparida! —le gritaba uno.

La mujer se resistía con energía aun cuando su lucha estuviese perdida, sus gritos se ahogaban en las risas de sus canallas.

El jinete no alcanzó a darse cuenta cuando su pecho fue atravesado por la espada de Bonifacio, cayendo a tierra en el acto. Los otros dos, con una reacción excepcional agarraron sus armas del suelo y se pusieron en guardia para enfrentar al extraño, no sin antes propinarle un fuerte golpe en la nuca a la mujer, dejándola sin conocimiento.

—¿Quién eres?! —le preguntó uno—. ¡Cómo te atreves!

Sin dar respuesta, Bonifacio cargó contra ellos, sin poder darle a ninguno, pues le evadieron con maestría saltando hacia adelante, clavando sus armas en el cuerpo del caballo de Boc, haciendo que el animal saltase despavorido, botando a su jinete.

—¡Hey! —gritó Cristofer llamando su atención para salvar a su compañero, al tiempo que bajaba de su montura para pelear en tierra

firme—. Muy hábiles eh, ¿Quiénes sois?

—Muy tarde para preguntar, campesino —le dijo antes de blandir su espada contra él.

Cristofer evadió el embate con gracia y le propinó un severo corte en el brazo dominante, obligándole a soltar el arma. El otro truhan no perdió tiempo y atacó igualmente, pero el resultado fue peor, perdió la vida sin darse cuenta ante la técnica experta del viejo legionario.

—Esa técnica —exclamó el restante, mientras intentaba detener la hemorragia ejerciendo presión con su otra mano—. Legionario, ¿verdad?

—¿Quién eres tú?

—Has cometido un error nefasto, legionario, mira detrás de ti —le dijo con absoluta confianza.

Muy lejos, un jinete negro contemplaba la escena, con total calma. Cristofer no pudo preguntar nada más, el herido sujeto hizo ademán de lanzarse en su contra, por lo que tuvo que responder de la única forma posible. El jinete distante, dio media vuelta, perdiéndose en el horizonte, todos los caballos corrieron a su posición, poseídos por alguna especie de fuerza que les llamaba.

«Esto no tiene buena pinta», se dijo preocupado, mientras no sabía si correr a detener a su caballo o revisar a su compañero, se decidió por esto último.

—¡Boc! —vociferó, reanimándole—. ¡Boc! ¿Estás bien?

—Odio caerme del caballo —le dijo, sin ponerse de pie—. ¿Ella está bien?

—Está tirada...

—¡Vamos a ver! —gritó poniéndose de pie en un momento.

Cristofer lo agarró del brazo, mandándolo al suelo de inmediato.

—Alto ahí, idiota —le gruñó—. Que quede claro aquí y ahora, si vas a meterme en líos nuevamente puedes irte por dónde has venido, no te necesito.

—¡Qué demonios, Cris!

—Nada de qué demonios, perdimos los caballos por tu culpa.

—Pe, pe, pero... tenemos los otros.

—Se han ido —dijo enrabiado.

—¿Cómo?!

—No sé cómo hasta el mío se ha ido, no lo entiendo.

Bonifacio se quedó en silencio, invadido por la culpa.

—Yo lo entiendo —dijo una voz femenina—, ha usado un silbato especial, llama la atención de los animales, pero no la nuestra, desconozco la ciencia tras eso.

—¿Disculpa? —preguntó Cristofer.

—Son de la agencia de inteligencia —añadió apuntando a los cuerpos—. ¿Acaso no reconocen el uniforme?

Observaron con detención a los cadáveres completamente vestidos de negro.

—Cielos, no —se lamentó Cristofer—, lo arruinamos, lo arruinamos!

—Puedo decir que se lo merecían —dijo la mujer—, se merecen eso y mucho más esos malditos cerdos —pateó a uno de ellos—. Soy Sara Mercedes, a propósito.

—Hum... Cristofer —dijo dándole la espalda, ya se iba—. ¡Boc, vámonos!

El muchacho recogió parte del equipaje de su muerto caballo y lo cargó en su espalda.

—¡Esperen! —les gritó Sara—, no vayan hacia el sur.

Cristofer suspiró.

—No es de tu incumbencia, lárgate —le dijo.

—No lo entienden, está por librarse una guerra en el sur, os dirigís al lugar de una carnicería.

—Una guerra, ¡por supuesto! —se burló—. Te caíste muy fuerte, mujer.

Ella le dio un fuerte empujón, quitándole el equilibrio, Bonifacio, al ver la agresión, desenfundó su espada preventivamente.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Boc, asustado—. ¿Así pagas tu rescate?

Ella se contuvo, no le gustaba que le pusiesen en duda.

—Soy una agente montegrísácea, tengo información que ustedes no, ¿me escucharán?

La dupla se miró con suspicacia.

«¿En qué me has metido, Boc?», le preguntó con la mirada.

—¿Puedo contar con su atención un momento? —insistió.

—Olvidalo —sentenció Cristofer—. Ve por tu camino y déjanos en paz.

Sara jugó su última carta.

—¿Puedo ir con ustedes, al menos?

Sin responder, Cristofer siguió su camino hacia el sur, Sara miró a Bonifacio esperando su aprobación, pero nada obtuvo de él.

—¿Dices que va a librarse una guerra en el sur y quieres acompañarnos?

—le interrogó Boc, medio en burla, medio en serio—. Anda a mentir a otra parte.

—¡No miento! —exclamó, visiblemente molesta—. Solo que igual voy en la misma dirección que ustedes.

—Al sur.

—A mi reino, debo entregar la información a mis superiores.

Cristofer intervino:

—Júrame que esas son tus decisiones y nos dejarás en paz cuando toquemos tierras montegrísáceas.

—Lo juro —dijo ella, solemnemente.

—Bien, prosigamos —ordenó.

«Maldito el día en que mate a una mujer desarmada, pero si esto sigue así tarde o temprano pasará», pensaba Cristofer intentando controlar su malgenio.

Con Cristofer luchando por mantener la calma, con Bonifacio atento a todos los movimientos de la invitada y con Sara sumida en una extraña

paz, el viaje prosiguió sin novedades hasta que oscureció. Momento en el cual nadie podía ocultar su incomodidad, no había confianza entre los muchachos y la mujer como para poder dormir en paz.

—Tranquilos, tienen mi palabra de que no me escaparé con sus cosas —les dijo ella, intentando tranquilizarles.

Los chicos la ignoraban, pensando que hacer por su cuenta. Al final se decidieron dormir por turnos, ninguno quitaría un ojo de ella, no estaban dispuestos a correr riesgos.

—Tú partes.

—¿Por qué yo? —preguntó Bonifacio, somnoliento.

Cristofer lo miró con una cara que sugería la respuesta.

—Adivina por qué.

Boc comprendió, él tenía la culpa de que ella estuviese ahí.

—¿De verdad me van a mirar toda la noche? —preguntó Sara sintiéndose violentada.

Los dos la miraron afirmativamente.

—Caracoles, espero que sepan comportarse —comentó dándoles la espalda, tan resignada como asustada.

Las ganas de permanecer en vela, resguardando que Sara no fuese con dobles intenciones de verdad existían, sin embargo, no solo de ganas vive el hombre. Nuestra dupla cayó irremediablemente dormida, primero Cristofer, pues correspondía, luego Bonifacio, quien solo dio una pestañeada antes de sumergirse en el mundo más agradable que sus ensoñaciones eran capaces de proveerle, dejando toda vigilancia de lado. Por su parte, Sara, tuvo los ojos cerrados buena parte de la noche, pero sin descansar, aún afectada por los eventos de la jornada no podía confiar ciegamente en esos dos desconocidos que a regañadientes permitieron su presencia. Como era de esperarse, nada sucedió entre ellos, nadie puso resistir la imperiosa necesidad natural de dormir.

No obstante, los tres se arrepentían de no haber hecho el esfuerzo cuando despertaron y se vieron rodeados de soldados pertenecientes a la infantería montada real blanquecina.

—En nombre del rey blanco y su ilustre pueblo, quedáis bajo arresto —les

comunicó el oficial al mando.

—¿Bajo qué cargos? —preguntó Cristofer, quien veía sus planes desmoronarse frente a sus ojos.

—Habéis ingresado por territorio no habilitado a nuestro reino.

—Estas tierras son de libre tránsito para civiles, así reza el tratado de...

—Los tratados solo corren en tiempos de paz, a lo que a mí respecta, habéis sido sorprendidos en territorio real sin la debida autorización, ¿o contáis con ella?

Hubo silencio por parte de los tres.

—Por favor, suban al vagón —el oficial les indicó donde—, seréis llevados al campamento, donde se les interrogará y averiguará sus verdaderas intenciones.

«Tiene que ser una broma», pensaba con terror Cristofer al ver la carroza donde los subirían, «¿acaso todos llevan coches presidiarios dondequiera que vayan?».

Por tercera vez en su vida, y en un lapso de tiempo muy acotado, Cristofer volvía a ocupar uno de esos vagones infernales, al menos la compañía no le resultaba desconocida esta vez, aunque no servía para aliviar, ni en lo más mínimo, la enorme frustración que sentía al ver que se movía hacia el sureste, alejándose del camino que le llevaría de regreso a su hogar. Desesperado, y condenado por las circunstancias, depositó toda su confianza en Sara, quien parecía estar mejor informada.

—Por favor, dime lo ibas a decirme ayer —le rogó a viva voz mientras luchaba por mantener el equilibrio dentro del coche que se movía a toda velocidad.

—¿Qué más podría decirte? —comenzó ella, con total tranquilidad.

—Explícame sobre la guerra que mencionaste.

—No hay mucho que decir —le dijo, sujetándose de los barrotes ante los continuos baches del terreno—, el imperio invadirá el Reino Blanquecino y lo reclamará para sí, si es que logra capturarlo, para luego continuar con toda la confederación.

—Pero, ¿bajo qué motivo?

—¿Acaso importa? —le repreguntó—. Exterminaron toda una etnia porque

sí, no necesitan excusas para invadir una nación.

—No exterminaron a todos —le corrigió Bonifacio—, él es un suita.

«Cielos, este sí que sabe mantener secretos», pensaba con ofuscación a ser revelada parte de su identidad.

—¡Oh, ahora entiendo! —exclamó Sara—. Huíais de la purga yendo al sur.

—No exactamente —dijo Cristofer, resignado a decirle toda la verdad—, más bien queríamos hacer un rodeo para entrar al área colonial del imperio.

—¿Y por qué razones querías volver al imperio?

Cristofer suspiró.

—Es por su familia, quiere volver a su lado —le contestó Bonifacio.

—¿No es más fácil mandar una carta pidiéndoles que sean ellos quienes vengan a los reinos del sur? —preguntó Sara, a punto de creer que todo era una burda mentira.

—No, de ninguna forma —le explicó Cristofer—, tienen intervenidos todos los correos, solo les pondría en peligro si intento comunicarme a la distancia.

—Ah, y quieres ponerles en peligro a la cercana...

No alcanzó a terminar, el carruaje se detuvo en medio de la nada, tan solo rodeados por la maleza y los árboles.

—¿Y esto? —se preguntó Bonifacio—. No hay ningún campamento aquí.

—Sin embargo, estáis en un campamento —les dijo un comandante blanquecino que descendía de su caballo para hablar con ellos a través de los barrotes—. Soy Mateo, estoy a cargo de estas instalaciones, encantado.

—No veo ninguna instalación —le dijo Sara.

El comandante sonrió.

—Señores, señora —pronunció con absoluta solemnidad, sin por ello dejar de resultar intimidante—. Preguntaré y ustedes responderán.

El trío recordó de inmediato su situación.

—Perfecto —dijo Mateo, sin dejar de esbozar esa falsa sonrisa—. Me han dicho que fueron capturados merodeando inescrupulosamente en nuestras tierras, ¿es eso cierto, gente del imperio?

—No exactamente —respondió Sara, adelantándose a los otros dos—. Verá...

Mateo levantó su mano, haciéndola callar.

—¿No estabais merodeando?

—No somos gente del imperio, al menos yo.

—¿De dónde venís?

—Soy de Montegris, soy una espía que viajaba de regreso cuando me vi envuelta en una persecución con agente imperiales, allí fue cuando estos dos me salvaron, y como compartíamos parte del camino, decidimos recorrerlo juntos.

El comandante blanquecino la miraba con un gesto inexpresivo que escondía su incredulidad al respecto.

—Comandante, hágame un favor, corrobore mis códigos con sus agentes, sabrán que digo la verdad —pidió Sara mientras le acercaba una hoja de papel, que sacó de su camisa, con el sello de Montegris a través de los barrotes.

Mateo cogió la nota con suspicacia.

—Señora, por su bien que lo que me dice sea cierto —le dijo antes de dar media vuelta e irse a corroborar la información.

Los tres se quedaron expectantes el tiempo que estuvieron esperando el regreso del comandante, los tres rogaban para que la estratagema de Sara saliese bien. A los minutos volvió Mateo, su semblante era distinto, su rostro manifestaba urgencia.

—Señora, ¿usted responde por estos? —le preguntó señalando a Cristofer y Boc, en un tono que confirmaba inexorablemente lo que su rostro decía.

—Total y absolutamente, comandante.

—Tropa, liberen a los prisioneros —mandó con prisa—. Ustedes, conmigo, vamos —les ordenó a los recién liberados, al tiempo que trotaba hacia una

pequeña colina.

De pronto, la nada se convirtió en un completo puesto de avanzada del Reino Blanquecino, debajo de esa colina se ocultaba un valle, el cual acusaba signos de una reciente transformación realizada por las fuerzas ahí acuarteladas. Mientras se dirigían a la tienda de Mateo, este les ponía al tanto de la situación.

—Señora, lamento informarle que no podrá volver a Montegrís, su nación ha cerrado todo contacto con el exterior militarizando sus fronteras hasta límites ridículos, cualquiera que se aproxima es recibido con descargas de artillería, no hay punto ciego —relataba sin detenerse.

—Comandante, eso no es posible, es inverosímil.

—Lo mismo pensábamos antes de confirmarlo, sin embargo, es totalmente cierto, su nación ha cortado todos sus lazos con el exterior, pensamos que se debía a problemas políticos internos, no obstante, tener al grueso de las legiones imperiales frente a nuestras narices nos ha resultado esclarecedor —hizo una pausa para recobrar el aliento—. Antes de que lo pregunten, han convocado a un parlamento, mis superiores están allí en este momento, desconocemos que es lo que pedirán, por ello estamos movilizand la mayor cantidad de tropas posibles.

Entraron los cuatro en la tienda de Mateo.

—¿Por qué nos cuenta todo eso, comandante? —preguntó Cristofer.

Mateo tomó asiento, y rebuscó algunos papeles.

—¡Me alegra que lo pregunte! —exclamó—. Verán no sois imperiales, por lo que no me importa hacia donde vayan, pero la realidad me ha puesto en una encrucijada y tengo que actuar conforme a eso —les hizo entrega de los papeles que buscó a cada uno.

—¿Solicitudes de enrolamiento?! —saltaron los tres.

—Este es mi trato, ustedes me ayudan a defender Villa Raíz y una vez lo hayamos logrado, les permitiré seguir su camino —sacó otro papel—, o, pueden negarse y llenaré esta otra solicitud, para que sean arrestados y llevados a la capital bajo acusados de espionaje y alta traición. Así pues, decidan rápido, por favor.

—Está dando por hecho que habrá guerra —le acusó Cristofer.

—¿Qué otra cosa significaría tener miles de legionarios enfrente nuestro?

—¿Y si no ocurre nada?

Mateo volvió a levantar su mano, desafiante.

—No le he traído para discutir —dijo seriamente—, decidan ahora, por favor.

—Me uno —dijo Bonifacio, asustado de los posibles cargos.

—Si esas son las condiciones, nada que hacer —habló resignada Sara.

Ambos miraron a Cristofer, quien miraba enrabiado al comandante.

—No me diga que tendré que llenar la solicitud de todas formas —suspiró, actuando entre lo satírico y lo melancólico.

Silencio.

«Este tipo es un idiota», reflexionaba Cristofer ante la mirada escrutadora de los presentes, «no nos dejará irnos, haya o no combate en Villa Raíz».

—Firmaré —fue lo único que dijo al cabo de un tenso momento, aunque solo tenía en mente una cosa: desertar a la primera oportunidad, no era el único que pensaba lo mismo.

La falsa pomposidad del comandante no es digna de describir, solo diremos que mandó a llamar a uno de sus sargentos para que los tres fuesen adecuadamente presentados a la tropa y estuviesen listos para presentar batalla apenas la situación lo ameritase. El tipo se sentía todo un triunfador por haber obligado a tres desconocidos a unirse a sus filas, si esos eran sus logros, imaginad cuán grande sería su fracaso.

Capítulo 5

Entretanto, ni tan lejos de donde Cristofer, Bonifacio y Sara estaban apostados, se llevaba a cabo el mencionado parlamento al aire libre en tierras blanquecinas, por un lado, la pretora Elizabeth, en calidad de emisaria imperial, respaldada por casi todos los oficiales de los batallones destinados para la operación, literalmente, pues formaban un enorme bloque de jinetes tras ella, cuya presencia inspiraba respeto y temor en los blanquecinos; estos, por otra parte, no consistían en mucho más que el general a cargo de la vigilancia fronteriza del norte del reino, acompañado por unos pocos comandantes de confianza, resultaba evidente que la situación les tomaba por sorpresa.

La asimetría de personal, patente en el concilio, reflejaba fielmente la diferencia de fuerzas a la que, por desgracia, se verían sometidas las tropas blanquecinas si les tocaba dar batalla.

En la primera fila del bloque que respaldaba a la pretora, se encontraba Luis de la Marca y Sofía Contreras, uno al lado del otro, miraban firmes el horizonte, oyendo la plática hostil que se desarrollaba frente a sus ojos. Elizabeth, aunque contaba con dos secretarios que tomaban nota de lo que ocurría, se robaba toda la presencia, su figura resultaba imponente, cualquiera hubiese afirmado que no necesitaba de nadie a sus espaldas para poder ganar la discusión en ciernes.

—Lo que pedimos es claro, queremos que nos entreguen a los suitas responsables de los atentados contra nuestros puestos fronterizos, ni más ni menos, ¿es demasiado pedir? —ultimaba Elizabeth al general blanquecino—. El imperio detestaría tener que resolver el asunto forzosamente.

—Señora, vuelvo a insistir en que carezco de las facultades y medios para cumplir sus solicitudes —intentaba hacer entender el general a la pretora, sabiendo que debía ganar el mayor tiempo posible para que la defensa estuviese mejor preparada—. Nuestro pueblo no distingue entre etnias como el suyo, no disponemos de datos para encontrar a los suitas.

Elizabeth perdía la paciencia con el general, no se cumplía media hora de discusión aún.

«Esto es igualito a las reuniones del consejo, misma burocracia inútil e inoperante», pensaba, conteniéndose.

—¡General! Ya le he dicho que contamos con los medios para distinguir con total acierto entre la sangre pura y los rubiales traidores que han

atentado contra nuestro Imperio. Dígame de una vez si accederá o no.

—¿Cuántos de sus hombres entrarían a nuestras tierras?

—Los que hagan falta.

—Me pide que abra las fronteras, entregándolas en bandeja...

—¡Suficiente! Damos vueltas sobre círculos, me hace perder el tiempo. Este parlamento ha resultado infructuoso, ise ha terminado!

Elizabeth con total arrogancia se dio media vuelta y con un gesto exagerado ordenó a sus oficiales regresar a la base. Con obediencia marcial solamente dejaron una polvareda tras de sí.

En la base de operaciones imperial, sin demora alguna, se realizaba una reunión a puerta cerrada entre la pretora y los más altos rangos a cargo de las legiones, Sofía Contreras se encontraba entre ellos.

Fuera del recinto de la reunión, Luis esperaba sentado sobre algunas cajas de provisiones sin asignar.

«Increíble, ¡qué arrojo, que carácter! La pretora es admirable, es la clase de persona que necesita el imperio en estos momentos, no me puedo creer que, pese a ser mujer, posea tales cualidades propias de un líder excelso, de los de antaño», reflexionaba mientras miraba el cielo, sin dejar la postura propia de un coronel, «Sofía podría aprender mucho de ella, o de lo contrario su femineidad terminará por acabarla, aunque con el tiempo que lleva... me extraña que siga en un puesto tan importante».

Al terminar la reunión, Sofía fue una de las primeras en salir, Luis corrió a su encuentro.

—¡Señora, señora! —exclamó, llamando su atención—. ¿Qué tal ha ido el encuentro? ¿Hay nuevas órdenes?

—Nada que no se supiera, coronel —le contestó con la emotividad propia de un autómatas—. Prepare su pelotón, mañana cenaremos en Villa Raíz.

Luis se detuvo, no daba crédito a lo que oía, Sofía seguía su camino hacia dondequiera que se dirigiese.

—General, ¿es eso posible?

—Están desorganizados, caerán antes del atardecer, obvio que habrá cena.

—No la cena —le corrigió—. ¿De verdad invadiremos al reino del sur?

—A todos los que hagan falta —alcanzó a decirle antes de perderse entre más soldados.

«Esto está mal, muy muy mal, no hay modo de que evacuen Villa Raíz a tiempo, será una carnicería», pensaba sobre las vidas de los civiles con sincero interés.

Compungido, divagó sin rumbo por el campamento, el temor de volver a manchar sus manos con sangre inocente, ahora producto del fuego cruzado le calaba hondo. Entre su desesperación, como un flechazo, recordó su título nobiliario.

«¡Eso es!», concluyó extasiado, «pediré una cita con la pretora, isí aún soy conde!».

Creyendo que de algo valdría su opinión, fue a toda velocidad a encontrarse con Elizabeth, los guardias pretorianos le pararon en seco cuando intentó ingresar a su despacho.

—Vengo a ver a la pretora, soy coronel y conde de la Marca —se defendió.

Para su sorpresa, la pretora estaba detrás de él.

—Si quiere verme dese la vuelta —le dijo con su voz autoritaria—. Listo, me ha visto, puede retirarse coronel.

—Señora, no —obteniendo con la negativa la total atención de Elizabeth, resultando intimidado—. No es eso —tartamudeó—, quisiera pedirle que reconsidere la invasión al sur.

—Descuide, coronel, lo haré.

—¿De verdad, señora? —preguntó creyendo ser víctima de una burla.

—Por supuesto, mañana en la noche, cuando cenemos en Villa Raíz, reconsideraré si vale la pena continuar hasta la capital, convocar a un nuevo parlamento o seguir hasta la cuna de la confederación. Hasta la vista, coronel —dijo antes de entrar en su despacho.

Luis intentó explicarse mejor, pero no le fue permitido seguirla.

Decepcionado, ofendido e impotente, demoró antes de ir al encuentro de sus subordinados, ahora sí no sabía qué hacer.

Con su moral por los suelos, descansaba en sus aposentos mientras esperaba el llamado de Sofía, antes de que acabe el día, para que ella les exponga su plan de batalla y el rol que jugará su división en la toma de Villa Raíz, tanto es su desazón, que apenas puede tocar su comida, pues las vívidas imágenes de lo que vio e hizo, en lo que hasta ese entonces pensaba que era un centro de reeducación, aún resonaban como si fuese el presente mismo.

«Nadie merece tales tratos, ni siquiera esos malditos suitas», cavilaba con pena.

De pronto, Sofía misma se apersonó en sus dependencias.

—Coronel, vamos —le invitó desde la puerta, tenía una sonrisa dulce en su rostro—. Está decidido, iremos en vanguardia, en mi despacho les informaré los detalles, ivamos, vamos!

El conde se levantó sin ánimos, su melancolía interior bien podía ser interpretada como un esfuerzo meditativo para dar lo mejor, al menos así lo creían sus pares. Sin embargo, no pasó desapercibido para Sofía, quien, una vez expuesto todo el cronograma del día siguiente, le pidió que se quedase para platicar.

—Coronel, seré franca, no tiene buen aspecto, ¿sucede algo?

—Nada digno de mencionar, mi general.

—Luis, olvidémonos de rangos —le dijo fraternalmente—, puedes contar conmigo, no quiero que ninguno de mis oficiales ande alicaído por la vida, menos en momentos como este en que nos jugamos el todo por el todo.

«¡Válgame, lo que faltaba!», se lamentó, «una charla de corazón abierto».

—Señora, hay algo que quiero que sepa —pronunció lentamente mientras pensaba una mentira.

—Vamos, expúlsalo, con confianza.

—Quiero ir en primera línea mañana —dijo sin pensar, dando verosimilitud involuntaria a sus palabras.

—Ja, ja, ja ¿Es eso lo que te aflige?

—Sí señora, como conde no me gusta quedarme en la reserva, como coronel menos —mintió intentando recordar la exposición que hace unos

minutos había hecho Sofía, sin claridad.

—¡Pero Luis! —exclamó—. Dalo por hecho, te pondré en primera fila entonces, cuenta con eso.

—Muchas gracias, general —agradeció con una bien disimulada sonrisa.

—¡Quién lo diría! Pensaba que se bajaría de la misión, me sigue sorprendiendo mi querido conde, sin duda no quedan hombres como usted —le halagó con sincero aprecio.

—No llegué a conde porque sí, general —le respondió parafraseando sus líneas usuales de sus tertulias citadinas—. Permiso para retirarme, señora.

—Concedido, señor conde, procure dormir bien—le sugirió—. ¡Mañana es el gran día!

Casi por accidente del destino, Luis salió bien parado de las circunstancias, sin querer no hacía otra cosa que sumar puntos con su superiora y, además, se puso en una situación tan provechosa que no fue sino hasta altas horas de la madrugada que se dio cuenta.

—¡Eso es! —exclamó sin preocuparse de romper el silencio de la noche—. ¡Si me adelanto lo suficiente, podré asegurarme de que los civiles huyan a salvo! Es solo cosa de encontrar la táctica adecuada.

Capítulo 6

Villa Raíz es lo que puede describirse como la villa más promedio y más insigne de lo que sería un asentamiento de mediano tamaño, con las peculiaridades propias de un establecimiento de su clase: casas principalmente construidas en madera o ladrillo, de gruesas paredes y grandes chimeneas para contener el frío a todas horas. Sus calles adoquinadas eran la infraestructura de cientos de carruajes que circulaban sin parar día y noche, transportando a gente de negocios a las sedes de sus diversas transacciones. Su descomunal plaza era el asiento de numerosos banqueros que competían por ofrecer las mejores condiciones crediticias a cualquiera que tuviese prendas suficientes para cubrir sus incursiones empresariales en la ciudad.

La pujante economía del lugar, convertía a Villa Raíz en el centro económico del Reino Blanquecino, su posición privilegiada entre el Imperio de Centolia y el Reino-condado de Montegris la convertían en un lugar atractivo para los inversores, siendo, en definitiva, un polo de desarrollo que atravesaba fronteras, pues varias aldeas, como Punto Paralelo, tenían en los empresarios blanquecinos su razón de ser.

Ahora bien, nada de lo recién dicho se sostiene hoy en día, la presente realidad es que Villa Raíz, otrora poderoso enclave mercantil, ha visto sus cimientos sacudidos por el fuego de los cañones imperiales, que, a la distancia, han descargado metódicamente sus enormes balas sobre cada una de las edificaciones exteriores, dañándolas y derrumbándolas al cabo de las sucesivas andanadas.

No solo estructuras se llevaban los artilleros imperiales, sino también las vidas de los pocos habitantes que permanecieron en sus hogares bajo la premisa de que un conflicto armado contra Centolia no era más que un rumor para generar un caos bursátil, craso error, pues fueron los primeros en morir.

Aunque en esa fatídica mañana no corría el viento, el fuego se esparcía a una velocidad alarmante, no respetaba las calles, atravesaba cuerdas como si de piedrecitas en el camino se tratase, transformando el aire en un miasma sofocante que quemaba los ojos y las gargantas de los soldados que esperaban valerosamente la llegada de los primeros contingentes enemigos en sus escondites.

La visión de Villa Raíz en llamas significaba un duro golpe para el comandante Mateo, quien tenía a su cargo la defensa, pues su estrategia consistía en defender el asentamiento por medio de combates callejeros, luchando casa por casa, evitando la toma de la plaza, no estaba, ni en sus más remotos pensamientos, la idea de luchar por la posesión de ascuas sin valor. Tampoco estaba en los planes de Cristófer, Bonifacio y Sara

quedarse a luchar por ellas.

Nuestro trío había tenido la buena fortuna, si es que se puede acaso decir eso, de permanecer unidos en el mismo pelotón. Se encontraban refugiados en el punto más adelantado, las balas de los cañones caían a escasos metros de sus pies, creando una tensión molesta e indescriptible. Sospechosamente, sus compañeros de pelotón no eran soldados regulares del reino, sino que provenían de contextos similares al suyo: forzados a enrolarse bajo la amenaza de sanciones de considerable peso que nadie estaría dispuesto a aceptar. Barrenderos, viajeros, campesinos, vagabundos, desposeídos, no se discriminaba entre indeseables para engrosar la carne de cañón blanquecina. Héroe del rey, así les llamarían cualquiera fuese el desenlace.

Como no podía de ser de otra forma, las tropas regulares permanecían en la retaguardia, más preocupados de evitar desertiones que de observar los movimientos enemigos.

Esa era la clase de infierno en el que se hallaban los tres, lejos de lo que llamaban hogar e inmiscuidos en un conflicto que no les interesaba en lo absoluto, salvo, quizás, para Sara, aunque como espía no mucho podía hacer en circunstancias como esta.

A cierta hora, la artillería imperial se detuvo, no quedaba área en la parte septentrional de la ciudad a la que valiese la pena atacar. Hubo paz por instantes, el silencio volvía a ser parte del ambiente, las brisas de aire fresco revelaban la hecatombe causada, dando aire nuevo a las mentes de quienes contemplaban el horror desde sus refugios.

Siguiendo su planificación metódica, la caballería imperial hizo su aparición en las derruidas calles, iban dispuesto a romper cercos defensivos para dar paso a la infantería que les seguía detrás.

Los primeros disparos de la defensa no se hicieron esperar, cayendo buena parte de los primeros jinetes incursores ante la inesperada respuesta blanquecina, aunque tales bajas resultaban insignificantes dentro del total de legiones desplegadas. Esto evidenció la inutilidad de la caballería en la zona, pues la defensa se organizaba en estructuras inaccesibles para los caballos, conscientes de esto, los caballeros imperiales se replegaron, dando el paso a la infantería, lista para iniciar un combate cercano, casa por casa si era necesario, siendo precisamente el caso.

La encarnizada batalla se llevó a cabo a través de cada hogar, de cada vecindario. Imposibilitados de recargar a tiempo sus arcabuces, los locales se empeñaron en mantener una lucha cuerpo a cuerpo, incitando a las legiones a tomar caminos estrechos, donde el uso de armas de fuego se tornase inútil. Sin embargo, esta táctica no rindió los frutos esperados, el

cordón no tardaría en caer frente a la pericia imperial, no eran rivales un montón de inexpertos reclutados a última hora. De esta forma, los blanquecinos fueron perdiendo efectivos y el control sobre parte de Villa Raíz.

Dentro de la carnicería, a dos cuadras de la fortificación principal de las tropas regulares blanquecinas, se escondían Cristofer, Boc y Sara, quienes se preocupaban de ir retrocediendo al mismo ritmo que los demás para no quedarse aislados en las zonas perdidas. Habían entablado combate contra algunos efectivos enemigos, tanto Sara como Bonifacio eran incapaces de ofrecer resistencia a cualquier legionario que se les ponía enfrente, Cristofer, al tanto de esto, hacía lo posible para mantenerlos con vida, atrayendo todas las miradas, desafiando a todo legionario en el camino de constante marcha atrás, evitando el contacto directo entre sus dos compañeros y el contingente imperial. El foco, eso sí, estaba en evitar cuanto combate se pudiera. Gracias a esto, se convirtieron en uno de los pocos que alcanzaron la fortificación principal, a escasos metros de la plaza de la ciudad.

Los oficiales blanquecinos, al ver el avance imparable de las legiones por el campo de batalla, jugaron su carta secreta: hicieron uso de su propia artillería sobre los vecindarios perdidos, no podía ser de otra forma, no contaban con cañones de largo alcance como los centolianos, y no ocupar los suyos significaba un desperdicio inaceptable. La matanza que generó el uso de artillería blanquecina fue atroz, incluso para las frías mentes imperiales, quienes jamás se representaron tal escenario. Perdieron prácticamente la totalidad del cuerpo de infantería desplegado, los pocos sobrevivientes se quedaron muy atrás, casi a las afueras de la ciudad, o muy adelante, frente a las trincheras circundantes a la plaza, incompresiblemente, esos últimos no dudaron en seguir avanzando, guiados por el fanatismo de sus entrenamientos, se negaron a sí mismos la posibilidad de retroceder o esperar refuerzos siquiera. Sus vidas sucumbieron en un segundo ante el plomo de los arcabuces blanquecinos.

La aplicación sorpresa de tal táctica, trajo nuevos momentos de paz a la devastada ciudad. La carne de cañón sobreviviente recibió la atención médica necesaria para que se mantuviesen a punto para seguir guerreando. La comandancia de Mateo estaba más que satisfecha, volvían a creer en la victoria.

Cuando los momentos de paz se transformaron en minutos, la inseguridad comenzó a cundir entre las filas del bando real, conociendo el prestigio militar del Imperio, no cabía esperar que la batalla hubiese finalizado con tantas legiones en reserva disponibles, menos aún con tantas horas de luminosidad por delante. Los exploradores reales no tenían información sobre movimientos en la parte norte, nada sucedía allá.

En el otro bando beligerante, a una distancia más que prudente, Luis de la Marca contemplaba anonadado como sus soldados sucumbían ante la artillería real, luego de rápidos razonamientos, dedujo correctamente que se trataba de morteros de corto alcance, dispuestos estratégicamente en la retaguardia, debía destruirlos. Luego de ponderar una segunda vez, se convenció de que los civiles que se encontraban en la ciudad al inicio de la jornada ya deberían estar lejos o muertos. Consciente de que no solo las vidas de inocentes dependían de él sino las de sus propios hombres, hizo lo que cualquier comandante comprometido con su nación haría: ejecutar la contramaniobra correcta sin reparar en lo que sucediese en las filas del otro bando. Por medio de Sofía, coordinó la movilización completa de la división imperial a su cargo, efectuando una táctica de tenazas que penetraría las defensas desde atrás, eliminando la artillería blanquecina y encerrando a la ciudad, forzando la rendición. La generala, satisfecha con la proposición de Luis, accedió, notificando a la pretora Elizabeth de la situación, quien como comandante suprema seguía de cerca la actuación de sus generales, evaluándoles. Elizabeth ni se molestó cuando fue notificada del cambio de táctica, contando con cinco ejércitos más, a cargo de sus respectivos generales, listos para combatir, la victoria era cuestión de tiempo.

Lo que dentro de la ciudad se percibió como un descanso aterrador de la ofensiva imperial, para las legiones significó el ajuste final que les daría la victoria de manera contundente. Lejos de la vista de los exploradores, enormes contingentes de caballería rodeaban Villa Raíz por sus lados, como brazos inquebrantables dispuestos a barrer con los defensores. En uno de ellos iba Luis de la Marca, adelante. Observaba todo cuanto sus ojos le permitían, atento a la aparición de civiles, pues pese a todo, era un hombre de honor.

De pronto, un único cañonazo rompió la relativa calma que se vivía en la plaza y sus alrededores, provenía del sur, de donde los morteros operaban. Ningún otro disparo siguió al primero, ni nadie vio caer bala alguna del cielo, se trataba de una salva de auxilio: las tropas imperiales cercaban toda Villa Raíz. Con eficiencia, las tropas reales del centro se separaron, yendo una parte a socorrer al sur, permaneciendo la otra vigilante, no obstante, nada podían hacer ya, la retaguardia de la ciudad había caído, el círculo comenzaba a cerrarse lentamente sobre ellos.

Quienes fueron al auxilio del cuerpo de morteros reales, fueron los primeros en enterarse que la batalla había sido perdida, el tamaño de las huestes imperiales superaba todo pronóstico. Tan desfavorable era la situación, que no alcanzaron a divisar su destino antes de que se batiesen en retirada hacia la plaza, con la vaga esperanza de montar una resistencia heroica.

De un segundo a otro, la coyuntura se volvió insostenible para los blanquecinos, atacados desde el norte y desde el sur, no daban abasto,

pese a su fiereza y resistencia, perdieron las calles aledañas en un santiamén, solo restaba la plaza por caer.

Cristofer, era uno de los pocos que sabía lo que iba a suceder a continuación, como un detective asoció sus memorias en la campaña de conquista del oeste al presente, su conclusión resultaba tan catastrófica que decidió tomar un rol activo en lo que restaba de combate.

—¡Bonifacio, Sara, escúchenme! —les gritó, dejando todo de lado, pese a que estaban a escasos centímetros de distancia, parapetados en la misma cobertura, disparando y recargando arcabuces tan rápido como podían en el ala sur de la plaza de Villa Raíz—. ¡Tenemos que irnos! Si detenemos esta ofensiva, moriremos aquí, conozco la táctica, mientras nos atacan con todo están reubicando los cañones a la distancia para borrarlos del mapa si no logran vencernos en este intento.

Sus palabras no encontraron oídos, pues sus pretendidos interlocutores se hallaban absortos en el fragor de la batalla, pese a lo alto de sus gritos, su voz se perdía entre los lamentos y explosiones del momento.

—¡Tenemos que irnos! —insistió, zarandeando a Bonifacio de los hombros, ahora sí captando su atención—. ¡No moriremos aquí!

Boc lo empujó, quitándoselo de en medio, cogiendo un nuevo arcabuz en su lugar, parecía un autómatas si no fuese porque habló luego de haber apretado el gatillo.

—No volverán a atraparme, moriré antes de volver a ser su prisionero —sentenció con la irreflexión propia de un condenado.

El recuerdo del paredón hacía estragos en la mente de Bonifacio, cegado por el miedo de volver a verse en frente a un pelotón de fusilamiento prefería perder su vida combatiendo que en un rito macabro y burocrático como una ejecución.

—¡Sara! —le gritó, probando suerte con la esperanza de que ella estuviese más centrada, después de todo era una espía, algo de autocontrol sabría.

Ella ni siquiera le devolvió la mirada, defendía su posición como si de su patria se tratara.

Vistas las circunstancias, solo quedaba un camino posible.

«Sea pues, yo tengo algo por lo que vivir», pensó al tiempo que arrojaba su fusil al suelo y daba media vuelta para huir.

Si alguien le preguntaba, diría que se necesitaba informarle al comandante sobre una situación. Llegado el momento, se arrojaría a las

calles, corriendo a través de los escombros, rompería personalmente el cerco y pondría rumbo al oeste, si la gesta se tornaba imposible, cambiaría ropajes con el primer cadáver imperial que se topase, pero por ningún motivo se quedaría en esa plaza esperando la andanada final.

Llevaba exactamente diez metros recorridos cuando casi se estampa de lleno contra un jinete, al mirar hacia arriba para ver con quien se ha topado, Cristófer no puede creer frente a quien está.

—¿Tiene algo que decir, soldado? —le pregunta Mateo, quien, pese a su incompetencia, monta con aires de héroe, portando su arcabuz pretenciosamente.

Cristófer, haciendo un saludo marcial, tartamudea sin encontrar una respuesta apropiada.

—¡Pongan atención, ganaremos esto! —arengó con una voz que deambulaba entre lo pedante y lo épico—. ¡No se rindan!

Sus palabras sí encontraron abrigo en los corazones de los presentes, quienes renovaron sus energías para seguir guerreando, ignorando la insostenible realidad.

Sorpresivamente, jinetes imperiales entraron en la plaza, se trataba de unos pocos que penetraron irreparablemente uno de los flancos de la zona, disparaban y repartían espadazos a mansalva, excepto uno, el más adelantado de ellos, que, como un sabueso, solo buscaba una presa, y la encontró en segundos, abriendo fuego sobre quien vestía el uniforme más ostentoso sin titubear.

Mateo caía del caballo atravesado por una bala que destrozó su corazón en un solo impacto, tal fue la fuerza del proyectil que su cuerpo iba de espaldas al suelo, como si hubiese sido eyectado a gran velocidad por un empuje inverso, aplastando a Cristófer, quien, aún tartamudeando, veía aterrorizado el rostro del asesino de Mateo: ni más ni menos que el coronel Luis de la Marca en persona.

No era el único en ver aterrorizado el rostro de la muerte, todos los presentes de una u otra forma se congelaron, ya sea por ver al comandante muerto con su rostro desfigurado de expresión grotesca o por ver al coronel enemigo que lo mató. Como si el tiempo se hubiese detenido, Bonifacio era incapaz de tomar su arcabuz y apuntar, sus manos temblaban tan descontroladamente que veía impotente como su arma se le iba de las manos para dar en el suelo, mientras cruzaba miradas con su viejo captor, sintiéndose desfallecer, aunque este ni siquiera lo había reconocido. Sara, por su parte, era otra impresionada más.

«¡El borracho conde de la marca!», vociferaba en su mente atontada, pues siempre dudó de la existencia de Luis, pues sus indagaciones respecto de sus hazañas lo retraban como un mito más que como un hombre.

Pese a que sintieron tal instante como eterno, lo cierto es que Luis se dio media vuelta y se alejó de ellos, sin interés en matarlos, su guardia de jinetes le seguía de cerca, eliminando con habilidad intimidante a cualquiera que empuñase un arma de fuego amenazantemente contra ellos.

—¡Gente del reino, deponed las armas! —gritó Luis desde el centro de la ciudad, robándose la atención de buena parte de los combatientes—. ¡Ríndanse y se les perdonará la vida! Su comandante ha caído, salven sus vidas, no mueran en vano.

Aprovechando la confusión del momento y que el trecho se encontraba más o menos despejado, Cristofer lo intentó una vez más.

—¡Huyamos! —les gritó imperativamente a Bonifacio y a Sara.

Esta vez la respuesta fue inmediata, aunque solamente en la espía, quien asintió con la mirada, disponiéndose para seguirle dondequiera que Cristofer corriese, sin embargo, Bonifacio hizo oídos sordos, el demente quería realizar una carga suicida contra Luis en venganza por los eventos de semanas atrás, no obstante, no le fue permitido dar un solo paso en esa dirección.

—Dije que huyamos —fue lo último que oyó por mucho tiempo, antes de perder el conocimiento producto de un culatazo en su nuca propinado por Cristofer al adivinar sus intenciones.

«Gracias Nuño por enseñarme la técnica», se decía Cristofer mentalmente mientras aturdía a Boc, «espero que no le dé por desnudarse luego».

Cargando el cuerpo de Boc, corrieron los dos, internándose en las casas humeantes de los flancos más alejados del conflicto, atravesándolas tan rápido como era posible, retrocediendo a veces ante los infranqueables muros de llamas o ante inestables bloques de escombros que constituían un riesgo cruzar en su vía de escape de la ciudad.

Sin perjuicio de sus ánimos, no pudieron llegar muy lejos, nuevamente la realidad les ponía en aprietos, esta vez en forma de soldados imperiales que transitaban en todas direcciones, revisando su recién conquistada ciudad, intentar pasar desapercibido entre ellos resultaba absurdo, salir con vida, imposible. Esta fue la razón por la cual se quedaron a mitad de camino, escondidos en la habitación indemne de una casa derrumbada a medio consumir, cuya única manera de ingresar era reptar por debajo de

una pila de escombros nada evidente, cuya estrechez casi les impide hacer entrar a Bonifacio.

—Supongo que estaremos seguros aquí —concluyó Cristofer al examinar el interior de lo que parecía ser una cocina aprovechando los pocos rayos de luz que se filtraban desde la parte superior—, a menos que comiencen a limpiar este lugar de inmediato.

—¿Es eso posible? —preguntó Sara, inspeccionado también el lugar.

—La verdad... no lo sé, normalmente no, pero habiendo desplegado tantas fuerzas, no lo sabría con seguridad.

Hubo una pausa incómoda.

—¿Seguro que no te pasaste? —le preguntó ella al cabo de unos segundos, refiriéndose a Boc, quien yacía tendido aún sin despertar.

—Quizás, pero de otra forma estaría muerto —respondió disculpándose.

—Ustedes no se llevan bien ¿o sí?

—Boc aún conserva sus ímpetus de juventud, ese es el problema.

—Confieso que me recuerda a un niño que intenta ser héroe mientras juega a la guerra —afirmó Sara, mientras acomodaba el cuerpo de Boc—, generalmente no duran mucho, este debe ser un caso prodigio.

—Ja, pues gracias a este prodigio estás viva —dijo Bonifacio de improviso, asustando a sus dos interlocutores.

—¡Cielos, Boc! —saltó Cristofer—. ¿Hace cuánto que estás despierto?

—Ah, pues no mucho —respondió sobándose la cabeza—. Rayos, avisa antes de hacer eso.

—Fui enfático al mencionar la retirada —dijo volviendo a su semblante serio.

—Bueno, sí —aun restregando su cabeza—. A propósito, ¿dónde estamos?

—En Villa Raíz todavía, las legiones controlan toda la ciudad.

—¿Y ya pensaron como nos iremos de aquí?

—Yo sugiero irnos de noche, aprovechando el relajo de las tropas, después de todo estarán cansadas luego de lo que hicieron —interrumpió

Sara.

—Estoy de acuerdo, es una buena jugada —dijo Cristofer.

—Oigan, ¿y cómo salimos de aquí? —preguntó Bonifacio, sin salir totalmente

de su aturdimiento—. ¿Cómo llegamos aquí?

Con relativa calma le explicaron cómo llegaron ahí y como lograron introducirlo a través del reducido espacio en el suelo, para luego descansar en silencio hasta que llegase la noche, momento en el cual reanudarían su escape.

Llegada la hora de salir, repararon en un tema delicado, no sabían en que parte de la ciudad se encontraban, es decir, recordaban lo básico, pero en el intertanto que estuvieron dentro de los restos de la casa perdieron completamente el sentido de orientación, peor aún, la ciudad lucía irreconocible de noche, solamente las enormes fogatas imperiales en la plaza servían como punto de referencia de hacia donde no ir.

Caminar entre los restos de la ciudad era peligroso, ninguno de los tres sabía con certeza si pisaría clavos u otros elementos cortantes, por lo que su velocidad de movimiento se encontraba en los mínimos más prudentes, tampoco deseaban causar ruidos sospechosos, así que razones sobraban para moverse con cautela.

Cuando por fin pudieron poner sus pies sobre los adoquines más o menos limpios e intactos, salieron de un problema para enfrentar otro: las patrullas imperiales que vigilaban las calles. Por suerte eran pocas y nada capaces, la tenue luz de sus antorchas no resultaba útil para controlar efectivamente el lugar. Aunque Cristofer, Bonifacio y Sara no eran conscientes de esto, lograron salir airosos de la ciudad gracias a ello.

Al verse fuera de Villa Raíz, respiraron aliviados, el mero hecho de saber que tenían a sus espaldas ese lugar espantoso ya significaba mucho, pese a que no distinguían nada más a ellos mismos en la penumbra de la noche.

«Ojalá que no sea tan mala esta noche», pensaba Cristofer al mirar el cielo sin poder distinguir ninguna estrella productos de las densas nubes que impedían, incluso, ver la luna en el firmamento. Los demás pensaban parecido, ninguno quería más acción por un tiempo.

Lejos de sus miedos, el crepúsculo transcurrió sin sobresaltos, no hubo nada que les interrumpiera en su camino más que la maleza y vegetación propia de la zona. El frío tampoco fue un obstáculo, estar en constante movimiento les mantuvo a una buena temperatura hasta que las primeras

luzes del alba penetraron el anubarrado cielo sobre sus cabezas, revelándoles, de paso, los puntos cardinales. Sin embargo, haber pasado toda la noche en vela traía sus consecuencias, su poca concentración les hizo pasar del tema hasta bien entrado el día, momento en el cual se percataron de la dirección este en la que iban.

—Deberíamos dar media vuelta —sugirió Cristofer, consciente de que alejaba de su objetivo.

Los demás se detuvieron para pensar mejor, el agotamiento les impedía hacer dos cosas a la vez.

—Hey Cris, amigo, no hay manera de poner un pie en Montegris —le recordó Bonifacio.

Cristofer, con su mirada perdida en el poniente, sabía que Boc tenía razón. Resignado, retomó el paso.

—¿Ninguno quiere dormir? —les preguntó Sara—. La cabeza me va a estallar.

—Y a mí, daría lo que fuese por un colchón —añadió Bonifacio.

—No podemos detenernos, no sabemos qué harán las legiones, mientras más distancia pongamos de por medio, mejor —les dijo Cristofer, unos metros adelantado—. ¡Sigamos!

Con un lamento general, los tres prosiguieron la marcha durante horas, sin comer, sin beber, solamente con su fuerza de voluntad.

—¿Hacia dónde estamos yendo? —preguntó Bonifacio, asustado al comprender que solo había andado sin un objetivo en mente.

—Los más al este posible, hasta que divisemos la capital del reino —le respondió Sara—, una vez allí veremos qué hacer. Descuiden, conozco gente que nos tenderá una mano, solo confíen.

La respuesta satisfizo a Boc, mas no a Cristofer, quien, en realidad, solo deseaba un caballo para largarse de ahí y poner rumbo de una vez por todas hacia su hogar, esta vez lo haría solo y a su pinta, pues, aunque disfrutaba la compañía, les culpaba de los actuales vaivenes.

Cuando el atardecer se encontraba en sus momentos finales, el trío divisó la punta de lo que aparentaba ser una enorme fila de gente que se movilizaba en el mismo sentido que ellos.

—¿Serán soldados? —preguntó Bonifacio, esforzándose por distinguir a la

distancia.

—Lo dudo, ninguno porta armas —afirmó Sara, quien gozaba de una vista impecable—, son refugiados, estoy segura.

—¿Nos unimos a ellos? Estaremos mejor con ellos que por nuestra cuenta.

—Pienso lo mismo, después de todo luchamos por defender sus tierras.

—Vamos, vamos, me muero por un trago de agua —les interrumpió Cristofer antes de ponerse a trotar rumbo a la caravana.

Los otros dos le siguieron de cerca, animados.

Ahora sí, la suerte estuvo de su lado, no tardaron en ser atendidos por las personas que integraban a los desplazados, recibieron el agua justa y un picadillo ligero de quienes tenían buen corazón y los recursos para compartir en momentos de carestía como ese.

Gracias a que aún portaban piezas blanquecinas en su vestimenta, los pocos soldados que acompañaban a la caravana les reconocieron de inmediato, brindándoles mejores comodidades que las que brindaba caridad civil. Así fue como, luego de contarles su historia al oficial a cargo, con algo de mentiras entremedio, se ganaron un puesto dentro de un carruaje donde pudieron cerrar los ojos y dormir unas horas, bajo la promesa de que luego ellos serían los que harían el turno siguiente.

No obstante, esto no fue exactamente así. Antes de que llegase el cambio de turno, la caravana se topó frente a frente con otra que venía exactamente en sentido opuesto. Hubo tranquilidad cuando ambas supieron que compartían nacionalidad, sin embargo, cuando los respectivos militares a cargo compartieron información, la tranquilidad recién obtenida se transformó en desesperanza y abatimiento.

Todo esto sucedía mientras el trío dormía como malamente podía dentro del vagón, y justo cuando gracias a la ausencia de movimiento, se acomodaban para dormir mejor.

—¡Despierten soldados! —les gritó alguien que abría la puerta del coche.

Ante el repentino grito los tres salieron del estado de reposo en un segundo.

—Cambio de turno, dejen espacio a quienes les toca descansar —dijo la misma persona, con varios a sus espaldas.

Al regresar al exterior, les pusieron a vigilar la vanguardia de la caravana.

—¿Es idea mía o hay más gente? —preguntó Cristofer a su superior.

—Cuide sus modales, soldados.

Cristofer, escondiendo su desazón, se corrigió.

—Señor, permiso para preguntar: ¿han llegado nuevos miembros al convoy?

—Afirmativo, se nos ha unido buena parte de la capital.

Todos los presentes que entraban al turno y estaban lo suficientemente cerca del oficial quedaron impávidos.

—¿Disculpe señor? —insistió Cristofer, despejado de todo cansancio.

El oficial dejó de lado todo formalismo al soltar la noticia.

—Señores, el rey ha muerto, la capital ha caído, el ataque del imperio ha sido total y avasallador, no hay pueblo más al norte de nuestra posición que no haya sido tomado por la fuerza, nuestra nación se hunde ante el peso de la historia.

—¡¿Y dónde estamos yendo?! —saltó Boc, representando el clamor popular.

—¿Hacia dónde más? —le repreguntó el oficial, como si la respuesta fuese evidente—. A la Ciudad Confederada, nuestra única opción, nuestra última esperanza.

Capítulo 7

La noche que siguió a la captura de Villa Raíz, la pretora Elizabeth en su nuevo e improvisado despacho en el municipio tomado, tal como le dijo a Luis de la Marca, reconsideraba los planes y líneas de acción a seguir. Daba por sentado que en cuestión de horas recibiría los reportes sobre la conquista capital blanquecina, la ciudad llamada Corona Blanca, pues lo apremiante de las circunstancias habría causado una movilización desordenada dentro del reino, dejando toda posible defensa endeble y lista para ser sobrepasada por las hábiles legiones. Para su sorpresa, nadie llegó esa noche.

Suponiendo que la resistencia en Corona Blanca debía estar siendo férrea, y ante la falta de datos, ordenó movilizar a dos de sus ejércitos de inmediato para apoyar la situación. Dentro de las tropas que se quedarían en la ciudad estaba todas las legiones a cargo de Sofía Contreras, quienes descansaban de la jornada que les había llevado al estrellato en la escala de calificaciones de la propia Elizabeth.

Paralelamente, la generala, se encontraba disfrutando de buena parte de la noche con sus oficiales, celebrando la victoria, en una tertulia alegre en la cual todos compartían anécdotas del día, como no podía ser de otra forma, Luis se llevaba buena parte de los vítores, pues su arrojo y valentía en batalla, se potenciaban con su encanto a la hora de animar el ambiente en veladas como esta, claramente su experiencia en las fiestas no se había visto empañada por el actual conflicto.

Llegada cierta hora, Luis se excusó del festejo, alegando que el cansancio y su edad le obligaban a ir a la cama a dormir, aunque fue un acto impopular, nadie se opuso a la voluntad del conde, pues resultaba más que razonable que un cincuentón como él fuese a dormir. Un poco confundido por el alcohol que había bebido, no supo orientarse al salir del galpón en que se desarrollaba la reunión, ante la vergüenza de pedir ayuda a sus subalternos, prefirió caminar dando algunas vueltas por la plaza que orgullosamente había tomado horas atrás.

Disimulando su desorientación, tomó asiento cerca de una de las fogatas que iluminaban el lugar, el calor que irradiaba y el baile hipnótico de las llamas le fueron relajando hasta que el sueño comenzó a hacer mella en él. Recostado sobre cajas de provisiones, confiando en que las legiones que patrullaban a su alrededor ni se molestarían en su presencia, casi se queda completamente dormido, de no ser por una inesperada visita.

—¿Se ha perdido, querido coronel? —le preguntó una voz femenina.

Luis salió de su estado somnoliento, mirando hacia todas partes para identificar de dónde provenía su interlocutora, encontrándola a su lado,

sentada, mirando el fuego tan hipnotizada como él.

—¡General! —exclamó—. Digo, señora, ¿a qué se debe su presencia?

—Dejemos los rangos de lado, Luis, como la vez anterior, y dígame si acaso se ha perdido —se repitió con tono más agradable—. Puedo llevarle a sus aposentos si no es mucha intromisión.

Luis la miró perplejo.

—No piense cosas raras, conde —le advirtió, consciente de la segunda lectura de Luis—. No me refiero a nada más que dejarlo en la puerta.

—No sé de qué cosas raras habla —mintió descaradamente, creando un silencio cómico.

Ambos rieron ante la situación.

—¿Por qué ha venido, doña Sofía? —le preguntó conteniendo sus últimas carcajadas—. ¿Le aburren sus ortopédicos oficiales?

—No es solamente eso, necesito hablar con alguien y tú eres la persona más humana que ha estado bajo mis órdenes, el resto son un montón de autómatas sin corazón que saltarían de un puente si se los ordenase —le respondió en un suspiro.

—¿Y de qué quiere hablar, buena señora?

—De ti, Luis de la Marca.

El conde volvió a mirarla, esta vez más desconcertado que hace unos minutos.

«¿Seguro que esta no me quiere acompañar a mi cuarto, o sí?», se preguntó en ese instante.

—¿Por qué de mí? —le preguntó finalmente—. ¿He hecho algo malo?

—No, al menos no para mí —le dijo con cierto pesar.

—¿Entonces...?

—Antes de comenzar la tertulia se me ha acercado la pretora personalmente, traía una queja respecto de uno de mis oficiales.

—Nada grave, seguramente —comentó con relajo, pensando en que solo

se trataría del reclamo propio de una mujer mandona.

—Luis, la pretora me ha dicho que realizaste un intento de insubordinación y cuestionaste órdenes directas frente a ella.

—¿Cómo?! —ahora sí que había despertado completamente—. ¡Eso es inaudito!

«¡Pretora rastrera!, cuestionar a un conde, ¿cuándo se habrá visto tal indecencia?», blasfemaba para sí, con una contenida rabia.

—Lo mismo he pensado, no tenía sentido que me dijese eso, te conozco lo suficiente para saber que tu lealtad y obediencia es plena, intenté disuadirla...

—¿Y funcionó? —le interrumpió con interés.

Sofía negó con su cabeza.

—Me ha dicho, de mala gana, que revisará tu situación cuando regresemos a la capital —le contestó con tragedia—, aunque intenté abogar por ti, me ha refrendado que tu falta de disciplina no quedará impune. ¿Qué fue lo que hiciste?

Hubo un silencio.

—Yo... le pedí que reconsiderase el plan de invasión.

—¿Eso era lo que te tenía cabizbajo anteayer?

Otro silencio, Luis meditaba si decirle la verdad o no.

—Honestamente, la única razón que explica mi comportamiento es que me repugna lo que hemos hecho, tantos a los civiles como a los suitas —le confesó en un triste susurro.

Sofía se separó de él, marcando una reveladora distancia.

«Ay no, mi querido conde», se lamentó ella, profundamente afectada.

—Ellos son la razón de que estemos aquí, son los problemas que han aquejado a este imperio por décadas —recitó Sofía de memoria.

—Sofía, ellos son personas —afirmó valientemente el conde.

—¡Coronel! —vociferó poniéndose de pie—. Ha bebido demasiado, sus

aposentos están aguardándole en esa dirección —le indicó antes de irse.

El conde se quedó solo ante el fuego.

«Bah, las mujeres son todas iguales, qué asco dan, ahora me harán responsable de todos sus males», pensaba antes encaminarse a la dirección que Sofía le indicó en busca de los dormitorios de oficiales, de verdad quería darse una buena siesta.

Al día siguiente, la generala reunió a todos sus oficiales para ponerles al tanto de las nuevas instrucciones emanadas directamente de la pretora Elizabeth. Como Luis sospechaba, ella trataba a todos con la misma indiferencia, incluso a él.

«Adiós generala comprometida, al menos ahora sí parece un verdadero hombre de armas», se decía Luis.

—En definitiva, marcharemos todo recto hacia el sur hasta encontrarnos con la Ciudad Confederada, la sitiaremos y conquistamos en un santiamén, tal como hicimos con este reino, perdiendo ese enclave, todos los reinos querrán negociar la rendición —resumía la generala luego de su exposición detallada—. ¿Alguna pregunta?

Todos sus oficiales miraban el mapa de la mesa sin preguntarle nada, todo había sido perfectamente comprendido.

—Que no se diga más, pongámonos en marcha y que la victoria caiga ante nuestros pies —concluyó—. ¡A moverse, señores!

A su señal, todos partieron a hacerse cargo de sus respectivos pelotones, misma historia para los demás generales que en ese mismo momento se dirigían a sus tropas en Villa Raíz.

En menos de una hora las legiones abandonaban la ciudad, dejando apenas un pequeñísimo contingente de heridos para continuar reclamando soberanía, aunque con las noticias frescas de la caída y éxodo del grueso del ejército blanquecino, resultaba irrisorio dejar tropas ahí, nadie vendría a reclamar las ruinas.

A diferencia de las campañas anteriores, Luis cabalgaba solo, pese a seguir siendo el segundo al mando de la división de la generala Contreras. Su superiora prefería montar junto a la pretora, pues tenían mucho de qué hablar dadas las últimas circunstancias, sin perjuicio de que Elizabeth ya había decidido apresar al conde apenas hubiese caído la Ciudad Confederada, tan solo no quería desperdiciar su talento natural a la hora de las batallas, además, en una de esas, Luis moría en combate, cuestión positiva pues se ahorrraban los costes de procesarlo.

Capítulo 8

Si alguien preguntase por la conformación política del continente al sur del Imperio centoliano no sería difícil responderle, cinco reinos tenían asiento en ese vasto y enorme territorio, comenzando por sus vecinos, el extinto y otrora próspero Reino Blanquecino y el belicoso Reino-condado de Montegris, aunque este último solo era reconocido como un condado por los demás reinos por una cuestión sucesoria mas no así por el Imperio, de ahí sus relativas buenas relaciones. Al sur de ellos, el Reino Siempreverde se asentaba en la mitad oeste y el Reino Marronero en la este, siendo conocido el primero como el reino de los ilustrados dado su enorme conocimiento acumulado en sus universidades y como la sede del mar el segundo, pues no había marino famoso que no hubiese nacido en sus puertos. Por último, en la zona más austral, existía el Reino Aquazul, cuya principal característica es que era la única nación, junto con el imperio, en tener acceso a los dos océanos, sin embargo, su mayor riqueza emanaba de la explotación minera de sus colosales yacimientos de piedras preciosas, no había habitante de esas tierras que no portase joyas de elevado valor, incluso hasta el más pobre de ellos tenía mayor fortuna que un ciudadano promedio de los demás reinos.

En vista de sus orígenes comunes, los cinco reinos, hace muchísimo tiempo, formaron una alianza defensiva, luego casi un siglo, dicha unión fue el antecedente para que naciera la confederación de los cuatro reinos, dejando de lado a Montegris justo a días de la firma del tratado, puesto que, según el derecho de las sucesiones reales, el reino debió haber sido anexado a Siempreverde por un asunto de matrimonios e infidelidades, aunque fue tal la resistencia de su parte que los demás, empeñados en evitar una guerra, decidieron excluirlo del escenario internacional.

Uno de los hitos más curiosos de la confederación es que junto con su creación, fue fundada una ciudad especial, en la cual los cuatro reyes y un magistrado, en reemplazo del conde montegrisáceo, gobernarían el devenir conjunto de la unión. En la práctica, los reyes vivían en sus ciudades capitales de los respectivos reinos, dejando la ciudad confederada sendos designados para gestionar las políticas públicas.

Milagrosamente, el rey blanquecino, antes de morir, logró enviar una señal de alerta a la ciudad confederada, rogando por ayuda. Conscientes de que la ciudad caería frente a las expertas legiones, esperaban, los demás reyes, que su par fuese a la ciudad buscando refugio, fue un duro golpe saber que había caído en la defensa de su patria. Sin embargo, no tenían tiempo para lamentaciones, Centolia conocía perfectamente el acuerdo entre los reinos y no se quedaría esperando una respuesta, por lo que había que fortalecer la ciudad confederada, la razón: había sido levantada en el punto medio entre todas las capitales de los reinos, desde

ella se podría invadir todo el continente con total facilidad.

En el momento que los tres reinos movilizaban sus ejércitos para fortificar la defensa de la Ciudad Confederada, desconocían que un enorme grupo de exiliados blanquecinos atravesaba las llanuras en busca de refugio. La innumerable caravana se dirigía hacia ellos, muy pocos corrían el riesgo de pedir asilo en las ciudades siempreverdosas de Esmeralda o Pistacho, dado que su cercanía con la nueva frontera imperial no hacía presagiar nada bueno. En vista de eso, la Ciudad Confederada se convertiría en el centro de refugiados más grande de la región.

Como es normal en tiempos de crisis, quienes iban en la caravana iban progresivamente dejando de lado sus sueños para concentrarse en solo una cosa, sobrevivir, Cristofer no era la excepción y con gran pesar asumía que no volvería a ver a su familia, la desesperanza también había llegado hasta él. Siendo el que más tenía que perder, los demás no estaban ni cerca de comprender su dolor, aunque intentaban apoyarlo emocionalmente, sobretodo Bonifacio que aún se sentía comprometido en llevarlo hasta su hogar y le apenaba no estar cumpliendo el objetivo con el que salieron de Punto Paralelo al comenzar su aventura.

Sara, por su parte, estaba calmada, dada su profesión, no le importaba más que reunir información para entregársela a su monarca, aunque, por algún motivo aún sin revelar, seguía con los muchachos.

—Muchachos, ¿qué pasará una vez lleguemos a la confederada? —les preguntó un abatido Cristofer, taciturno al ignorar cuanto faltaba para llegar a destino.

—Ánimo Cris, de seguro podremos escabullirnos entre la multitud y retomar el camino hacia la Ciudad Dorada y encontrar a tu familia —le dijo Bonifacio, esforzándose por renovar la moral de su amigo.

Cristofer se mantenía inamovible en su aflicción.

—Te lo agradezco Boc, pero, seriamente, ¿qué haremos cuando lleguemos a nuestro destino? —insistió—. No creo que sea bueno quedarnos a pelear...

—¿Por qué no? —le interrumpió Sara.

—Porque las legiones son imparables —sentenció Cristofer—, no han perdido ni una sola batalla.

—Dile eso al rey de Montegris —le corrigió referenciando ciertos eventos que ocurrieron hace muchos años—. Las legiones pueden ser derrotadas.

—Eso es irrelevante, ni siquiera hubo combate, es más, Montegrís ni siquiera se ha inmiscuido en este conflicto.

—Cristofer, podríamos ir a la costa y abordar un navío que nos lleve a puertos imperiales, desde ahí sería fácil abrirnos camino hasta Ciudad Dorada, la vigilancia no debe ser mucha en el interior, todos sus esfuerzos estarán puesto aquí, ¿verdad? —comentó Boc de la nada, tan inmiscuido estaba en sus pensamientos que no reparó en que una conversación sobre otro tema se llevaba a cabo.

Sus dos compañeros lo miraron raro, su comentario fuera de lugar resultaba disonante, causando una pausa incómoda.

—¿De verdad os iréis apenas toquemos la Ciudad Confederada? —les preguntó Sara con mucha seriedad, examinándoles.

Cristofer se mantuvo callado, ¿acaso de su patria se trataba el asunto?

—¿Acaso tenemos algo que hacer allí? —le repreguntó Bonifacio, quien, en su calidad de contrabandista, tampoco tenía interés en el futuro de los reinos.

—¿No ven que si los imperiales conquistan la ciudad será el fin del mundo libre? —intentaba convencerles—. ¿Adónde huirán cuando no haya lugar para esconderse?

—¿Quién habla de huir? —le contestó Cristofer—. Solo quiero una cosa: encontrarme con mi familia y vivir en paz, lo demás me viene sobrando.

—Eres un suita, jamás podrás vivir en paz mientras el imperio siga con sus políticas raciales, uno de los dos tendrá que morir para que el otro viva.

—No necesito lecciones de una espía que no es capaz de defenderse sola. Aparte, ¿cuáles son tus intereses en todo esto?

Sara se mofó.

—Ya te lo he dicho, quiero un mundo libre donde nadie muera víctima de la opresión.

—Eso me huele a una mentira muy gorda —le acusó.

La discusión fue poco a poco escalando de intensidad, y casi pasa a mayores de no ser por Bonifacio, quien esta vez sí atinó con sus palabras.

—¡Chicos, miren! —exclamó intentando hablar lo más posible para distraer a sus tensos compañeros—. ¡La ciudad! ¡Hemos llegado, por fin! ¡Es

enorme!

Aunque forzada, las expresiones no daban para menos. Ya de lejos la ciudad lucía imponente y majestuosa, siendo sus altas torres de colores un deleite tanto visual como arquitectónico. Al acercarse, se distinguía la particularidad de la urbe que la convertía única en su clase, la ciudad constaba con un doble amurallado defensivo, la fortificación externa, de forma octogonal, era más baja que la interior y más ancha, sin embargo, su estructura de piedra y arena había sido específicamente diseñada para contener el incesante fuego de artillería propio de la guerra. Luego de ella, una enorme y alta doble muralla circular frenaba el paso a cualquier cuerpo de infantería que quisiera hacer ingreso por la fuerza. Por si esto no fuese suficiente, cuatro palacios, levantados cerca del muro interior, equidistantes por igual entre ellos, constituían una tercera línea de protección muy complicada de penetrar. Al final solo restaba el castillo central, el cuál era un fortín en sí mismo, con todo lo necesario para resistir un asedio por meses.

Tomar la ciudad confederada era una gesta prácticamente imposible de realizar sin las fuerzas y el equipo adecuado. El Imperio de Centolia arriesgaba todo por intentar tomarla, pues el fracaso de la operación podría hacerles perder todo lo conquistado de un solo golpe. Los reyes confederados esperaban que así fuera, por eso jugaron todas sus cartas a detener la invasión ahí, en ese punto estratégico.

Podría pensarse que Centolia no correría ese riesgo, que preferiría dejar ese incordio de fortaleza para el final, pero seguir ese plan resultaba igual de costoso que dejarla para el comienzo, pues ella se convertiría sí o sí en el nexo central entre los reinos, su posesión, o destrucción, significaba una ventaja inmejorable.

—Guau, es impresionante —murmuró Cristofer, anonadado por la vista.

—¿Entiendes por qué me quedaré? —preguntó Sara aún con ánimos de discutir.

El argumento era malo, sin embargo, no resultaba del todo errado, los estilos arquitectónicos de por sí llamaban a protegerlos de los horrores de la guerra, del mismo modo que el buen arte debe ser preservado, al menos eso pensaba Cristofer luego de oír la intervención.

Cuando llegaron a los alrededores de la ciudad confederada, la caravana se fue diseminando por los contornos de la muralla exterior, especialmente la población civil, que buscaba acceder por cualquiera de los portones. Las tropas remanentes del ejército real blanquecino se pusieron a las órdenes de la comandancia confederada, levantando un

pequeño campamento en el extremo exterior norte.

—Así que no nos permitirán ingresar, vaya descaro —pronunciaba Bonifacio mientras ayudaba a levantar una tienda de campaña apagada al muro.

—Como se nota que el rey ha muerto, esto es inaudito —murmuraban soldados blanquecinos igual de perplejos y molestos.

—Vamos, no caigáis en la desidia —sermoneaba Sara, quien no se daba por vencida—. Dejen que los civiles sean atendidos, lo necesitan más que nosotros.

«¿De dónde saca ánimos esta?», se preguntaba Cristofer, notándose cada vez más huraño y menos perspicaz, «es como Marlene en las montañas... oh no...», el mero recuerdo ella le afectó en gran medida, quedando más afligido de lo que ya estaba, no abrió la boca en horas, intentando reprimirse hasta más no poder.

El resto de la jornada transcurrió sin novedades para los demás, al anochecer ya había sido levantado el campamento y las tropas descansaban mientras veían llegar a diversos contingentes de los otros reinos entrando y saliendo de la ciudad a su antojo, solo unos pocos armaban sus tiendas juntos a ellos, causando más apatía entre los diferentes cuerpos militares.

—¿Cuándo crees que veremos a los imperiales por aquí? —le preguntó Bonifacio a Sara, mientras ambos descansaban frente a una hoguera, esperando que su comida terminase de hervir.

—Dependerá de cuando hayan salido de Villa Raíz, desconozco los protocolos militares, pero me atrevería a decir que salieron al día siguiente de nuestro escape.

—Es decir, mañana.

—Sí, es lo que yo esperaría, pero insisto, desconozco la organización de las legiones, quizás tu amigo pueda ser más ilustrativo al respecto. Por cierto, ¿dónde se habrá metido?

—Ni idea, creo que se durmió temprano.

—Mejor, más comida para nosotros —dijo con una sonrisa burlona que Bonifacio ignoró.

—¿Cómo es que eres espía y no sabes el funcionamiento de las legiones?

—Pues, porque espiaba a los órganos de la administración, no soy una espía militar... aunque puedo defenderme si es necesario —dijo con orgullo.

—Eh, estoy muy seguro de ello —le comentó Boc, recordando cómo se conocieron.

Sara adivinó de inmediato a que se refería.

—Bueno ya, quizás no tanto —se corrigió—, pero si me pones contra las legiones regular sí.

—Comprendo... ¿y qué hacías en los órganos de la administración?

—Pues eso, espiar —se rio—. Recababa datos sobre las políticas imperiales, respecto de su eficacia principalmente.

—¿Encontraste algo bueno?

—Nada bueno en particular.

—¿Y por qué regresabas con las manos vacías a Montegris, entonces?

—¿De qué hablas? Volvía con información y el rey ya la tendría a su alcance de no ser porque estalló esta maldita guerra.

—Vaya que ibas bien informada...

—Ja, ja, lejos de tus burlas, creí que podía llegar a tiempo, quizás uno de mis colegas alcanzó a informar sobre el expansionismo de Centolia antes de mí —le decía Sara, mirando el fuego—. Mi deber consistía en informar sobre la inestabilidad de la cúpula imperial.

—¿Eso es importante?

—Bonifacio, me parece que no tienes idea del funcionamiento de la política internacional —le previno con severidad—. ¡Por los cielos que es importante!

—Tienes razón, no me interesa en lo más mínimo lo que suceda en los centros de poder, soy un mero contador, vivo de las cosas concretas, no de la especulación.

Este solo comentario despertó toda la atención de Sara.

—Pues eres el contador más extraño que he conocido ¿no deberías estar

en la ciudad trabajando para algún señor?

—De hecho, estoy cumpliendo un encargo de mi señora en este momento.

—Venga ya, no me mientas. ¿Qué clase de encargo contable harías aquí?

—No aquí, debía acompañar a Cristofer a la Ciudad Dorada.

—¿Con su familia?

—No con su familia, tendría que ver unos negocios en la ciudad —mintió.

—¿Sabes? Me parece que más que contador, perteneces a una de esas bandas de insurrectos que asolan las fronteras.

Bonifacio se puso de pie, espantado.

—¿Cómo lo sabes?! —preguntó con miedo.

—Mantén la calma, Boc —dijo entre risas—. No soy imperial, recuerda.

—Eh, sí, sí —tartamudeó volviendo a sentarse, revisando la comida de paso, aún le faltaba—. ¿Me dirás como te has enterado?

—Claro, no fue sencillo, que conste.

—A ver, cuéntame...

—Dime cuántos contadores saben pelear como tú, jamás vi a uno empuñar tan bien un fusil en combate —le dijo con falsedad.

—Estás subestimando el entrenamiento del gremio de contadores.

—Puede, desconozco el curso de instrucción, empero, ¿a cuántos les asignan proteger a una persona que de por sí sabe defenderse de lo más bien?

—Tus suposiciones son bastante libres, no veo como podrías concluir adecuadamente mi calidad.

—Si te dijese que tu jefe obedece a ciertas personas misteriosas con las que se contacta privadamente... ¿sería suficiente conclusión para ti?

Bonifacio la miró sorprendido, Sara había dado en el clavo.

—¡Lo sabía! —exclamó, cambiando su semblante bruscamente y sosteniendo el mango de su espada sin desenvainar—. Ahora dime una

sola cosa, y más vale que lo hagas bien, dime por qué lo han hecho.

—¡Hey, hey! —saltó Boc—. ¿Qué demonios haces?

—Da un paso más y haré que te cojan por traidor.

—¿De qué rayos estás hablando, loca?

—Ah, no te hagas el que no sabe, sucio degenerado —pronunció poniéndose de pie, acortando la distancia con Boc, quien trastabilló cayendo de espaldas al suelo.

—¡Exijo saber qué demonios te pasa! —le gritó, atrayendo la atención de los soldados cercanos.

En vista de las miradas vigilantes que se cernían sobre ella, tuvo que desistir y amigarse de inmediato para evitar problemas mayores, incluso ayudó a Boc a ponerse de pie.

—Aléjate de mí o te atravesaré con mi espada, canalla —le susurró al oído, dándose media vuelta, con ganas de alejarse, Bonifacio le sujetó del brazo y la tiró con fuerza hacia él.

—Sara, no sé qué bicho te ha picado, ni qué piensas que he hecho, pero si nos vamos a enemistar me gustaría saber las razones —le dijo con un aplomo nunca visto en él—, esto no es para nada un jueguito de niños para odiarnos porque sí.

—Pues seré clara entonces, tú y tus amiguitos insurgentes son los que se dedicaron a sabotear puestos imperiales para darle razones a al consejo imperial de invadir el Reino Blanquecino.

—Eso no es cierto, el Imperio solo buscaba suitas, no iba a invadir... oh, cielos... —alcanzó a decir antes comprender la situación—. ¡No! ¡No puede ser! —se quedó en silencio unos segundos uniendo los hilos de la revelación—. ¡Es imposible!

—Ja, no me digas que no lo sabías.

—No sé lo que pienses, pero me niego a creer lo que dices, la jefa no colaboraría con nadie del Imperio para provocar una guerra, los detesta a los imperiales, sueña con acabar con ellos, por eso ella fue al norte cuando las legiones aparecieron en Punto Paralelo... —nuevamente se detuvo, comenzó a creer que todo este tiempo había sido un peón de Eleonor, así como el resto de la banda, pues innegablemente el relato de Sara algo de sentido tenía, ellos destruyeron puestos luego de que ella se hubiese reunido con sus socios secretos, esos que vestían de negro como los tipos de inteligencia que perseguían a Sara cuando se conocieron,

posiblemente otra banda quemó el campamento y la suma de todas las acciones fue razón suficiente para justificar una invasión a los reinos del sur, más aún si añadían que esas naciones estaban dando refugio a los suitas.

—No lo veo raro, la capital debe estar de lo más desprotegida en este momento, quizás tu jefa si quiera hacer un atentado después de todo, pero eso no les hace inocentes, ni a ti ni a ella, de crear las bases de esta guerra —dijo Sara, dudando sobre el grado de culpabilidad y conocimiento de Bonifacio al respecto.

—¿De verdad somos los culpables de esta guerra? —se preguntó retóricamente.

—Habla por ti, yo no participé de tus actividades —le respondió tajante.

—¿Pero que ganaría el imperio con todo esto? —seguía preguntándose—. ¿Acaso no era todo por los suitas?

—Vaya, tú sí que no estás al tanto de nada —afirmó con cautela—. Los suitas eran una excusa, un pretexto para tomar el control del continente, nadie en su sano juicio se creería el temita de la conspiración para derrocar al consejo.

—Exactamente, por eso nos mataron a todos en campos de exterminio —dijo Cristofer, quien había llegado ante el pequeño escándalo de Sara de hace unos minutos, escuchando sus últimas líneas.

—No digo que no les hayan matado como animales —se defendió—, digo que todo es parte de un plan muy bien orquestado para satisfacer las ansias de poder del consejo imperial, de uno de ellos en concreto.

—No sé qué decir, no parece descabellado lo que cuentas —murmuró Bonifacio, afligido por su eventual rol en los hechos.

—¿Dices qué todo esto es parte de un complot para dominarlos a todos? —le preguntó Cristofer, intentando ponerse al corriente.

—Así es, y no habrá lugar que se salve hasta que el imperio los controle todos, ¿entiendes por qué es importante que te quedes a luchar?

—respondió Sara con determinación—. Si los frenamos aquí, salvaremos incontables vidas.

Cristofer, no sabía que decir, se encontraba casi a merced de los acontecimientos.

«¿Acaso importa?», se lamentaba, «todo cuanto he querido se me ha

negado».

—Si frenamos a los imperiales aquí, yo misma te llevaré adondequiera que esté tu familia —prometió Sara, aprovechándose del desdén emocional de Cristofer.

—Me parece bien —dijo con indiferencia.

—También me quedaré —se sumó Boc, aprovechando el momento para salir de sus atribulaciones e intentar enmendar sus acciones.

—¡Gracias muchachos! —exclamó con una sonrisa—. ¿Quién tiene hambre? —preguntó revisando la comida que hervía en la hoguera.

—Yo paso, gracias —dijo Cristofer, retirándose—, me iré a dormir.

Bonifacio no se molestó en contestar, ya tenía su plato listo para que Sara vertiese parte del contenido en él.

A la mañana siguiente, en el momento en que buena parte de los presentes en la ciudad confederada y sus alrededores dormían, los centinelas corrían dando aviso de la inminente llegada de las legiones al lugar, los niveles de actividad se dispararon, todos corrían de un lado a otro, preparando las formaciones y alistando los cañones para dar el recibimiento adecuado.

A los minutos, bajando desde el norte, las columnas imperiales se volvieron visibles, cada escuadrón portaba la bandera de Centolia, y su respectivo oficial cabalgaba frente a ellos, tantas eran las legiones que abarcaban todo el campo visual de los defensores, generando miedo por las horas por venir. Junto a los ejércitos, venía una banda de músicos de guerra, que, junto a sus tambores y trompetas, aumentaban la sensación de que un ejército imparable, venido de los mismos infiernos, se apersonaba en el campo de batalla.

La pretora Elizabeth, montaba delante de todas las legiones junto a su comitiva de generales y guardias negros, su vestimenta de batalla inspiraba el pánico en sus enemigos, su mirada penetrante inclusive hacía temblar a sus tropas. A su lado, como su general mejor evaluada, cabalgaba Sofía Contreras, quien llamada por su apodo estaba llamada a ser la segunda al mando ante cualquier desperfecto en la batalla.

—Impala, quiero tus cañones disparando antes del mediodía —le ordenaba con la impronta propia de un estratega.

—Sí, pretora —respondía con sumisión.

—Y al condesito amiguito de suitas lo quiero muerto antes de que caiga esta ciudad —añadió como si tratase de un número más dentro de una gran operación.

—Me encargaré personalmente, pretora —dijo sin rechistar.

Con un gesto de conformidad, Elizabeth prosiguió la marcha en silencio, mirando con desprecio la majestuosa ciudad que se levantaba frente a sus ojos.

En el lado de las tropas reales, el movimiento no se detenía, las carretas movilizaban enormes barriles de pólvora a las trincheras bajo el muro exterior, los soldados cargaban la mayor cantidad de arcabuces antes de que comenzase el fuego, en lo alto de los muros los cañones terminaban de ajustar su puntería.

Cristofer, Bonifacio y Sara se encontraban de una de las líneas de trincheras, moviendo sacos de tierra y cargando armas entre tanto.

—¡Rápido mequetrefes! —gritaba el oficial a cargo—. ¡¿Acaso creen que esas ratas imperiales les van esperar?! ¡Carguen esos fusiles, maldita sea!

La presión también corría entre las legiones, especialmente en el destacamento de Luis de la Marca, pues había recibido la noticia de que sería de los primeros cuerpos en movilizarse una vez se hubiesen efectuado las primeras andanadas.

—Las órdenes son que barra con las trincheras tan rápido como pueda, asegurando el paso a los ingenieros montados para que levanten las escaleras —le informaba un jinete negro de la guardia de Elizabeth.

—Comprendido, así será —respondió con firmeza.

El jinete regresó de inmediato con su superiora.

«Quien diría que la pretora se haría cargo de esto personalmente», pensaba con curiosidad, dejando de lado que tanto ella como Sofía desconfiaban de él.

Haciendo omisión de las reglas de la buena batalla, el imperio comenzó a abrir fuego apenas sus cañones estuvieron listos para hacerlo, prácticamente al mediodía, denegando cualquier posibilidad de parlamento previo.

Los primeros impactos cayeron a centímetros de las trincheras reales, llenándolas de tierra y aturdiendo a unos cuantos, en el cuadrante en que se encontraba nuestro trío, Boc fue cubierto por una de estas lluvias de

tierra caliente.

—¡Boc! —le gritó Cristofer, removiendo la tierra con sus manos—. ¿Estás bien, muchacho?

Bonifacio tocía un poco de la tierra que alcanzó a respirar por accidente.

—¡Puaj! —dijo entre carraspeos—, esta mugre es asquerosa.

—Ja, ja, vamos...

—¡Cúbranse chicos! —les gritó Sara, al ver el humo que salía de la retaguardia imperial.

En instantes otra descarga los cubrió con más tierra, aunque esta vez algunos proyectiles dieron de lleno contra las trincheras en otros puntos, destrozando los cuerpos de quienes las ocupaban.

—¡Y un demonio! —exclamó Cristofer—. ¿¡Dónde está la contrabatería?!

Como si de arte de magia se tratara, una serie de cañonazos salió del muro para silenciar la artillería imperial, como era de esperarse de un primer intento, ningún proyectil dio en su blanco, no obstante, a toda velocidad recalibraban las piezas para corregir la puntería. En ese intertanto, la artillería imperial realizó una descarga con la mitad de sus obuses, movilizandó la otra parte para protegerla del contrafuego enemigo.

Esa especie de baile fue la que se estuvo desarrollando durante las primeras fases de la batalla, un constante disparar y moverse por parte del imperio mientras la artillería real intentaba predecir las nuevas ubicaciones.

En paralelo, el grueso de las legiones se posicionaba alrededor de la ciudad fuera de su rango de fuego, completando el sitio de la misma. Los cañones confederados realizaban ocasionales disparos en sus cercanías para amedrentarles.

Continuando en el frente septentrional, las tropas apostadas en las trincheras habían retrocedido unas filas para resguardarse, solo unos pocos se aventuraban a regresar para rescatar a los heridos y enterrados, producto de las incesantes explosiones en el lugar.

Sin correr ese riesgo, nuestro trío, junto a todos los demás, esperaban acucillados no ser alcanzados mientras ocurrían las sucesivas andanadas, esforzándose por mantener la cordura en ese ambiente de ensordecedores

bombazos.

Cuando dio la hora a la cual normalmente se almorzaba, el fuego de los obuses se detuvo, nadie tenía hambre, ni sentían la importancia de comer. Los oídos ensordecidos impedían comunicarse apropiadamente, sin embargo, uno de los oficiales que permanecía con ellos se puso de pie y apuntó al horizonte con su espada, prácticamente todos levantaron la mirada para saber a qué indicaba.

Se trataba de una enorme carga de caballería imperial, que se dirigía a toda velocidad contra ellos, resultaba increíble que hubiese atravesado los cientos de metros que les separaban en apenas segundos.

—¡Soldados! —gritaba el oficial usando un megáfono de bronce—. ¡Apunten a esos malditos!

La orden del oficial resultaba redundante, no había nadie en las filas reales que no estuviese haciendo eso, con la excepción de quienes debían recargar y traspasar los arcabuces a los tiradores, uno de ellos era Bonifacio quien se le daba bien recargar los fusiles a toda velocidad más que dispararlos. Tanto Sara como Cristofer se dedicaban a abrir fuego sobre los caballos enemigos, derribándoles a ellos y a sus respectivos montadores.

No obstante, eso no impidió que una buena cantidad de caballeros imperiales hiciese ingreso a las trincheras, matando a buena parte de los efectivos con una temeridad asombrosa.

—¡Tenemos que retroceder! —gritó Cristofer al ver que los jinetes hacían ingreso en su cuadrante.

—¡Ya, ya! —gritaba Boc, justo antes de dispararle a un jinete en el pecho, derribándole del caballo.

—¡Buen tiro! —le felicitó Sara—. ¡Ahora corramos!

—¡Cuidado! —advirtió Cristofer, pues el caballo corría hacia ellos para embestirles echando espuma por su hocico—. ¡Muere, demonio! —pronunció antes de dispararle en la cabeza.

—¡Maldición! ¿Con que alimentan a estas bestias? —preguntó Boc.

—No lo sé, ni quiero saberlo, yo era de la infantería —le respondió Cristofer—. ¡Vámonos de aquí!

Moviéndose a otra línea más segura, pudieron ponerse a salvo momentáneamente antes de que se le ordenase retomar la posición acompañados de nuevos efectivos. El valor de los soldados reales

resultaba encomiable, pues se arrojaban suicidamente contra los caballeros que trataban de reclamar el dominio sobre las diversas zanjas. Cristófer, precavido, prefería ir detrás de ellos, asegurándose de permanecer con vida, Bonifacio, más controlado de sí, se quedaba pegado a él, no tenía intenciones de morir. Sara, olvidando la rencilla de anoche, tampoco se alejaba mucho de ellos, pues ni tonta ni cobarde se perdería la seguridad que representaba el ex legionario.

Repelida la primera ofensiva imperial, estos regresaron a sus andanadas, esta vez alrededor de toda la ciudad, creando un círculo de fuego que más que matar soldados, desafiaba el temple de los mismos.

—¡Diablos! —blasfemaba Boc entremedio de las sucesivas descargas de artillería—. ¿No deberían apuntar esos cañones a la muralla en vez de nosotros?

—Los muros exteriores son a prueba de cañonazos, si nos disparan a nosotros es porque quieren abrirse paso para intentar escalarlos o qué sé yo —respondió Sara, tapándose los oídos para otra descarga.

Incesantes ráfagas se sucedían una tras otra.

—¡Cáspita! ¡Ahí vienen otra vez! —indicó Sara, mirando el horizonte.

Diversos caballeros se acercaban, todos muy desperdigados unos de otros para disminuir el riesgo de ser todos abatidos por los cañonazos que se cernían sobre ellos. A diferencia de la oleada anterior, ninguno de estos logró entrar en los fosos gracias a la eficaz respuesta de la artillería defensiva y la precisión de los soldados apostados en las trincheras.

En el lado imperial, Elizabeth observaba con disgusto como la táctica no funcionaba.

—Quiero una gran carga mixta de distracción mientras hacemos avanzar los cañones para volar sus defensas estáticas —ordenó.

Sus generales le obedecieron sin rechistar, desplegando sus efectivos tal como ella prescribía.

De vuelta en las trincheras, observaban como una tercera ronda de tropas se acercaba a ellos, ahora muchísimo más numerosa que la precedente.

—Madre mía, parece una marcha total —exclamó Sara, quien no dejaba de estar pendiente de lo que sucedía en tierra firme—. ¿No son conscientes de nuestros cañones?

—Seguro que sí, algo estarán tramando ¿no? —dijo Bonifacio,

levantándose para ver cómo se acercaban las tropas enemigas.

Ambos miraron a Cristofer, esperando una respuesta, sin embargo, él miraba sosegado el horizonte, sin prestarles atención.

—Parece que es simple rutina para algunos —dijo decepcionada Sara antes de abrir fuego contra los imperiales que tenía a tiro.

El sonido de su arcabuz se ahogó entre los muchos que se efectuaron al mismo tiempo, seguido de los lamentos y gritos de dolor de los heridos víctimas del plomo real, no obstante, no había forma de persuadir a los imperiales. Ignoraban a sus caídos y proseguían su avance como verdaderos autómatas guiados por su fanatismo endógeno hacia la guerra.

—¡Esto se va a poner feo! —gritó Sara—. ¡Son demasiados, van a entrar!

Como profecía, no tardaron las legiones en saltar dentro de las trincheras, tal era la magnitud de la carga que los cañones reales tuvieron que ser destinados en su totalidad en ayudar a contener el embate, dejando de lado las funciones de contrabatería.

—¡Son demasiados, debemos retroceder! —ordenó Cristofer, dejando de lado su fusil para combatir cuerpo a cuerpo contra las legiones que venían a reclamar el foso.

Todos quienes oyeron sus palabras le encontraron razón, y como bloque fueron abriéndose paso hacia las líneas más seguras del complejo laberinto de trincheras. El movimiento resultaba relativamente bien, morían más imperiales que soldados reales.

—Ya casi llegamos —avisó Bonifacio, a escasos metros de un foso sin tocar por las legiones.

De pronto, explosiones se escucharon sus sobre cabezas, confundidos dirigieron la vista a lo alto de las murallas.

—¡Válgame! ¡Están dándoles a los cañones! —gritó Sara, aterrada, al tiempo que volvía a centrar su vista en los legionarios que se le venían encima.

Remotamente, Elizabeth se gratificaba de ver las explosiones en los muros.

—Tráeme información sobre el resto del sitio, rápido —ordenó la pretora a uno de sus guardias negros.

Su subordinado fue a recabar los datos, tan velozmente como su caballo le permitía.

—Quiero más efectivos reforzando el avance en este sector —ordenó a sus generales—, muevan a los ingenieros, si no pongo un pie sobre esas murallas el día de hoy, uno de ustedes lo pagará caro.

No había terminado de pronunciar su amenaza cuando ya se estaban cumpliendo sus instrucciones.

En el frente de batalla, algo distante de las trincheras, el coronel recibía la desafiante visita de dos guardias negros, cuyas órdenes eran asegurarse que se dirigiese al frente o matarlo ahí mismo.

—Nuevas órdenes, debe asegurar el muro como de lugar, tiene prohibido retroceder —le dijeron sin respeto alguno por su rango.

Al tanto de su evidente caída en desgracia, obedeció sin molestarse por hacerse respetar, en su lugar prefirió burlarse.

—Por supuesto que tomaré el muro, ni que fuese una cobarde marioneta vestida de negro en la retaguardia —les dijo mientras daba a sus tropas la señal de avanzar con todo—. Denle mis saludos a la generala.

«Niñitas», insultaba durante su cabalgata, «tomaré el condenado muro y les taparé la boca, aprenderán como se hacen las cosas».

En su sector, Cristofer, Bonifacio y Sara continuaban retrocediendo, el avance imperial resultaba imparable desde que se había perdido la artillería.

—¡Debemos alcanzar las puertas! —ordenaba Cristofer dentro del caos que obligaba a prescindir de cualquier autoridad en pos de mantenerse con vida—. ¡Aún están abiertas!

No era el único que pensaba así, de todas partes las tropas, en su mayoría remanentes blanquecinas, se dirigían a sus respectivas puertas en los muros ante el incontenible avance rival, en busca de refugio en el interior.

Un súbito sonido de engranajes llamó la atención de los combatientes.

—¡Bastardos! —maldijo Boc—. ¡Las cierran, hay que hacer algo!

—¡Hay que correr, insensatos! —dijo Cristofer, dejando todo de lado para lograr alcanzar el interior a tiempo.

La enorme multitud se precipitaba hacia las murallas, nadie quería quedarse fuera, condenado a una muerte segura. Algunos afortunados conseguían colarse dentro, poniéndose a resguardo. Cristofer ponía todo su esfuerzo en ser uno de esos, atravesando a toda velocidad los fosos que le separaban de poder vivir un día más, daba la impresión de que alcanzaría llegar a tiempo, sin embargo, pisó mal luego de un gran salto, cediendo la tierra bajo su peso, tropezando. Para colmo, fue pisoteado por algunos que, al igual que él, solo les importaba ponerse a salvo. Bonifacio, al verlo así, no titubeó y fue a socorrerlo aún a costa de quedarse fuera. Sara pasó de ellos, más le importaba su seguridad.

—¡Arriba Cris! —le decía mientras lo levantaba de los hombros—. ¡Aún hay tiempo!

—Boc, escúchame, debes correr —le dijo en un intervalo de fraternidad, conmovido por el compañerismo de su amigo—. Mira mi tobillo, estoy acabado.

—Si te me mueres, Eleonor me hará papilla, así que mejor entramos juntos o nos morimos juntos ¿te parece, soldadito?

—Sea pues, habrá que intentar llegar al menos.

En medio de esa vorágine, los dos intentaban moverse hacia el portón más cercano, sin embargo, en cierto momento resultó evidente que no llegarían a tiempo, no eran los únicos rezagados, unas pocas decenas de soldados confederados también se quedaron entre las legiones y el muro, absolutamente desamparados.

—Sin desmayarse esta vez —dijo Cristofer, intentando calmar en ambiente.

—Por supuesto que no, tengo que ajustar cuentas con alguien —bramó Boc, imbuido en una rabia descomunal mientras sostenía su mirada en cierto personaje, soltando a Cristofer para erguirse desafiante ante la muerte.

—Ay no, maldita sea la vida y sus miserables vueltas —blasfemó Cristofer al comprender la situación y reconocer al sujeto en cuestión.

Montado en su purasangre imperial, el conde Luis de la Marca miraba fijamente como a la distancia esas dos personas que pese a su mala condición se disponían a ofrecer batalla, sus rostros le sonaban de alguna parte.

—¡Cabo Collins! —exclamó cuando su mente recordó los sucesos de la

reducción y de Villa Raíz.

Esas palabras resonaron con asco en los oídos de Cristofer, solo un puñado de metros le separaban del maldito conde, nada más.

—Boc, que se muera ese maldito —dijo recogiendo una espada del suelo.

—Claro que sí, compañero.

Boc, perdiendo el control se arrojó de lleno contra el conde, atravesando en un santiamén gran parte de la distancia que les separaba, de la nada aparecieron legionarios para proteger a su coronel, con una fuerza y maestría repentina, Bonifacio les mató mientras avanzaba sin parar a base de contundentes mandobles.

Tanto Cristofer como el conde miraban estupefactos la gesta, asustado, Luis intentó apuntarle con su rifle, pero el endemoniado contador se movía erráticamente, por lo que, al final, resultó en un tiro malgastado. Impedido por su honor, evitó alejarse en su caballo, en vez de eso se bajó para ofrecer un combate en igualdad de condiciones. Cristofer por su parte, intentaba acercarse a Bonifacio abriéndose paso entre cogeos.

El primer choque de espadas entre Bonifacio y Luis hizo saltar chispas entre los aceros, el conde retrocedía bloqueando cada embate de su contrincante sin poder encontrar ningún punto flaco en él.

«¿Qué rayos les enseñan a los contadores hoy en día?», se preguntaba Cristofer mientras luchaba por acortar las distancias.

Las chispas seguían saliendo de los embates entre el coronel y Bonifacio, mientras seguían alejándose por encima de los fosos, hasta que Luis se vio obligado a descender a las trincheras.

Contemplando desde lejos la situación del conde, Impala tomó el mando del escuadrón por medio del disparo de una bengala, ordenando que abandonasen el lugar sin importar quien se quedase atrás.

Luis al ver la orden, y reconociendo el color de la bengala, supo que, si no acaba el combate rápido, le dejarían morir ahí, el temor a la muerte era tal que le infundió fuerzas para seguir peleando.

Transcurridos otros espadazos más, Bonifacio comenzó a mostrar signos de cansancio, disminuyendo cada vez más la fuerza de sus mandobles, dejando una ventana abierta que no tardó en ser aprovechada por Luis para penetrar el pecho del sujeto de un solo golpe.

—¡Boc! ¡No! —gritó Cristofer detrás, cargando contra el conde ignorando

su torcido tobillo.

Bonifacio cayó en la tierra, con una expresión perpleja, no comprendía bien lo que sentía ni lo que sucedía. Se desangraba rápidamente, no tardó en perder el conocimiento.

—¡Cabo Collins, deténgase, salve su vida! —le gritó el conde, en un sincero intento por salvarse ambos.

—¡Muere maldito! —fue todo lo que escuchó de su parte.

Nuevamente se trabaron a espadazos y golpes, aunque esta vez el ímpetu era menor, pues Cristofer, pese a todo, estaba impedido de moverse con total libertad, solamente le importaba moverse lo necesario para llevar el combate lejos del cuerpo de Bonifacio.

La habilidad de Cristofer resultaba avasalladora para Luis, quien no lograba mantener el ritmo acelerado y constante del ex legionario, quien, con alevosía, le propinaba cortantes estocadas para hacerlo sufrir por lo que había hecho.

En uno de esos cortes, volvieron a chocar sus espadas, pero en vez de salir chispas, ambos perdieron el equilibrio, cayendo de espaldas al lodoso suelo. El conde se puso de pie primero y aprovechó su ventaja, desenfundando la pistola de servicio que mantenía regularmente en su pecho.

—Le advertí que no presentase pelea —dijo Luis, apuntándole con su arma a su malherido rival.

Cristofer intentó hacer caso omiso y valerse de la pausa para propinarle un golpe a traición, sin embargo, Luis, atento a cualquier movimiento, disparó primero, acertando un letal tiro sobre el pecho de su enemigo. Cristofer Collins caía en la tierra, perplejo ante la muerte, sintiendo un ardor en todo su moribundo cuerpo, debido, quizás, a la pólvora negra de la pistola.

Luis de la Marca, respirando a duras penas por el éxtasis del combate, no se preocupó de revisar a sus rivales caídos, en vez de eso buscó salir del foso en que se hallaba, intentando escalar apresuradamente por los muros de tierra. Estando a punto de lograrlo, una patada lo mandó de vuelta al fango. La perpetradora era la mismísima Sofía Contreras, Impala, quien se arrojó al foso junto a su coronel, aprisionándolo contra el suelo por medio de un fuerte pisotón que lo dejó sin aliento.

—¡Generala! —le encaró—. ¡Perra traidora!

—No, mi querido conde, eres tú quien ha remado a contracorriente todo este tiempo —le dijo mirándole a los ojos, antes de ejecutar un disparo de pistola en el rostro de Luis, dejándole irreconocible y manchándose ella misma con la sangre de su oficial.

Atraídos por el ruido del disparo, los ingenieros que estaban siendo desplegados en el campo se acercaron a ver qué sucedía en el interior de esa trinchera.

—¡Señora! —le gritó uno—. ¿Se encuentra bien? ¿Qué ha sucedido?

Sofía ignoró a los ingenieros y regresó caminando a la retaguardia, de camino se encontró con Elizabeth, quien la interrogó con la mirada, ella asintió confirmando el destino del coronel, sin percatarse que la mirada final de Luis sería una que se le quedaría gravada toda su vida.

Capítulo 9

Cuando acabó la batalla en la Ciudad Confederada, nadie podía creer el resultado, ni ganadores ni perdedores.

Las noticias del desenlace recorrían rápidamente cualquier distancia llegando hasta los sectores más recónditos del continente, causando revuelo adondequiera que llegasen, daba igual si se trataba de regiones imperiales o reales, los efectos eran siempre los mismos: un escalofrío extremo en los oyentes.

Evidentemente, las novedades no tardaron en llegar a la capital del Imperio de Centolia, la todopoderosa Ciudad del Esplendor. El actuar de los habitantes no fue distinto de los demás lugares que recibían idénticas noticias, un sonoro murmullo inundaba las calles comentando la situación, multitudes se agolpaban alrededor del Edificio Gubernativo confiados en que se emitiría un comunicado en breve, llenando la rotonda y su avenida frontal.

Esto mismo observaba el pretor Guillermo Honrado desde lo alto de su despacho, de pie, a través de su enorme y panorámica ventana, ahora libre de esos molestos andamios, pues las obras de embellecimiento habían concluido. Tal era la altura de la torre, que, vistos desde las dependencias del pretor, la gente no parecía sino una masa homogénea que colmaba las proximidades del palacio.

«Excelente, no podía ser de otra forma», pensaba con satisfacción mientras bebía de su infusión de hierbas favorita y disfrutaba de su aroma, «solo falta el llamado a la reunión, ¿no estarán tardando demasiado?».

A los segundos, alguien golpeaba a su puerta, Guillermo, con toda la dicha del mundo, sonreía triunfal.

—¡Adelante! —dijo con fuerza para hacerse oír a lo largo de su despacho.

Se trataba del pretor Mariano, su rostro no auguraba nada bueno.

—¡Guillermo! —le llamó el pretor, buscándole.

—¡Por aquí!

—Guillermo, ha ocurrido una tragedia —dijo apenas le vio—. La pretora presidenta ha muerto, ha sido encontrada sin vida esta mañana en su habitación.

—¡Santo cielo! —exclamó con perfecta teatralidad, incluso dejó caer su taza aún llena para convencer totalmente a su colega—. ¡No puede ser!

—Sucede en el peor momento, no tenemos quien conduzca las negociaciones con los reinos —se lamentaba, histérico—. Ha muerto mientras dormía.

—Debemos reunir al consejo, ahora mismo —dijo Guillermo, con voz apremiante.

—Lúmina ha hecho las gestiones, he considerado pertinente venir a buscarte personalmente.

—¡Pues no perdamos más tiempo, no hagamos esperar más a nuestra colega pretora!

Durante su apresurado descenso por las escaleras de caracol de la torre, Guillermo ya podía sentir el éxito en su cuerpo, todo le estaba saliendo de viento en popa, solo faltaba una sola cosa, triunfar en la reunión del consejo, algo prácticamente hecho.

Una vez dentro de la sala, las gradas repletas de funcionarios contrastaban con la vacía mesa redonda donde se llevaba a cabo la reunión del consejo, con una pretora visiblemente afectada por la muerte de su amiga y un delegado que brillaba por su incompetencia al no estar instruido respecto de cómo actuar en para situaciones como estas.

—No podemos seguir con la regla de que nos presida el pretor de mayor edad —proclamaba desde su cubículo Guillermo con fuerza en un adelantado momento de la reunión, haciendo referencia a la misma Lúmina, quien debía ser ratificada como presidenta por protocolo—. Necesitamos que alguien con coraje y determinación conduzca las negociaciones con los reinos del sur.

—¿Y quién sería ese alguien? —le recriminaba la pretora con celo—. ¿Acaso tú mismo?

«¡Te tengo!», pensaba Guillermo, controlando toda palabra y gesto de su entorno para asegurarse el buen desarrollo de la discusión.

—¡Por supuesto que no! —dijo haciéndose el ofendido—. ¿Quién más hábil que la pretora que ha derrotado a los cuatro reinos para conducir los procesos de rendición? ¡Ella es quien debería presidirnos!

Apenas Guillermo hubo postulado a Elizabeth como presidenta, Lúmina supo que había perdido la discusión, todos los presentes ovacionaban las palabras del joven pretor, incapaz de reacción adecuadamente, no pudo

pronunciar palabra alguna en todo lo que restó de asamblea.

—¡El pretor Guillermo tiene razón! —exclamó Mariano, aprovechando el fervor para ganar aplausos—. ¡Tiene mi voto!

El delegado de Elizabeth no sabía qué hacer, por un lado, sabía que la pretora rechazaría todo intento de cambiar las tradiciones protocolares, por el otro, dudaba que fuese adecuado votar en contra de nombrarla presidenta del consejo. Viéndose obligado a votar, se decantó por la opción más razonable, convertir a Elizabeth en presidenta, pues si a ella no le parecía, siempre quedaba la renuncia como carta para devolverle a Lúmina el puesto que se merecía por costumbre.

Por último, tocó el turno de Lúmina, quien, poseída por la rabia y la pena, optó por retirarse, dejando a su primer secretario en su lugar, quien, entre balbuceos, votó por nombrar a Elizabeth, dejando así sellado el destino de la reunión y del Imperio.

De inmediato, Mariano y Guillermo salían del palacio, para dirigirse a la multitud ansiosa de noticias.

—¡Ciudadanos del imperio! —dijo Guillermo con solemnidad—. Nos presentamos ante ustedes con pesar, pues en esta dichosa hora, aún con la muerte del pretor Maximiliano fresca en la memoria, nos ha dejado quien fuera su mejor amiga, la pretora Florentina —hizo una pausa, cuyo silencio dejó a las masas a su merced—. Extraordinariamente, será la pretora Elizabeth quien tomará el mando de este consejo, dirigiendo personalmente la rendición de los reinos y su adecuada anexión a este glorioso imperio. Es por eso que os invito a celebrar, pero jamás a olvidar, a quienes nos han dado este momento de victoria, ¡salve Florentina! ¡Salve Elizabeth! ¡Salve Centolia!

El clamor popular se robaba toda la escena, las palabras de Guillermo lograron encender su chispa patriótica siempre latente en ellos. Dejando de lado a los muertos, la ciudad celebró por días su triunfo y consolidación como única potencia en el continente.

Inmediatamente después de ese discurso, Guillermo se encontraba con uno de sus guardias negros en su despacho, dando una simple instrucción.

—Comunícale a las bandas que Elizabeth debe caer antes de que pise mi ciudad, ofrece todo lo que haga falta por su cabeza, pero por ningún motivo permitas que entre aquí.

Fin de la primera parte.